

CIÓ

AMICIS

ITALIA

1

AMICIS  
DG424

A4

V. 1

L. C.



1020025080



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS DE AMICIS

# ITALIA

TRADUCCION DEL ITALIANO

DE

H. GINER DE LOS RIOS

TOMO I



FONDO  
CARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 86305

MADRID

IMPRENTA DE A. J. ALARIA

15, Estrella—Cueva, 12

15235



C  
910  
A



PINEROLO BAJO LUIS XIV

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS





## PINEROLO BAJO LUIS XIV

AL SR. CÁRLOS TOGGIA, TURIN

*Pinerolo, 22 Julio 1675.*

GRADEZCO en el alma tu amable carta, que, despues de tantos meses de silencio, ha sido para mí ocasion de vivísimo placer. Te llevará ésta mía el señor Pedro Osasco, procurador de S. A. R. el Duque de Saboya; único pinerolés á quien puedo confiar una carta peligrosa, con la esperanza de que nuestros venerados amos no le metan la mano en el bolsillo. Gracias por las afectuosas preguntas acerca de la familia. Los hermanos, las hermanas, todos están sanos como manzanas. Yo tambien, merced á estos aires purísimos que vienen del monte, y no obstante lo enojoso de mi profesion, si no bueno

del todo, puedo decir al ménos que los médicos todavía no han visto de qué color es mi cama.

Aunque no me retuvieran aquí mis asuntos, permanecería igualmente, porque he echado raíces y me parece que no podría trasplantarme sin verdadero peligro. La ciudad me gusta mucho. Vista desde una altura, colocada como á la embocadura de dos bellísimos valles, al pié de los Alpes, ante una vasta llanura, salpicada por centenares de aldeas que parecen blancas islas en un mar verde é inmóvil, es la ciudad más bella del Piamonte.

Mi pobre padre solía decir que aquí, para aprender la historia de la casa de Saboya, bastaba leerla una vez sobre el tejado; mirando alrededor pueden seguirse los movimientos del ejército y las peripecias de la guerra, como sobre un mapa extendido. Pero todavía es esto más extraño; aquí puede estudiarse con igual ventaja el Nuevo Testamento porque existe una semejanza singular de situacion y contornos entre Pinerolo y Jerusalem.

Esta, como la ciudad santa, está edificada en parte sobre una altura y descende ensanchándose por la llanura: la colina de San Mauricio, es Sion; la altura de la ciudadela, el Gólgota; la montaña de Santa Brígida, el Monte Moría; y, no solamente por el sitio, sino por la forma, el valle del Lénina representa el valle de Josafat. Tambien Pinerolo tiene

hacia Levante un Monte Olivete y el torrente Chisone puede representar el Jordan. ¿Qué te parece? Tendría razon para estar aquí á gusto aunque no fuese más que por estudiar la historia patria y la historia sagrada.



Pero dejemos las brómas. Contestaré á tus preguntas detalladamente, como descas. No tengo cosas muy alegres que decirte. Descartado el placer de respirar aire fresco y de admirar el país, en Pinerolo se vive miserablemente. Aun cuando no hubiera la sombra de un extranjero, la ciudad, con este cerco que la destroza de baluartes, media-lunas y contra guardias; con esa enorme ciudadela que levanta sobre la cabeza sus cinco terreones de mal agüero no podría ser alegre.

Añade ahora un gobernador general francés, un Lugar-teniente del Rey, un comandante del castillo, un Estado mayor que no se acaba jamás y una nube de oficiales y soldados de tropas móviles francesas, y dime como se puede vivir así.

Ellos nos detestan y nosotros les odiamos. Ellos nos tienen como vencidos y prisioneros y nosotros les tratamos como invasores y gendarmes. Ellos recelan en cada pinerolés un expía del Duque de Saboya y nosotros vemos en cada uno de ellos un

delator de Saint-Mars. Es imposible formarse idea de las vejaciones á que estamos sujetos. No se sale de la ciudad sin permiso del gobernador; de casa no puede salirse sino á horas determinadas; por una broma que escape de cualquier boca en la taberna, aprehenden y encarcelan á algunos; en toda maleta de viajero italiano sospechan venenos y puñales; en cada pedazo de papel ven el croquis de la fortaleza.

Cada vez que creen haber cogido á unos de esos traidores imaginarios se arma el fin del mundo; pesquisas, amenazas, correos á París, advertencias á Turin; arrojados de la ciudad los italianos que no tienen domicilio fijo, licenciados del servicio de la autoridad los piamonteses y saboyanos, visitas é indagaciones por todas partes.

Puedes estar seguro de que no se encontraría en todo Pinerolo ni mosquetes, ni pistolas aunque se pagaran á peso de oro. Naturalmente, de parte de los ciudadanos todo son lamentos y reclamaciones continuas; pero aún más naturalmente, la autoridad no se dá por entendida. Dominio abierto é impunidad por un lado, y por otro insubordinacion y venganza; bien entendido: siempre que pueden llevarse á cabo ocultamente. Duclos, matanzas, robos, que acaban con un ojal en el vientre, se ven todas las semanas.

Las *gâtés du sabre*, como ellos dicen, son ahora nuestro recreo habitual: vivimos bajo el materno régimen de la espada. Añade á esto que nuestros buenos amigos, creen tener derecho sobre nuestras mujeres, como sobre nuestros caballos. Deduce la consecuencia. ¡No puedes imaginarte con qué soberbia con qué mofa dan con la espada en las botas estos valientes galoncados del gran Señor de Versalles! Es *El* en efecto quien dá el tono á todos estos. Son groseros é ignorantes hasta el punto de hacer buenos á los montañeses de Talucco.

Para darte un ejemplo, tengo un alojado en mi casa, el Lugar-teniente De Riviere, un gran perdigon del Regimiento de Navarra, que escribe con su hermosa mano ensortijada: *Suivant lordre que j'ai recu á Pignierolle...* Hablamos, sin embargo, porque no podemos dejar de hacerlo. Martilleau siempre sobre el mismo clavo: la deslealtad de la política de Saboya. Y yo les contesto que sería ameno el que un oso blanco y un oso negro oprimiendo á un galgo para devorarlo tratasen de desleales las vueltas que este diera en medio, para dejar en ayunas á ámbos.

\*  
\*  
\*

Nos encontramos aquí en condicion de cosa única en el mundo. Dentro del perímetro de murallas existen dos ciudades. La ciudadela, con sus prisiones y compañía francesa, separada enteramente de Pinerolo. Sus puentes levadizos, siempre alzados, no caen más que para dejar entrar las provisiones de boca y los correos. Saint-Mars, que en su cualidad de gobernador del castillo, debería estar por debajo del marqués de Herleville, gobernador general de la ciudad, hace su santa voluntad como verdadero soberano. Entre ellos, pues, se miran con enojo, y aun creo que cada cual tenga su espía al lado del otro y que Louvois, desde París, les haga espíar á ámbos.

De esto se sigue que la ciudadela es un pequeño mundo aparte, objeto de contiúas preocupaciones no ménos por parte de la guarnicion que de los pinerolese. Los oficiales, los viajeros, los campesinos pasan junto á aquellas altas murallas impenetrables, devorados por la curiosidad, fantaseando, porque no pueden hacer otra cosa, sobre misteriosos prisio-



meros y extraños sucesos que allí se deben ocultar; tanto que acaban por hablar de las cosas imaginadas como de cosas reales y verdaderas.

Quién haya dentro, nadie lo sabe con certeza, excepción hecha del intendente Fouquet, de su ordenanza, el famoso Eustaquio Darger, del más famoso conde de Lauzun y de dos oficiales de artillería franceses de los cuales todavía no se ha logrado descubrir ni el delito ni el nombre. Pero se cree que los prisioneros sean muchos. A cada paso llega uno, de noche, escoltado por un destacamento de la compañía franca, y lo introducen en la ciudadela sin atravesar la ciudad, haciéndolo pasar por la puerta secreta de San Jáime á la que se llega por una senda siniestra que serpentea entre la plazuela de Santa Brígida y la de Sault.

Actualmente se habla todavía mucho de un desconocido conducido allí arriba en Abril del año pasado, con gran secreto, una noche de lluvia, en medio de un escuadrón de caballeros mandados por el Lugarteniente Saint-Martin, y encerrado, segun dicen, en la torre llamada baja que es la del centro del castillo y la más tétrica de las cinco. Cuentan que fué llevado en litera, que venía de Lyon y que llevaba sobre el rostro una *máscara de hierro*. Quién, cree que sea el conde de Beaufort, otro quiere que sea el hijo de Cromwell, ¡Las acostumbradas chácharas!

En cuanto á mí, cuando pienso en los muchos bribones vulgares que pasan por grandes personajes, porque fueron llevados allá arriba y encerrados en jaulas como tigres feroces, ó en estuches como princesas robadas; disfrazados, tapados, como si el descubrimiento de sus personas debiese conmover el mundo. Paréceme cosa muy probable que tambien este reciénvenido no sea más que un malhechor comun, como quien dice, el jefe de una de las cien conjuraciones que se van descubriendo á cada paso, ó un envenenador de corte ó un simple caballero que ha dicho cuatro verdades desnudas á su majestad el Rey de Francia.

De cualquier modo que sea, todas las miradas y todos los pensamientos se dirigen al castillo. De diez pineroleses, yo creo que siete lo sueñan todas las noches. Quién será el nuevo confesor concedido á los prisioneros por el Rey; cuánto ha gastado el gobierno durante el mes anterior en las cuentas de Fouquet; qué secretos ha dejado escapar de su boca en el último viaje, aquel grande hombre D'Artagnan y qué habrá venido á artillar el desconocido personaje á quien se vió salir dos dias atrás de casa del Gobernador; motivos son de cuchicheos interminables, acertijos maravillosos en los que, centenares de personas torturan su inteligencia, de la mañana á la noche, no teniendo otra cosa que hacer.

La curiosidad es tan susceptible, que la misma marquesa de Herleville, se ha enemistado con la de Saint-Mars (una de las más hermosas y necias criaturas que se ha visto jamás con dos ojos) por el despecho de no haber podido visitar el castillo como quería.

Saint-Mars está abrumado con tanta pregunta indiscreta y suplicante acerca de sus huéspedes y en manera especial, de la *máscara de hierro*, hasta el punto de haber tomado el partido de relatar á cada cual un cuento distinto, la primera extravagancia que se le ocurre, con la esperanza de que, confrontándolas despues y teniéndose por burlados, cesen los curiosos en sus preguntas.

Este Saint-Mars, antiguo mosquetero, soldado de fortuna, hambriento de oro como usurero, que se engulle la friolera de 150.000 francos anuales, aparte de lo que puede pellizcar en la administracion, pequeño, inculto, con hocico de mono, siempre nublado como el mal tiempo, irascible y blasfemo como un carretero uña y carne de Louvois por parte de la hermana de su mujer; es el tipo acabado del polizonte y del carcelero, á quien Dios confunda.

No se ausenta un día al año de su prebenda, vela sobre los centinelas desde las ventanas, registra la ropa de los prisioneros mientras duermen, y es capaz de pasar la noche sobre un árbol por descu-

brir lo que hace en su celda un desgraciado que le infunde sospecha.

Esta especie de puerco-espín, rodeado de misterio y de miedo, no es la última de las razones por las que en Paris y en la córte se habla como de un retiro extraño y casi fantástico, de esta fortaleza solitaria, colocada en el último confín del Estado, al pié de la cual, llegan, desde las salas espléndidas de Versalles, suspiros, saludos y oro de tantas hermosas á buscar amigos ó amantes.

Pero quién puede juzgársela á Saint-Mars? A los prisioneros de más entidad lleva él mismo la comida una vez al día; dos centinelas dan vueltas de noche alrededor de las torres; en los cuartos colocados sobre cada celda, duermen oficiales con los ojos abiertos; á los reclusos no les está permitido confesarse más que una vez al año, oyen misa desde una ventanilla oblicua que los oculta; y cuando se cambia la guarnicion, el relevo está organizado de manera, que los oficiales y soldados que entran no pueden cambiar una palabra, con los soldados y oficiales que salen.

¿Qué delito habrán cometido la mayor parte de aquellos infelices? Un libelo, una canción impertinente, una broma mordaz, que hace reir furtivamente á diez cortesanos y diez damas. La cólera de un amante del Rey ó de un ministro, bastó para hacerles



enterrar en aquel sepulcro donde mueren algunos á los pocos años; y cuando la noticia de su muerte llega á París, sucede con frecuencia que quien les hizo enterrar, no se acuerda ni de su nombre ni de su culpa.

¡Ah! La justicia no tiene la mano ligera á este lado del confin: yo te lo aseguro. De vez en cuando, sobre la cima de la colina de San Maurício, se oyen los ahullidos de los prisioneros indóciles á los cuales "aplican la disciplina." Hace días de los calabozos bajos, se han visto salir huyendo, sofocadas por los sollozos, muertas de terror y de vergüenza, tres meretrices de la ciudad, jóvenes todavía, á las cuales, no sé por qué culpa, habían cortado el cabello y herido las espaldas á latigazos. Recordaré toda la vida aquellos horribles cráneos desnudos y aquellos miserables andrajos bañados con lágrimas y sangre.

Respecto á Fouquet, lo siento, pero no me encuentro en estado de satisfacer tu justa curiosidad: sé solamente que en diez años que está aquí, ocupado por entero en hacer la digestión un poco laboriosa de los 36 millones del castillo de Vaux, no le ha sido todavía concedido permiso para ver á su mujer y sus hijos. Se sabe también que puede, cuando quiere, estar en compañía de Lauzun y de los oficiales de la ciudadela, y que á Saint-Mars ha permitido el Rey invitarle á comer, haciéndole saborear entre otros platos, la necesidad de su señora. Parece que se halla resignado y tranquilo.

Puedo decirte alguna cosa más del conde de Lauzun, que está confinado aquí hace cuatro años y estará todavía buen espacio de tiempo, si Dios me escucha. Desde que llegó, Saint-Mars no tiene hora buena. Le dá más que hacer esta ruina de dragon que todos los demás prisioneros juntos. Altivo, furioso, descontento de todo, grotesco como gañan, vocinglero como un prestidigitador y dado



en extremo á urdir intrigas amorosas dentro y fuera de la ciudadela, y á meter más ruido en Pinerolo que en el mismo Versalles.

Sus dos últimas amantes, la *Gran señorita* y la hermosa La Motte, dama de honor de la Reina, han derramado á espuestas el dinero para hacerle tomar el vuelo.

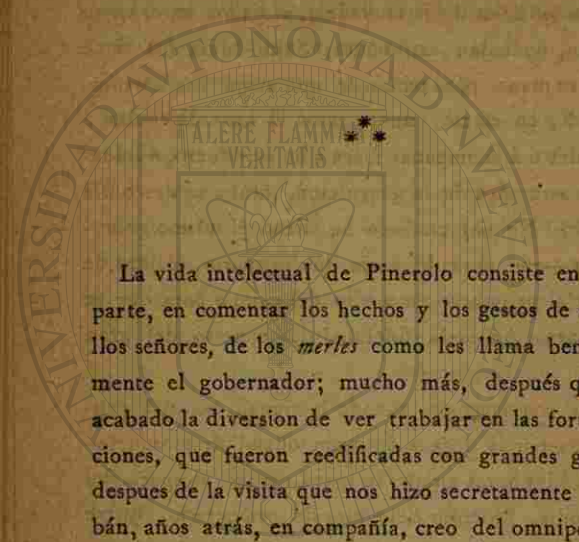
De tiempo en tiempo, se ven caras nuevas por la ciudad. Nos preguntamos: ¿quién son? ¿quiénes no son? De repente desaparecen como espectros. Es una tentativa de fuga que ha fracasado.

Ya cierta vez, un centinela y no sé que otro soldado habian mordido el cebo: una carta llegó hasta el conde todo estaba dispuesto para la fuga. Pero aquel satanás de Saint-Mars estaba alerta. Un embajador de la dama, descubierto, se abrió las venas; otros muchos fueron cerrados bajo llave, y el amado dragon permaneció contando las rejas de su calabozo.

Figúrate el ruido que esto haría en Pinerolo. Por mucho tiempo hubo verdadero furor de curiosidad.

Este laceria De Lauzun, despues de haber sido de todo; cortesano hipócrita, cazador de grandes dotes, jugador sospechoso, aficionado á la crápula, maldiciente, envidioso, villano con las mujeres é insolente con su rey, ha conseguido todavía hacerse un pequeño paraíso en su cárcel, donde solo el gasto

de su instalacion, segun se dice, llega á diez mil francos. Se dá vida de Príncipe, tiene vagilla de plata, camisas de encaje, cama de pluma, dos criados y grandes damas que lo adoran á 200 leguas de distancia. Esto se llama nacer afortunado. Se dice que está en la misma torre de Fouquet, que es la situada junto al cuarto de Saint-Mars. Pero en cuanto á su libertad, las bellas señoras de Pinerole, que dan vueltas alrededor de la ciudadela con los ojos fuera de las órbitas, todavía no han conseguido ver ni siquiera el contorno de su bella cara de hierro fundido.



La vida intelectual de Pinerolo consiste en gran parte, en comentar los hechos y los gestos de aquellos señores, de los *merles* como les llama benigne- mente el gobernador; mucho más, después que ha- acabado la diversion de ver trabajar en las fortifica- ciones, que fueron reedificadas con grandes gastos, despues de la visita que nos hizo secretamente Vau- bán, años atrás, en compañía, creó del omnipotente Louvois.

Las familias pinerolesas se mezclan poco con los oficiales de la guarnicion. Se vá un poco de paseo por las tardes á la plaza de San Donato; pero no vá casi nadie porque atacan los nervios aquellos grandes bigotes impertinentes de los soldados de la compañía de honor, que dan guardia al palacio del gobernador y las familias de los comisarios y los otros empleados franceses que dan vueltas por la plaza, con la nariz al aire, diciendo pestes de la ciudad (*une tanière*) en alta voz.

Los oficiales de la ciudadela, alojados en el vasto jaulon, no bajan casi nunca; Saint-Mars los tiene bajo su mano, por temor de que abajo los corrompan. Y, en efecto, nunca se dá el caso de enviar á prender ó á acompañar fuera á un prisionero, á solda- dos y sargentos de la guarnición, ¡tanto se desconfía de ellos! No hay uno—lo ha dicho el mismo guber- nador—que enviado fuera de los muros, dejara de soltar al prisionero en medio del campo para que se escapara. ¡Así es la fidelidad del ejército del gran Rey!

Por consecuencia, cuando la ciudad no está con- movida por la llegada de algun oficial de mosquete- ros, en las horas en que la tropa reposa, despues del mediodía, Pinerolo tiene aire de cementerio. Entre los altos cuarteles y los grandes conventos silenciosos, desde la puerta de Turin á la de Francia, no se vé pasar más que algun capuchino ó penitente de la Concepcion, y no se oyen más que los rumores pro- fundos de la fundicion y del arsenal, que trabajan en daño nuestro.

Se diría que aquel maldito castillazo, con sus cin- co torres, receptáculos de dolores, que se levanta como máquina gigantesca de tortura hasta el azul y se vé de todas partes de la ciudad y de todos los ángulos de las fortificaciones, arroja por calles y



plazas el tedio de sus grises patios y la tristeza de sus nefandas celdas.

O más bien, no es el castillucho. Es aquella facha siniestra de Saint-Mars que se dibuja á cada esquina y en toda ventana. Es él, que llena la ciudad de su humor negro de esbirro sospechoso, y que lleva el compás de la vida de Pinerolo con la cadencia estridente de sus cerrojos. El mismo gobernador Herleville, siente la fúnebre influencia, y escapa á Turín siempre que puede con su graciosa marquesa—un amor—la única cosa bella que he encontrado hasta ahora en la dominación francesa.

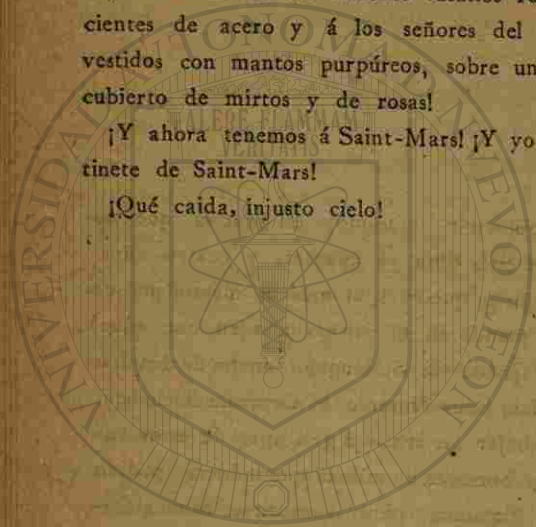
¡Oh, espléndido y querido pasado, ya tan lejano!  
¿Te acuerdas, amigo Toggia?

Decir que ha sido esta, la ciudad capital del Piamonte durante el trascurso de más de un siglo, y nosotros acariciados, colmados de privilegios; que aquí nacian y eran enterrados nuestros príncipes; que entre nosotros se festejaba á Reyes y Emperadores; que contábamos una poblacion de gran ciudad, con 14.000 operarios, con un valiente ejército nuestro; que las murallas con torreones se extendian por varias millas desde Monte-Olivete á la Abadía; que mandábamos nuestras lanas hasta Oriente; que acogiamos los embajadores de Nápoles, Milán, Venecia, Hungría, Viena, del Papa y Diputados de todas las ciudades del Piamonte, cortejos de los marqueses de Saluzzo y Monferrato, alegres visitas de los Condes de Saboya y regresos triunfales de los príncipes de Acaia; y que por estos caminos subian á caballo las bellas esposas rubias vestida

de brocado de oro, bajo el corpiño de raso blanco, en medio de los barones vasallos resplandecientes de acero y á los señores del consejo, vestidos con mantos purpúreos, sobre un terreno cubierto de mirtos y de rosas!

¡Y ahora tenemos á Saint-Mars! ¡Y yo tengo el tinete de Saint-Mars!

¡Qué caída, injusto cielo!



\*  
\*  
\*

Si quiero vivir, querido, es preciso que no piense que esto dura ya cuarenta y cuatro años. Desde el año en que nací, ni más ni ménos; porque yo vine al mundo en el mismo año en que aquel majadero Conde de Scalenghe, despues de dos dias de tremolina, cedía Pinerolo al Cardenal Richelieu, haciendo bajar las armas á 400 hijos de estos valles y 300 hombres de milicia que hubieran podido salvar al Piamonte. ¡Ahl si resucitase Manuel Filiberto, alma valiente la suya!..

—El Rey tiene necesidad de tener un pié al lado de acá de los Alpes.—Quiero repetirme esta baladronada del Lugar-teniente Riviere. Pues bien; necesitábamos un Duque de Saboya que respondiese al Rey como contestó aquel soldado: —Estamos de acuerdo; con tal que ese pié sea el mio.

Pero ¿qué podíamos esperar de Carlos Manuel II que se dejaba pisar los callos todos los dias

por los Embajadores franceses por el puesto en el banquete ó por el palco en el Teatro? Arrancó á los dominios de Ginebra, de Vaud, de Friburgo, de Lausana, limosnas de pedazos de tierra para todas las córtes de Europa, mandó Regimientos á dejar los huesos por el Rey en Flandes, trabó lucha con Génova para hacer aquella linda figura que sabemos, empeñándose en agujerear la colina de Tenda; y no pensó en librar á Pinerolo que es el bocado con que Francia tendrá, siempre bajo su dominio, á la casa de Saboya. ¡Más le valiera haber hecho buenos versos como su abuelo!

Ahora, nosotros no esperamos más que una especie de diluvio universal, vasta y terrible guerra que conmueva á Europa derrocando esta gigantesca barraca dorada de la Monarquía francesa. De cualquier modo que termine la cosa, podemos estar seguros por otro lado de que la primer contienda, ó sea, las bombas, las minas, la devastacion y el hambre será para nosotros. Ese ha sido siempre nuestro destino. Tenemos el honor de ser la llave del valle de Chisone, una de las puertas de Italia; y ¡ve tú dónde han escondido esta llave! ¡Pobre Pinerolo! Desde la segunda guerra púnica en adelante, quien ha habitado este país no

ha gozado jamás diez años de santa paz. Romanos y Cartagineses, Galos y Sarracenos, Godos y Ostrogodos, Longobardos y Suizos, Tudescos y Españoles, Franceses y Valdenses y Marqueses y Antecristos se han desencadenado sobre nuestros cuatro campos y sobre nuestras cuatro piedras, como si esto fuese un circo hecho á propósito por Dios para que todos los pueblos de la tierra vengan á romperse el cráneo.

Por todos lados donde se remueve la tierra, aparecen tibias, cascos rotos y armas enmohecidas. ¡Qué espectáculo, Dios mio, si salieran vivos por campos y colinas todos los soldados que allí combatieron, desde los nómadas de Annibal, hasta los alabarderos de Francisco I!

Sería la bendita ocasion de ver á Saint-Mars espantado y sin peluca, precipitarse desde la Torre del Diablo en el foso de la ciudadela.



Esto no obstante, como ya te he dicho, yo encuentro manera de vivir tranquilamente, gracias al mucho trabajo y á la mucha lectura.

Mi recreo más grato es un paseo que hago todas las tardes hácia poniente, con las poesías de Chiabrera entre las manos; un ejemplar precioso, anotado en las márgenes, que fué regalado por el poeta mismo al Marqués de Caluso cuando fué á la corte del primer Carlos Manuel.

Me marchó cerca del Polvorin donde habito, atraveso la ciudad baja, subo de nuevo poco á poco por los torreones de Villeroy y de Richelieu, doy vuelta al torreón de la corte y voy á hacer regularmente, una visita al castillo de nuestros Príncipes.

¿Qué veo? Aquel pobre castillo, único resto de nuestras glorias, aprisionado allí entre casuchas, con sus almenas medio derruidas y su puerta atrancada, que parece ensimismado en el pensamiento de su miseria, despierta en mí piedad y ternura á un tiempo.

Su triste silencio me hace pensar en las fiestas y los amores que lo animaron un tiempo, en las desmesuradas ambiciones que desplumaron las alas entre sus murallas, como águilas prisioneras, en las bellas princesas de Acaia que allí coquetearon, lloraron y murieron... Después de un cuarto de hora que permanezco allí, me parece escuchar el paso precipitado de la altiva Isabel de Villehardouin, que pide su Principado perdido; veo á Catalina de Viena, con sus grandes ojos celestes, vueltos hácia la cima blanca del monte; á la desventurada Sibila del Balzo, que espira bendiciendo á su pobre Felipe, predestinado al lago de Avigliana; y aquel hermoso demonio rubio de Margarita de Beanjeu, que murmura al oído de Jaime las palabras que trastornan su razón, y á Catalina de Ginebra con talle gentil de virgen y su adorable lunar sobre la mejilla, y á Bona de Saboya, que amortigua bajo las largas pestañas, la llama de sus ojos llenos de amor.

¡Oh! Si se asomáran todas á un tiempo á aquellas arqueadas ventanas y vieses ondear sobre la ciudadela la bandera de Versalles, ¡cómo enrojecerían de despecho desde la garganta á la diadema, y cómo romperían sobre el alcázar sus enojados abanicos!

Y despues de creerme feliz con este sueño, voy arriba hácia el viejo cuartel, doy una ojeada al castillo, y por San Mauricio y el torreón de Schomberg, inclinando la cabeza sobre el Chiaberra, cuando veo de lejos el tricornio de un espadachin francés, me vuelvo á casa tranquilamente consolado con el pensamiento de que ha pasado otro día de dominacion extranjera.

Este hocico de mona de Saint-Mars, ha extendido una sábana de plomo sobre Pinerolo; pero no ha conseguido todavía oscurecer la belleza sin par de sus noches de luna. Por esto al volver á mi casa, subo casi siempre á la azotea para gozar la vista de los alrededores. Las casas que blanquean sobre la colina, todas aquellas torres negras que se destacan del cielo límpido y profundo, la ciudad de Saluzzo que aparece como láctea mancha, más acá de la faja brillante del Pó y la roca de Cavour, que se levanta solitaria en la llanura como fragmento enorme de asteroide precipitado del cielo, y la cima de los Alpes plateados.

Este espectáculo inmenso y tranquilo, en el que se oye la voz sonora del Lémina que habla de glorias muertas, me tiene clavado una hora con la boca abierta. Y si alguna vez me asalta

un acceso de tristeza al ver á pocos pasos aquella garganta desmesuradamente abierta del valle de Finestrella, que ha vomitado sobre nosotros tanto hierro y tanta desventura, entonces me vuelvo hácia la parte Turín, donde brilla la esperanza de un porvenir mejor que el pasado y el presente, y mi corazón cobra alientos.

Adios. Ha sonado media noche. Oigo que pasa una patrulla por la calle y reconozco á la luz de la luna el perfil pedantesco de este flacucho Riviere.

Como disputamos ayer acerca de la cuestión de Casale, es capaz, viendo la luz encendida, de venir á cogerme la carta. Querido, no quiero máscara de hierro. Te envío un saludo de corazón y sello fuertemente la carta.



LOS PRINCIPES DE ACAIA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®





## LOS PRÍNCIPES DE ACAIA

*Pinerolo, Agosto de 1883.*



acaia tiempo que deseaba visitar este viejo palacio, que me mostraba todos los días sus almenas sonrosadas, más acá de los pinos y los cedros del jardín de la hermosa marquesa Durazzo.

Un edificio verdaderamente extraño, de una forma que no permite abarcarlo entero con la mirada desde ningún lado; coronado de ciertas almenas extravagantes de castillo de teatro; cargado de siglos, y, sin embargo, fresco de color y triste al contemplarse, como un cadáver engalanado. Y escondido aquí, en solitario rincón de Pinerolo, en medio de miserables casuchas y de callejuelas sin salida, erizadas de enormes pedruscos y regadas por anchos arroyuelos sonoros.

Jamás á su alrededor se vieron, sino muchachos descalzos, procesiones de gallinas y sentado ante una puerta, algun soñoliento viejo, el cual con seguridad no sabía quién había habitado en otro tiempo entre aquellas paredes, más que pudiera saberlo la hierba que verdicaba á sus piés.

— ¿Quién diablos ha de haber ahí dentro? — me preguntaban.

Una mañana, pasando bajo aquellas misteriosas ventanas, me pareció escuchar el murmullo de voces lastimeras, como plegaria de alma en pena, y una tarde, asomándome al balcon de una quinta vecina ví, allá abajo, en el oscuro jardín del palacio, una hermosa monja que huía como un espectro entre las plantas: la imágen de un cuadrito de Bocaccio.

No se necesitaba tanto para escitar la curiosidad de cualquiera, más obstinado enemigo que yo de las ruínas ilustres.

Hubiera sido injusto, por otro lado, si aquella curiosidad no naciera tambien en parte de un sentimiento de simpatía hácia los Príncipes de Acaia. Digo simpatía; no entusiasmo. No fueron grandes, ni tampoco pudieron serlo.

La parte principal, en aquel afortunado trabajo diplomático y militar de la casa de Saboya, correspondía naturalmente á los Condes, sus señores, más fuertes en armas y colocados en dominios mucho más seguros que la tierra de los Príncipes. Quitados el Conde Verde y el Conde Encarnado, que vivieron en su tiempo, hubieran bastado á oscurecer los Acaia la gloria de Amadeo el Grande, que les precedió, y la fama de Amadeo VIII que les sucedió.

Pero no por eso dejaron de ser dignos de admiración. Acampados sobre un territorio de fronteras dudosas, rodeados de Municipios turbulentos y de señores cuyo pensamiento único era la conquista;

reducidos á una condicion, respecto á los Condes saboyanos, que si les aseguraba valioso sostén en los grandes peligros, limitaba de mil maneras su libertad de accion política; obligados siempre á adiestrarse entre enemigos, á menudo más poderosos que ellos, con alianzas y convenios continuamente rotos, vueltos á formar, falseados y violados; condenados á combatir, casi sin descanso, con los Marqueses de Saluzzo y de Monferrato, con los Angioni y los Visconti, en un país empobrecido por el desenfreno de la soldadesca mercenaria; sin accion en el gobierno, por las mil dificultades y desórdenes que nacia de la falta de un código general de leyes y de la imperfeccion de los Estatutos de cada Municipio; consiguieron el triunfo á fuerza de sagacidad y de constancia, parte con matrimonios ventajosos, parte con sus oportunos ardidés y mucho con su valor personal, los unos acreciendo, los otros consolidando el poderío propio, y prepararon ámpliamente el camino de las conquistas futuras de la casa saboyana. Consiguieron el triunfo—y esta es su mayor gloria—conservando cuanta fama de lealtad era posible merecer entonces entre aquellos enemigos: no manchándose con ferocidades famosas, en un tiempo en que, pocos Príncipes tenian las manos limpias de sangre: no oprimiendo inmoderadamente á sus súb-

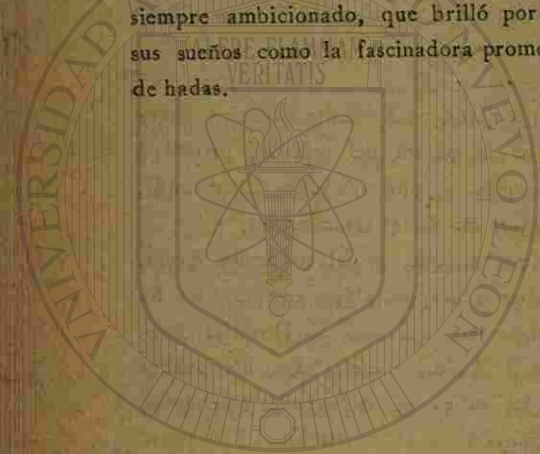
ditos, librando así á los Municipios de la mayor parte de los escollos del derecho feudal; gobernando, aunque entre las turbulencias y la guerra, de manera que poco á poco se uniera á su nombre, en la mente del pueblo, con cariño, no con temor, cierta idea de magnanimidad y de justicia que era fuerza en el peligro y consuelo en la miseria.

Exceptuando Jacobo, no malvado sino débil, imprudente y miedoso ante Amadeo VI, los otros, educados todos en la córte de Saboya y compañeros de armas de los Condes en los primeros años, dejaron un nombre ilustre y amado: Felipe fué político sabio y esforzado capitán; Amadeo, no ménos entendido Príncipe que soldado valiente; Luis, de natural gracioso, hábil para la guerra, protector y amante de los estudios en cuanto lo permitia su tiempo.

Y se despierta tambien un sentimiento particular de simpatía y de curiosidad por el hecho de haber pasado así, casi perdidos en la gloria de sus parientes, cuatro sólios en el curso de más de un siglo, en una edad tan remota, en una tierra mucho más bárbara en comparacion de otras de Italia, no celebrados por los escritores ni cantados por los poetas, no dejando de sí más que escasos documentos escritos en mal latin y ningun



vivo recuerdo personal como no sea las piedras y el polvo de sus tumbas, unido á no sé qué de extraño y de novelesco que añade á su nombre aquel título de un principado lejano jamás poseído y siempre ambicionado, que brilló por cien años en sus sueños como la fascinadora promesa de un país de hadas.



DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

\*  
\*  
\*

Fué, pues, una fiesta, para toda la comitiva, cuando apareció en la puerta del palacio, pronto á recibirla, al cortés y culto canónigo Chiabrandi, director del Hospicio de los catecúmenos.

Porque, es de saber, que, el palacio de los Acaia, despues de haber sido por algun tiempo (se ha dicho) de propiedad privada y Hospital luego, sirve ahora de Asilo y escuela para los jóvenes valdenses de los valles vecinos, varones y hembras, que quieren convertirse al catolicismo... ó pasar un invierno al cubierto.

Mas ¡ay de mí! apenas estuvimos en el patio, experimentamos un amargo desengaño. No hay palabras que puedan dar idea de la devastación que con pretexto de restaurarla, se ha hecho en aquella pobre casa. El destrozo es tal, que inspira como primer sentimiento, el deseo de verse ante todos los que lo hicieron ó consintieron, aunque entre ellos hubiera algun Duque empenachado, para

dar á todos ellos, en nombre de la Historia, del arte, de la poesía y de la patria, uno de aquellos bofetones que hacen perder el camino para volver á casa.

El palacio, edificado en 1318, tiene seis siglos, pero puede aparentar muy bien seis años solamente: Aquí se ha derruido, allá reedificado; se han añadido nuevas partes, con infelices imitaciones de las antiguas; todas las paredes pintadas de un color encarnado rabioso de tomate, con ladrillos figurados por medio de rayas blancas, como esos castillejos de los jardines, del gusto más deplorable; dentro, todo derruido y deformado para dejar espacio á las nuevas escaleras; las galerías altas, tabicadas, las salas divididas, las paredes que estaban pintadas, blanqueadas con yeso, la torre que se levantaba bastante sobre los techos, cortada al nivel de estos: una ruina sin nombre.

La sombra de los desposeídos marqueses subalpinos, debía ir allí á reirse siquiera una vez al mes. El palacio ha tomado con poca diferencia la forma de un bidente rectilíneo, con el espacio abierto vuelto hácia el Monviso; un pequeño patio en medio, un jardincillo delante.

Lo único que á primera vista se reconoce de su antiguo estado, es, en el cuerpo bajo del edificio, un

estrecho pórtico con tres arcos achatados que sostiene una pequeña galería sobre cuyo parapeto se levantan ligeras columnitas que sostienen un techo de ancho alero del que penden grandes persianas.

Mas, ¿quién puede decir cuál fuese la forma y las dimensiones del palacio en el siglo xiv?

Aun cuando se supiera que vivían estrechos, y aun admitido que formara parte del palacio un pequeño edificio que se levanta á su lado, cuyas ventanas conservan el dibujo y las molduras de la época, es difícil creer que toda la familia de los Príncipes, sus oficiales, los criados y los huéspedes, que eran frecuentes, cupieran en tan reducido espacio. No podrían moverse.

Una angosta habitación subterránea que abre sobre el camino y parece haber sido caballeriza, no contendría ciertamente todos los caballos de la Côte. Debían elevarse alrededor otros edificios.

Una gruesa pared descascarillada que se levanta al lado de un estrecho pátio externo, donde permanece todavía un antiguo pozo, era, sin duda, la pared maestra de un anexo considerable del palacio.

De cualquier modo que sea, lo que resta dá la imagen de un edificio mezquino, incómodo, dema-

siado estrecho para su altura: un término medio entre el convento, la cárcel y una casa de vecindad sin terminar.

—Pero, ¡cómo!— dá gana de exclamar cuando se entra.—¿Desde aquí fué gobernado por cien años el Piamonte? ¿Aquí se recibieron los legados del Pontífice y los Embajadores del Imperio? ¿Aquí se hospedó la esposa de Andrónico Paleólogo, Emperador de Oriente?

¡Oh! ¡Tristísima desilusión!

\*  
\*  
\*

Permanecemos un poco en el pátio, mirando á lo alto, descontentos, con un ligero sentimiento de piedad por los antiguos Príncipes; despues, subimos la escalera.

Tambien el interior del palacio tiene el sinicstro aspecto de convento y de hospital que proviene del embaldosado rojo vivísimo, de las paredes blancas y de los crucifijos negros colgados en las desnudas paredes, en las cuales el sol arroja, aquí y allá, grandes rectángulos de luz de oro, cortados por hilos de sombra negra de las celosías de las ventanas. Reinaba un silencio de Trapa.

El sagrado hospicio no tenía á la sazón más que tres convertidos. ¡La estacion es tan hermosa!

De vez en cuando, á nuestro alrededor, percibíamos un ruido discreto de sotanas de frailes invisibles.

De los Alpes bajaba recta á la cara una brisa deliciosa....



Nos asomamos á un salon para dar una ojeada á la antigua labor del artesonado, donde se conserva alguna cornisa rudamente esculpida y enjalbejada. Era, sin duda, la cámara nupcial, donde durmieron el sueño más dulcemente tranquilo de la vida las siete esposas de la casa de Acaia. ¿Quién podrá decir que no?

Ahora hay allí dos largas filas de lechos de enfermería, con cubiertas de algodón á cuadros blancos y azules, y allí duermen los monjes y los catecúmenos... cuando los hay.

Otro salon del primer piso, está convertido en capilla, con un altar, digno de una ermita del campo.

No queda el menor indicio del uso á que estaban destinadas las demás habitaciones. Un Príncipe de Acaia, si reviviera, tampoco lo adivinaría seguramente. Vivos reflejos metálicos que entrevimos por una ventana, nos hicieron apretar el paso con la esperanza de encontrar armaduras antiguas: eran las cacerolas de la cocina. ¡Monté en cólera!

¡Era tan penoso aquel contraste entre la curiosidad estimulada por mil recuerdos, entre la avidez impaciente de ver, de reconocer, de descubrir, de comprender, y la muda desnudez, la estúpida

ignorancia de aquellos muros frescos y aquellas escaleras contrahechas!

Hubiera querido coger un raspador y un pico, y trabajar como un condenado para descortezar paredes, derribar tabiques, volverlo todo de arriba á abajo para encontrar un secreto, una imagen viva, una palabra al ménos del pasado. ¡Porque deben haber sido testigos, aquellas viejas piedras escondidas, de tantos furoros de ambicion desesperada, de tantos estallidos de celoso llanto, de tantas danzas de vencedores, de tantas audacias insensatas de los pages, de tantos secretos de amor y quizás de sangre!

Dimos lentamente la vuelta, de habitación en habitación, contemplando por ciertas ventanillas de arco ojival, el paisaje lejano bañado por los rayos del sol: lo que ménos ha cambiado alrededor del palacio, según creo.

Y rodaban continuamente por mi cabeza estas preguntas:

—¿Cómo vivían? ¿Cómo pasaban los días, aquí dentro, en tiempo ordinario?

Y me imaginaba, no sé á punto fijo por qué, horas interminables de fastidio, en medio del profundo silencio de Pincero, adormecida bajo el sol de Julio, ó días eternos y oscuros de Otoño, en que el rumor de la lluvia en el patio debía llenar el palacio de una tristeza capaz de hacer llorar. Los recreos intelectuales debían ser escasos en un país donde no había señales de arte ni de literatura, y en que, pocos legistas, cuatro frailes y algun notario formaban todo el círculo erudito.

El tema más socorrido de las conversaciones sería, indudablemente, los amores y las galanterías de la Corte vecina, noticias de Saboya y de los Marquesados, los matrimonios y las aventuras de los nobles vasallos desparramados desde Perosa á Turin.

Hablarían también en familia de los argumentos, á menudo delicados y extravagantes, de los muchísimos litigios en los cuales se apelaba ante el Príncipe contra la sentencia de los jueces inferiores; las audiencias acordadas á los caballeros y á los clérigos; la llegada de los correos de Chambery; la aparición de un capitán de aventureros que venía á ofrecer su espada, ó á fijar el contrato para su compañía, todo esto, serían sucesos agradables y objeto de amplios comentarios.

Aquella política menuda y embrollada de Estado pequeño que contiene sin cesar por una peña, por un molino ó por un palmo de terreno, daría ocasion, naturalmente, á infinitas conversaciones intrincadas y sutiles, en las que se repetirían mil veces las mismas cosas.

Grandes conversaciones tendrían también, ántes y despues de las carreras y las justas con las cuales festejaban los esponsales y las paces, y de aquellos extraños banquetes en que se servían los



cerdos dorados, con el fuego en la boca, y las terneras en una pieza con un jardín sobre la espalda. No dejarían de hablar mucho, asimismo, de caballos y perros. Eran más juveniles que nosotros y hojearían más asiduamente el libro de su imaginación.

Dában una parte mayor que ahora á la vida física. El palacio se dormiría descansadamente despues del fatigoso regreso de las bulliciosas cabalgatas, las tardes en que los pinerolese veían pasar, envuelta en nube de polvo dorado por el sol, tras el rostro inflamado de Isabel de Acaia, una oleada de caballos, de perros y de pajes.

¡Qué vida tan distinta, qué violentas conmociones debían experimentarse en tiempo de guerra, cuando cien centinelas exploraban la llanura desde lo alto de las torres y campanarios, y toda la ciudad se perturbaba á una señal ó á un grito!

De las ventanas de palacio, como de las tribunas de un torneo, las Princesas veían á las tropas salir por las puertas; extenderse en columnas por los campos y coronar las colinas de estandartes y espadas. Cuando Felipe ascediaba á Savigliano con la flor de la nobleza saboyana, al mismo tiempo que el Príncipe Jacobo estrechaba á Saluzzo con Manfredo y el Senescal de Balzo, y Farcino Cane

saqueaba á Osasco, y Luis asaltaba á Pancalieri, veían ellas los fuegos nocturnos de los campamentos, el resplandor de los incendios y las blancas nubes que levantaba el galope de los escuadrones. ¡Cuán precipitadamente debía palpitar su corazón! ¡Y cuán diferente era esto, á recibir las noticias por medio de un simple telegrama!

Respiraban el aire de la batalla, sentían pasar el soplo de la muerte. Así se comprende cómo crecieron con el corazón fuerte aquellos Príncipes y aquellas futuras esposas de Príncipes, que asistían al regreso nocturno de las luchas feroces, entre los lauros ensangrentados y las antorchas, en medio de las imprecaciones de los prisioneros y los ayes agudos de los heridos.

Acariciando estos pensamientos llegamos al segundo piso. Allí finalmente encontramos algun resto notable: un salon que se asegura fuese la sala de las grandes recepciones, en el cual se conservan todavía aquí y allá, en las paredes, algunos frescos al claro oscuro.

El buen gusto de no sé quién, los había, cubierto delicadamente con cal: el Director de los catecúmenos fué quien les sacó de nuevo á la luz del sol. Ocupan, como un tercio alrededor de las paredes. Lo demás debe haber sido raspado sin piedad por la pata de un asno, del cual quisiera ser amo por veinticuatro horas.

De la infantil rudeza del dibujo se deduciría que los frescos eran más antiguos; pero no se puede admitir que sean, en parte al menos, anteriores á la segunda mitad del siglo xv. Representan uno de esos Amadeos novenos de Saboya, que tienen en la mano un pergamino sobre el cual hay escrita una célebre palabra suya. Ahora bien; habiéndose extinguido la

familia de los Acaia en 1418, á los eruditos toca dilucidar si los Duques de Saboya, han habitado por algun tiempo, desde Amadeo nono en adelante, el palacio de los Príncipes y bajo qué Duque fueron pintados aquellos frescos.

Son curiosos ensayos de la infancia del arte, y aun del artista. Especialmente el que se encuentra junto á la puerta de salida. Representa un testarudo caballero que quiere entrar á toda costa, de pié sobre un carro de triunfo, por la puerta de una ciudad, por la que, ni siquiera á gatas podía penetrar y compañías de guerreros con cara de tiranos del teatro Guignol, plantados sobre la cima de unas colinas de azucarillo, como alfileres clavados en una almohadilla, junto á pinos y cipreses de bolsillo, que forman el paisaje adecuado para una pantalla de quinqué. Y un bairoteo de casuchas, de maravillosa perspectiva que dan la idea de un pueblo fotografiado instantáneamente en el acto de un terremoto que no deja piedra sobre piedra.

Otras pinturas representan Condes ó Duques de Saboya, de un pésimo humor.

Este salon está convertido ahora en dormitorio de los pequeños catecúmenos, los cuales descansan plácidamente en medio de las imágenes amenazadoras de los persecutores de sus padres.



No queda otra cosa antigua en el interior de palacio. Nada, ni siquiera tres pequeños peldaños, á los que se pudiera preguntar, como Musset á los famosos *Marcòes de marbre rose* de Versalles, cuál de las mujeres hermosas que los hollaron tenía el pié más pequeño y el paso más ligero.

Nada. Las pobres princesas ginebrinas, vienesas, sicilianas, saboyanas, francesas, desaparecieron sin dejar un recuerdo, una imagen al ménos parecida de sus semblantes. ¡Ah! Si los cronistas de entónces hubieran descrito á las mujeres con esa delicada minuciosidad de mercaderes de esclavas con que las sacan á plaza los novelistas modernos, ¡cuántos preciosos retratos tendríamos al presente!

¡Cuán bellas y majestuosas debían estar con sus altos tocados cónicos, y sus manteletas de armiño, cuando se lanzaban con los brazos abiertos, escaleras abajo, y estrechaban rudamente su blanco seno contra la empolvada cota de los vencedores de Monasterolo, de Sommariva y de Tegerone!

No teniendo otro apoyo, la fantasía se ayuda con el sonido de los nombres para reconstruir las imágenes. ¿No es verdad que aquel ámplio nom-

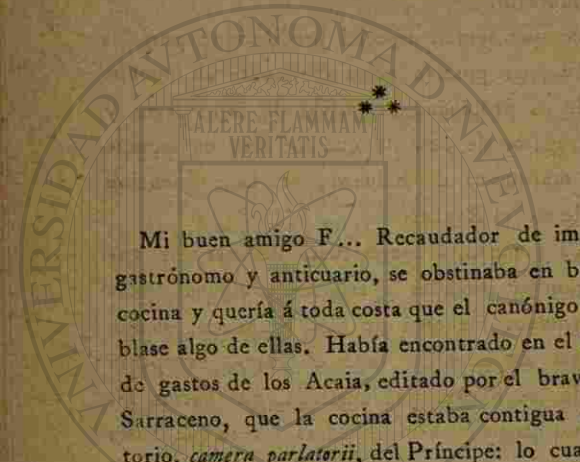
bre sonoro de Beatriz de Ferrara, primera esposa de Jacobo, hace ver grandes ojos negros, boca purpúrea y oír una de esas voces profundas y ardientes que perturban el ánimo?

¡Qué extraña cosa son estas simpatías vivas por un fantasma del pasado, al que hemos dado forma nosotros mismos! Yo la veía, mientras hablaba con el buen canónigo (él me lo perdona); seguía con la vista la larga cola de su vestido azul que desaparecía en el fondo de los corredores, y mientras la esperaba en el patio, ella aparecía en una galería del tercer piso, ó cuando había llegado ansioso hasta la galería, la veía caminar lentamente por el jardín.

¡Pobre y buena Beatriz, salida en el féretro del palacio, ornada con las flores todavía frescas de la boda, muerta sin hijos, tan jóven, y olvidada tan pronto por todos!

¿Sufriría mucho? ¿En qué sala moriría? ¿Tenía al ménos una amiga en esta córte? ¿Y Catalina de Viena, su suegra, la amaría? ¿Cómo hablaba? ¿Su dialecto ferrarés?

¡Cuán dulce y triste debía ser su voz cuando invocaba á su madre lejana, oprimiendo el crucifijo sobre su corazón!



Mi buen amigo F... Recaudador de impuestos, gastrónomo y anticuario, se obstinaba en buscar la cocina y quería á toda costa que el canónigo le hablase algo de ellas. Había encontrado en el Registro de gastos de los Acaia, editado por el bravo conde Sarraceno, que la cocina estaba contigua al locutorio, *camera parlatorii*, del Príncipe: lo cual dá una idea de la extraña manera de estar distribuidas las piezas del Palacio. Y nos divertía mucho recreándonos á cada paso con informes culinarios sacados del latin espantable de las cuentas de tesorería.

En sus correrías por el Piamonte, que eran frecuentes, los Príncipes recibían regalos de los abades, de los nobles y aun de la gente del pueblo y de los pobres diablos: cincuenta fanegas de avena, una cántara de vino, doce carneros, un buey, cuatro cerdos: no desdñaban nada. Así, pues, volvíanse á casa con *caponibus pinguibus et grossis*, y alguna vez, con un cesto de *triffolarum*, de las mejo-

res, probablemente de aquellas blancas de la tierra de Monferrato.

Parece que tenían especial predileccion por los pescados, pues poseían pesca abundante en muchos lagos de su propiedad exclusiva; de estos lagos y de los regalos de pescado que recibían en especie de los marqueses de Saluzzo, se hace mencion frecuente en el Registro.

Iban, á menudo, á comer fuera de casa con toda la familia, prelados y señores; y algunas veces con hermanos menores de San Francisco, siendo de cuenta de aquellos todo el gasto, excepcion hecha de los berros y la ensalada, que hacían los susodichos hermanos á sus espensas, créese que hasta con el condimento.

Frecuentemente tambien, invitaban al Palacio, capitanes, nobles, curas, embajadores de pequeños estados, ciudadanos notables. Trataban á sus súbditos, segun parece, muy familiarmente. Los conocian á todos: daban audiencia al primero que llegaba: vivían con sencillez casera, sin misterios.

No parece que hacían gran ostentacion de lujo. No se encuentran registrados más que escasísimas partidas por trabajos de pintura que se ejecutaban sobre pergamino, en Biblias ó Salterios y en las sala donde recibian.



Eran muy fáciles de contentar en materia de médicos. A menudo se hacían curar por el veterinario. enfermedades cutáneas poco asquerosas, ó sangrar, *fibrotomare*, como dice elegantemente el clérigo cronista, de *quibusdam barbitonsoribus*.

No derrochaban los ochavos más que en juegos y fruslerías; este era su lado débil. Es interminable la lista de los regalos y presentes hechos á los juglares, cantantes, tañedores de guitarra, á los tiradores de esgrima, á los amaestradores de perros, á los acróbatas que daban el *saltum periculosum*, algunas veces en público, pero generalmente en las salas del Palacio.

Uno de sus caprichos consistía en tener constantemente monos en casa. También tuvieron durante algún tiempo un leopardo con collar de plata y con el respectivo *magistro*, objeto, á lo que parece, de tímidísimos cuidados.

Por lo demás, encontrábanse á menudo en la estrechez, obligados á vender el oro y las joyas que habían recibido como presentes de los Príncipes. Riquísimos no podían serlo ciertamente, á pesar de todos los tributos que recibían y de todos sus derechos sobre pastos y aguas, porque ni la tierra ni el pueblo, desolados por una ladronera de soldados que hacían de la guerra un pillaje, podían darles gran cosa, ni ellos mismos apretaban mucho la mano.

—Se ingeniaban como podían—decía el recaudador con una sonrisa de hombre experimentado en la materia. El Príncipe, por ejemplo, nunca desempeñaba gratis su oficio de Juez Supremo: el vencedor en el pleito le hacía espontáneamente, ó por mejor decir, con espontaneidad obligatoria, un regalo en contante. Luego, la justicia criminal era una verdadera fuente de dinero. Las cabezas ligeras y los bribones formaban, una renta para la corte.

A quien se aprehendía paseando por Pinarolium, ó Pignerolium, ó Pineyrolium, sin llevar linterna, despues del último toque de campana, el que jugaba á juegos prohibidos, *ad taxillos*, por ejemplo, quien llevaba cuchillo demasiado grande, el que hacía granizar sobre la ciudad por arte de nigromancia, quien tenía ó intentaba *habere rem cum quadam filia* de edad muy verde, ó el que desertaba de las banderas, y aún los que amenazaban al prójimo, fácilmente se libraban de la cárcel ó del verdugo, vaciando su bolsa, si la tenían, en el bolsillo del amado soberano. Y en estos casos, naturalmente, quien más tenía era el que perdía más.

Un infeliz canónigo de San Donato, más adinerado que continente, por haber intentado precisamente *habere rem* con una parroquiana, demasiado moza, solamente *intentado*, fué reducido derechamente á

trabajo forzado. Por el contrario, un carpintero que había reventado á un cristiano, se le tenía rechazando el techo de una torre del castillo de Moncalieri á expensas propias.

—Costaba caro, como veis.—Concluyó el recaudador bajando la voz.—Era un negocio sério *habere rem...* bajo los Príncipes de Acaia.

Habíamos quedado en el segundo piso, me parece...

En el tercero no hay que ver más que el cuartito de estudio del Director, el cual, sin tener una gran biblioteca, posee sin duda muchos más libros que en ciento veinte años habían leído los cuatro Príncipes de la casa de Acaia juntos.

Alrededor de este último piso, parece que corría una galería sobre la cual se elevaban almenas semejantes á las de los otros muros.

Las Princesas probablemente pasaban allí las tardes gozando el aire de los montes con sus hijos; allí, sin duda, bordaron los primeros trajes de torneo, fantaseando sobre su propio porvenir, Margarita, la pequeña hija de Isabel; la niña Leonor; Alesia, la de ensortijados bucles y Melchide, la futura esposa del Elector de Baviera.

Desde aquella gran altura, casi perdida en el

azul, veían allá abajo, á pocos pasos, la hermosa iglesia de San Francisco, donde reposan sus padres y hermanos, y de la cual no quedan señales; y alrededor, Pinerolo, con sus almenados muros y sus puentes levadizos y el vaiven de los centinelas sobre las mesetas de las torres, retratada su imagen en el agua inmóvil de los fosos.

De una sola ojeada, podían abarcar casi entero el Piamonte, centenares de aldeas y fortalezas, sujetas á ellos, á sus amigos ó á sus enemigos, y una maravillosa llanura que vió veinticuatro guerras durante el reinado de cuatro Príncipes, en cuya llanura, millares de millares de árboles corren en larguísima fila hácia los santuarios que blanquean como copos de nieve sobre la cima de las colinas, se aprietan, como ejércitos en masas profundas, se abren alrededor de innumerables cuadros color de malaquita claro, semejantes á campos cerrados, preparados para la liza, acuden en procesiones interminables hácia la ciudad, serpentean á lo largo de los ríos y de los torrentes, precipítanse á legiones por las pendientes, se cruzan en todas direcciones y llenan las hondonadas lejanas de vastas hordas confusas, presentando innumerables tonos

y contrastes de verde fuerte y dulce, hasta que el color de la vegetacion cambia en azul violento, despues degrada en azul pálido, cortado por una línea inmensa y recta, como el horizonte del mar.



Descendimos poco á poco, como si á fuerza de meter la vista por todos los agujeros, debiéramos descubrir, al menos, algun viejísimo siervo empapelado y olvidado de la muerte, por el cual se pudiera averiguar alguna cosa.

Cada cual ponía con la imaginacion sus personajes predilectos de la casa de Acaia en los ángulos del palacio y en los trajes que le parecían más propios para dar vida á su larva.

Un amigo mío, al contrario, prensaba su cerebro para comprender dónde hubiera podido *alojar* á Luisa de Villars, en Diciembre de 1362, mientras estaba ya en casa la tercera esposa de Jacobo; cuestion gravísima para un historiador ó para el dueño de una fonda.

Los muchachos se aburrían. Uno de ellos preguntó tímidamente:

—Pero... ¿dónde están esos Príncipes de Acaia?

La más excitada era una señorita, que pensa-

ba con un sentimiento vivo de ternura que el pobre Felipe el Desheredado, debía haber paseado por muchas y muchas horas bajo aquel pórtico, con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho en los días en que empezaba á presentir su desgracia. Felipe era su simpatía.

—Es vergonzoso—decía con calor,—que ningún historiador de la casa de Saboya haya dicho una palabra valiente y generosa en su defensa.

—¡Vamos!—le repuso el amigo del *alojamiento*,—hizo guerra de bandido.

La señorita replicó:

—¿Y quién no hubiera hecho el bandido?

—No, verdaderamente, no era justo. No era solo la conciencia de su derecho de primogénito que le hacía intolerable ver destinada la herencia de su padre al hijo de la madrastra. Era tambien el recuerdo de haber sido investido á los siete años de todos los dominios que le esperaban, de *omnibus civitatibus et burgis*, y de haber recibido el homenaje solemne de sus futuros vasallos, *in logiam sumiarum*, junto á la gran torre redonda del Campamento de Pinerolo.

Hacía quince años que él estaba seguro de suceder á su padre, cuando vió entrar en casa á la bella Margarita de Beaujeu, y nacer un niño, en el que,



la índole ambiciosa y dominante de la madre, le hizo ver desde luego un rival.

El ascendiente siempre en aumento que la hermosa mujer iba tomando sobre el marido débil y enamorado, le confirmó poco á poco en su sospecha. Su ánimo se enardece. Creciendo la desconfianza, disminuye el respeto y la frialdad del padre resentido, empeora la situación.

Entonces le habla de sus derechos, hace resonar sus irritados pasos por las salas del castillo, que ya no era suyo, y mira con ojos lleno de odio á aquella mujer astuta é intrigante, cuyo único pensamiento era su ruina.

Desde aquel momento ya no duda. Le será arrojada la limosna de cuatro casas y de cuatro campos para que apure la vergüenza del vasallaje, frente al fruto del amor senil de su padre.

El único que podía protegerle, Amadeo de Saboya, lo condena y quiere que sacrifique la esperanza de su vida á la concordia de la familia. Por eso cuando se vió delante del conde Verde, aquel rostro valeroso le conforta, aquella palabra noble y serena le persuade: dos veces, conmovido, renuncia generosamente á sus propios derechos. Pero cuando regresa á la casa paterna, cuando vuelve á encontrar la mirada fria de los azules ojos de aquella

madre egoísta y escucha de nuevo la voz de aquel muchacho, nacido para su desventura y vergüenza, y se entera del testamento que lo despoja para siempre de sus bienes, aun en caso de muerte del usurpador, la injusticia entonces revuelve el ódio en su corazón, la ira circula por sus arterias en oleadas de fuego y le pone en sus manos la bandera de la revolución.

Amadeo había partido para Oriente; el pueblo, libre de su temor, recordando los vasallos su antiguo juramento, se levantaron en favor del desheredado.

Ahora bien; si todo le hubiera salido con felicidad faltándole ocasiones para la violencia y la venganza, la historia hubiera dicho de él:

—¡Tenía razón!

Pero no se levanta un brazo de su tierra, ni una voz responde á su grito entre aquella gente degradada, en que el hábito de la obediencia brutal es más fuerte que el sentimiento de la justicia.

Desesperado por el desengaño, se encoleriza entonces contra los protectores sin conciencia, contra los cómplices miedosos de aquel despojo de principados, que con lascivo abrazo sofocaron en el alma de su padre los primeros efectos y el respeto á las promesas solemnes.

Sanguinario, ahullando bajo las espadas y en me-

dio de los rostros incendiarios de sus ingleses y alemanes asalariados, aquella estúpida confusión, le hace sordo á la voz del derecho y de la razón.

De Barge á Chieri, de Costigliole á Turin, pasea como huracan, furioso, delirante, más no culpable de todas las violencias de su turba feroz, echándose atrás y aterrorizado de su propia obra.

Cuando Jacobo huyó á Pavía, una esperanza, tal vez el arrepentimiento, lo empujó hácia él: corre á Pavía, obtiene el perdón, conduce al padre á su ciudad y lo rodea de afectos y cuidados. Pero el padre muere sin escucharlo.

Una nueva esperanza brilla á la vuelta de Amadeo, de Constantinopla; pero el conde de Saboya proclama solemnemente la sucesión del muchacho y la regencia de la madrastra.

Todo había concluido. Abandonado de los Príncipes á quienes recurre, rechazado por su pueblo, receloso de sus mercenarios, ¿qué provecho sacaría de recoger el guante de desafío que le arrojaba el implacable Amadeo llamándole traidor y rebelde para que juegue con él la vida ante la corte del emperador? No es solo el pensamiento de la vanidad de la prueba lo que detiene su espada; es un resto de la antigua veneración por el cabeza de su estirpe, y un sen-

timiento nuevo de admiración por el héroe de Oriente saludado por el aplauso del mundo.

La lucha no era posible. Preso en Fossano, celebra un pacto y con un salvo-conducto del caballeroso vencedor, llega á Rívoli sin temor alguno. Un consejo de jurisconsultos decidirá entre él y Margarita. ¡Ah! No se ha perdido todo.

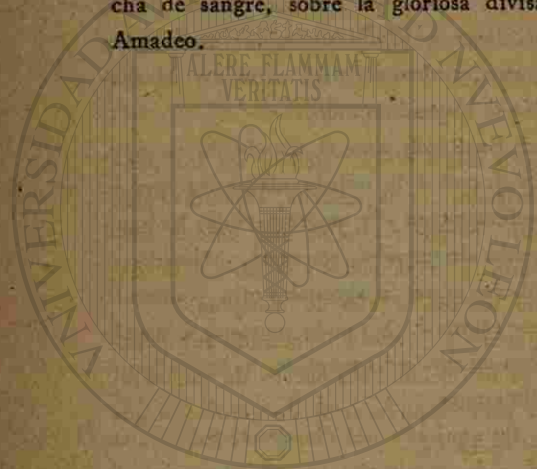
Pero ¿qué? En Rívoli, ante el Conde de Saboya, se encuentra frente á la odiada madrastra que le acusa por la devastación y la sangre vertida. En vano invoca el poder de su salvo-conducto. Mientras el consejo delibera sobre la sucesión, otro consejo le forma proceso criminal. No pudo contestar á la acusación. Sí, con efecto: se ha rebelado, ha incendiado, ha derramado sangre...

Entonces, en la mirada del Conde de Saboya, en el acento de los comisarios, en el gesto de sus guardianes, adivina una tremenda sentencia. Un sentimiento mixto de remordimiento y de piedad de sí mismo, le oprime el alma, siente extinguirse su valor, invoca la misericordia de sus señores... ¿Qué fué de aquel desgraciado?

El 13 de Octubre de 1368 fué interrogado otra vez por sus jueces en la prisión de Avigliana. Después no se supo nada. ¿Fué muerto? Pero no hay indicio de una condena de muerte pronunciada contra



él. ¿Se suicidó? ¿Cómo no se sabe? De estas dos suposiciones, la primera es mucho más racional. ¡Ahl! ¡Pero es doloroso... repugna echar una mancha de sangre, sobre la gloriosa divisa verde de Amadeo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

\*  
\*  
\*

Tales, poco más ó ménos, debían ser los pensamientos abrigados por la señorita, mientras bajábamos al jardín, porque sus bellos ojos verdes, brillaban como esmeraldas húmedas y su nariz delicada, vibraba como sonrosadas alas de mariposa.

El jardín, ancho y apañado, encerrado entre cuatro paredes, es un melancólico huerto de convento, hecho mejor para inspirar actos de contrición que para cometer pecados.

Es increíble que aquello fuese todo el jardín de la corte; debía bajar por la colina en forma de grada y extenderse mucho más al otro lado de los muros.

Desde allí abajo, el palacio antiguo de los Acaia, tan alto destacándose en el áncio azul, con sus almenas, sus arcadas ventanas, sus galerías abiertas, su torre redonda y ligera, debía ofrecer un aspecto pintoresco, ó por lo ménos curioso.

Y también en el jardín se nos apareció Felipe, el



protagonista del día. No hubo remedio. La poética señorita se conmovía de nuevo, pensando en sus amores de niño. ¡Ah! ¡Un encantador idilio, que recomiendo á mi buen Marengo, para la niña Cannibertil! ¿Qué argumento más gracioso que las aventuras de dos esposos de siete años?

No los tenía todavía Felipe cuando su padre, con el fin de ganar la amistad del Conde de Ginebra, el cual, como tutor de Amadeo VI, podía ayudarle cerca de la Corte de Saboya, concertó el matrimonio del Principito con María, hija del Conde, nacida de Matilde de Bolonia.

Libre el muchacho, con el consentimiento de papá, de los vínculos de la autoridad paterna y proclamado heredero de los dominios de aquél, se estipuló el matrimonio en forma solemne, ante muchos personajes eclesiásticos y seglares, fijándose una dote de quince mil florines de oro.

Las promesas se hicieron en 1346. Al año siguiente estuvo en Italia la esposa. Felipe había cumplido los siete años; la esposa podía tener de ocho á diez. Ella llevaba consigo un cofrecito lleno de joyas que su padre confió al Abad de San Miguel de la Chiusa para que lo entregase á los esposos cuando el matrimonio se hubiera consumado, ó lo restituyese á la familia, caso de

que el matrimonio se deshiciera. Como los pequeños esposos, no estaban todavía en edad de consumir más que los confites, fueron celebrados mientras tanto los esponsales; y la niña que dó en la corte de los Acaia esperando sus años de amor.

¿Cómo pasarían aquel tiempo los dos muchachos? Puede creerse que sin mucha impaciencia. Y nadie les vigilaría seguramente. Mil veces habrán recorrido los senderos del jardín. Ella hablaría del milagroso cofrecillo del Abad; él de los hermosos potros que haría caracolear por el camino de Pinerolo, dentro de pocos años.

Sibila del Balzo, que era todavía jóven, haría de mamá á la pequeña nuera. Besos inocentes en el cuello, estamparía Felipe á su ginebrina, alguna vez, en medio de los rosales. ¿Se querían? ¿Habrán reñido? ¿Cuántos alegres pronósticos harían los vasallos humildes y las damas adulatoras!

Amadeo VI crecía; en 1347 salía de pupilo. ¿A qué podía ayudar el conde de Ginebra, cayendo de su oficio de tutor? ¿Y en este caso, para qué el matrimonio? Con un rasgo de pluma todo quedó roto. La pobre esposa fué declarada libre de sus promesas. Le hicieron un lío de sus juguetes, le pusieron en las manos la cajita de sus galas y

la enviaron de nuevo á sus papás... como había venido.

Las crónicas no dicen si los muchachos sollozaron al separarse, y maldijeron la *inícuo razon de Estado*. Tal vez se separaron con una sonrisa. Mas, ¡quién sabe si muchos años despues, cuando era esposa de Juan de Chalon, señor de Arlay, la jóven señora, al oír el fin desgraciado de Felipe de Acaia, no pensó con ternura en su pequeño novio de otro tiempo, y dejó caer una lágrima sobre aquella dulce memorial.

\*  
\*  
\*

Lo habíamos visitado todo é íbamos á salir, cuando se entabló una viva discusion entre la señorita y el recaudador acerca de la bondad de los Príncipes de Acaia. El recaudador ponía un poco de malignidad en sus palabras, procurando que estas fueran resonantes.

—En fin—decía,—habrán sido buenos; pero lo positivo es, que en el registro de sus cuentas, se halla consignada de vez en cuando cierta suma para la adquisicion de cuerda nueva, *pro magna corda de nouo*, que indudablemente no serviría para hacer columpios. Es verdad que se perdonaban muchos delitos... por dinero. Pero cuando los culpables estaban arruinados, los hacían torturar y ahorcar de *bon cuer*, como escribe el buen Amadeo con ortografía principesca. Uno tenía la *auriculam incisam*, otro la nariz *deputatum*, un tercero la frente señalada con el *ferro cálido*, el cuarto, los *oculos decrepatos*; mujer había que era com-



*busta* nada ménos; un viejo, ahogado como un perro; otro, *rabellatus*, arrastrado á la horca con una cuerda atada á la cola de un asno comprado á un hebreo. Y por *parua furta*, se contentaban con levantarle la piel á vergazos. ¿Os parece que esto sea bondad, señorita? ¿Y aquella otra bribonada de tener en rehenes, años y años, en oscura torre, pobres muchachos que salían medio muertos? ¿Por qué no hacían lo indecible por librarles aquellas dulces Princesas?

Y bien; la señorita, hubiera hecho los imposibles podíamos estar seguros; pero aquello de hacer cargo á los Príncipes de las atrocidades de la justicia penal, que era monstruosamente atroz en todas partes por aquellos tiempos, la hacía levantar los hombros ligeramente. Conocía también ella el código famoso, y sabía que la bondad de los Acaia se podía demostrar con otras pruebas. Era preciso ver, por ejemplo, de qué manera castigaban las culpas que ofendían solamente á sus personas. Un Barnabó no se hubiera contentado con hacer pagar una pequeña multa á quien hubiese hablado en público *contra su honor*; Galeazzo, hubiera pedido alguna cosa más que pocos florines contra quien hubiera derribado en la iglesia el sitial de una princesa, la víspera de su santo;

ni otros Príncipes de aquel tiempo, pagaban á la gente pobre, como acostumbraban los Acaia, el daño causado por sus perros y susalcones, ¡seguramente no!

—Vamos, os concedo esto,—repuso el recaudador,—pero no podreis negar que aquello de hacer dormir á las Princesas sobre la paja, era una verdadera barbarie.

Todos dijeron en voz baja que era un calumniador. Pero él adujo la prueba: una suma registrada en las cuentas *pro precio unius charrate polearum pro lectis faciendis pro adventu domicelle Bone. Bona, princesita, hija de Amadco...*

—Dormirían todos sobre la paja,—observó la señorita.

¡Cál!—repuso el otro triunfante,—el *dóminus* dormía sobre lana. Aquí está registrado: *Lanam materacii ad opus domino*. ¡Qué venís á contarme!

Y soltó todo el mundo la carcajada y la discusión terminó buenamente de este modo, como no suelen acabar las discusiones con los recaudadores de contribuciones.



A fuerza de recordar y fantasear, salimos, por fin, todos del palacio, con la grata ilusión de haber visto mil maravillas. ¡Hermosa facultad la de alucinarse voluntariamente! En este punto, yo podría dar quince y raya á aquel apreciable Sr. Joyeuse del *Nabab*, que cuando iba por las mañanas á la oficina se representaba tan al vivo la accion del Director, que le daba una gratificacion de mil francos, y veía tan claramente su billetito blanco con dibujos azules, que llegando al Banco, permanecía toda la mañana sorprendido y malhumorado por no recibir siquiera un cuarto.

Yo tambien, volviendo hácia la villa Acusani, me representaba, y aun puedo añadir que ví realmente una cosa extraña. Me encontraba sobre una alta galeria del palacio Acaja, y ví aparecer de repente y junto á mí á los cuatro Príncipes muertos, de pié, secos, dentro de sus carcomidas armaduras, con los rostros escuálidos y los ojos horriblemente hundidos

bajo la frente que mostraba el hueso desnudo. Se restregaron los caidos párpados, como si despertaran de profundo sueño y tomaron una espresion de indescriptible estupor, reconociendo poco á poco la inmensa llanura y los lugares vecinos y lejanos donde habian combatido durante su vida mortal. Vefanse pasar en sus miradas lentas, mil curiosidades, mil inquietudes, como si se preguntaran á sí mismos:

—¿Qué fué de nuestra sangre? ¿Dónde están nuestros enemigos? ¿Qué ha sido de los Marqueses de Saluzzo y de Monferrato? ¿Y las Repúblicas de Aisti y de Chieri? ¿Y el Rey de Sicilia? ¿Y los señores de Milan?

—¡Príncipes! — grité yo entonces, y las cuatro cabezas se volvieron. — ¡Ya no existen los Marqueses de Saluzzo, ya no viven los Marqueses de Monferrato, ya han desaparecido las Repúblicas de Aisti y de Chieri, ya no hay dominios piemonteses ni de los Reyes de Sicilia y de Visconti! Hasta donde vuestra mirada alcanza, ondea la insignia de vuestra familia, brilla la cruz blanca de Pedro II, vuestro progenitor de Saboya.

Sus ojos cavernosos se dilataron; brilló en ellos un relámpago y los fijaron profundamente en los míos.

—¡Príncipes!—proseguí.—Lo que apenas habreís osado ambicionar en secreto, en los sueños más audaces de vuestra juventud; toda la bella costa de Poniente, la tierra de Gonzaga, las posesiones de los Scaligeros, los dominios de los Estensi y las cuarenta y dos ciudades de Gian Galeazzo, han sido recogidas bajo el cetro de vuestro sobrino y glorifican el nombre de vuestra stirpe. ¡Escuchadme!—grité reprimiendo con el gesto un movimiento impetuoso para echarme hácia atrás.—Lo que no soñasteis un instante, ni siquiera en los más febriles delirios de vuestra ambicion, en los días de batalla y de triunfo, la ciudad poderosa y soberbia que llevaba el terror entre los sarracenos, y que saludabais con reverencia, levando anclas para el mar de Liguria á intentar la conquista de vuestro Principado de Grecia, y aquella, más formidable y más hella señora del mar Adriático; que hubiera podido cubrir vuestros dominios con las velas extendidas de sus navíos; y la que, llena de oro y de gloria admirabais de léjos como un inmenso resplandor en el horizonte, y de la cual llegaron á vosotros, como ecos de un nuevo mundo, los nombres inmortales de Giotto y del Dante, se han reunido bajo el reinado de vuestra sangre y llevan en la

misma bandera la cruz blanca de vuestra casa. ¡Escuchadme todavía!—grité con toda la fuerza de mis pulmones, sofocando una estentórea voz, que estaba á punto de escaparse de aquellas cuatro bocas abiertas y convulsas.—Imaginaos realizado el sueño de un loco, iniciada la edad de los prodigios, perturbadas las leyes del mundo, todas las tierras sugetas al Vicario de Cristo, desde Radicófani á Ceprano, la Emilia, las posesiones de la Duquesa Matilde, Speleto, todo cuanto fué entregado por el Rey ó el pueblo á San Pedro ó sus sucesores; el vasto paraíso sobre el cual ondeó por tantos años el temido estandarte de la Casa de Anjou; toda la tierra espléndida y fabulosa que cayó bajo la espada de Aragon; todo, todo, todo desde un extremo á otro de la Península enorme, poblada por miles de ciudadanos, armada de un millón de espadas; todo reconoce y se inclina ante un Rey solo, ¡Humberto de Saboya!

A estas últimas palabras los cuatro Príncipes de Acaia permanecieron un momento inmóviles y mudos, volviendo alrededor sus grandes ojos insensatos; luego, vacilaron como heridos por una maza de hierro sobre el cráneo y cayeron confundidos en la oscuridad del sepulcro.





EL FUERTE DE SANTA BRIGIDA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## EL FUERTE DE SANTA BRÍGIDA

*Pinerolo, Agosto 83.*



E recibido una agradabilísima visita, hace días aquí, sobre la colina de San Mauricio, en la quinta Accusani.

Me han entregado una carta y una tarjeta, diciéndome:

—Es un señor forastero.

Miro la tarjeta. Decía así:

"Emilio de Beaulieu, Comandante del 20.<sup>mo</sup> Regimiento de Artillería."

—¡De Beaulieu!—dije para mí.—Este nombre no me es desconocido.

Me parecía haberle escuchado ó leído pocos días ántes: pero no recordaba ni dónde, ni con qué motivo.

Sabiendo que los curas de las antiguas iglesias

de Pinerolo recibían á veces cartas de franceses desconocidos, en que se les rogaba hicieran pesquisas acerca de sus familias en los libros parroquiales del tiempo de la dominacion francesa, pensé que el mayor De Beaulieu vendría á Pinerolo con parecido objeto y acudía á mí con la recomendacion de un amigo, para que yo á mi vez le presentara al Párroco de San Mauricio.

Y no me equivocaba de mucho. Pero estaba bien léjos de imaginar la buena fortuna que me anunciaba la carta, de un amigo mio de París.

De Beaulieu era descendiente en línea recta de aquel valeroso De Beaulieu que gobernaba y defendió el fuerte de Santa Brígida, durante el famoso asedio de Pinerolo en 1693. Yo había leído y admirado sus hechos la semana anterior.

—“El Comandante—decía la carta,—volviendo de Turín en direccion á Francia, se detiene en Pinerolo para visitar los sitios donde combatió su abuelo.”

¡Figuraos! Rodé por la escalera y me encontré delante de un agraciado jóven, como de treinta y cinco años, muy rubio, seco de carnes como un caballerizo, vestido de viajero, pero con elegancia. La voz me lo hizo inmediatamente simpático. Había combatido en Sedan, siendo teniente de ar-

tillería, en el cuerpo de ejército del general Wimpfen: estuvo dos años en África; no hablaba, pero comprendía el italiano.

—*Mais, c'est très beau ici.*—dijo despues de las primeras frases, señalando los montes.—Comprendo ahora perfectamente que el conde de Tessé se defendiera desesperadamente. Debía ser muy sensible para él y para todos los franceses abandonar esto.

Había dado ya una vuelta por Pinerolo con el plano de la ciudad fortificada en la mano, y se mostraba satisfecho por haber encontrado, á los primeros pasos, el edificio del antiguo arsenal.

—¿Con que debo serviros de *cicerone*?—le dije.—Desgraciadamente, no puedo enseñaros otra cosa que el camino.

No descaba más. Había leído las relaciones militares del tiempo, especialmente la historia del Marqués de Quincy, brigadier de Luis XIV: ninguna particularidad del asedio le era desconocida.

—Nos ayudaremos recíprocamente—me dijo,—y poco despues tomamos el camino del Monte de Santa Brígida.

Pero antes de llegar sobre el terreno del asedio, creí oportuno hacerle una observación conciliadora. Era preciso ajustar las cuentas de nuestro orgullo nacional. Y la cosa, por rara coincidencia, era admirablemente fácil. Teníamos, uno y otro, parte igual de satisfacción en el recuerdo del asedio de Pinerolo, porque, si bien es verdad que los italianos y sus aliados habían conquistado el fuerte de Santa Brígida, no es menos cierto que no lograron apoderarse de la ciudad. La gloria de los conquistadores del fuerte, dejaba íntegra y limpia la de los defensores de la ciudadela. Los aliados, por otra parte, no levantaron el asedio por desesperar de la victoria, sino porque estaba amenazada la retaguardia de Catinat. Las partidas eran, pues, iguales. Podíamos visitar el campo con el corazón tranquilo.

—¡Tapíz!—respondió sonriéndose el Comandante extendiéndome la mano.

Llegados al pie de la colina, donde se eleva la ciudadela, nos detuvimos á contemplar la llanura.

—¡Qué espléndido ajedrez!—exclamó el Comandante —¡Digno verdaderamente de la partida que se jugó!

¡Ah, sí! La partida era terrible. Tratábase de arrancar de manos del gran Rey, la libertad de Europa. Sobre esta bella colina hormigearon cinco ejércitos: piemonteses, ingleses, holandeses, alemanes del Imperio y de los Electorados, valdenses y protestantes de Francia, Víctor Amadeo II y Eugénio de Saboya, un tropel de generales de todos países, la flor y nata de la nobleza francesa y saboyana, treinta mil soldados que habían visto el fuego de veinte batallas; los franceses, encarnizados en la persecución de los hugonotes y en la atrocidad del Palatinado; los piemonteses, furiosos por vengar la matanza de Cavour y los horrores de una guerra devastadora hecha á un tiempo con la espada



y con la horca; los anglo-holandeses inflamados con la ira de Guillermo III; casi todos los Príncipes mordidos en el corazón por el recuerdo de ofensas personales del Rey Luis; unos, excitados por el pensamiento de que aquel era el lado vulnerable de Francia, el único punto en que se la podía atacar con ventaja para invadir el Delfinado y la Provenza; los otros enardecidos por las excitaciones de su Rey, que consideraba á Pinerolo como su propia sangre y que colocaba sobre sus murallas la omnipotencia y la gloria de la Monarquía....

¡Por San Jorge; qué maravilla de espectáculo!  
¡Digno, en verdad, de tener por espectadores las montañas de las cuales bajó la venganza de Aníbal y estalló la furia de Carlo-Magno!

Un poco más adelante, saliendo de entre los muros del circuito de la ciudad, el Comandante se detuvo á admirar aquel monte de Santa Brígida, que se extiende con tan graciosa curva, su ancho flanco en la llanura. Los jardines, los emparrados, las malezas, los grupos de árboles, son tan espesos desde la cumbre á la falda, la vegetación es tan exuberante, que las casas quedan medio escondidas como en un bosque. Y están esparradas tan pintorescamente por la pendiente las blancas factorías, las encarnadas, casitas suizas, torres, nidos ocultos de enamorados, pequeñas quintas reunidas como grupo de amigos, palacios pensativos en la soledad, filas de casas que parecen estar unas sobre otras en escalinata y alquerías de varios colores arrojadas al azar como un puñado de rosas y de camelias, que lamirada quiere fijarse á un tiempo en mil puntos distintos y la imaginación se vé asaltada por mil caprichos de poeta y el corazón por mil envidias de socialista.

Así que hubimos pasado la villa Vagnone, De Beaulieu empezó á buscar los restos de reductos, que el Conde de Tessé, comandante de Pinerolo, hizo construir para unir la ciudadela al fuerte de Santa Brígida: eran tres reductos escalonados á lo largo de la pendiente del monte, á la defensa de los cuales se habían destinado cinco batallones de infantería bajados de Roca-Coltellodon de estaba acampado Catinat con la avanzada del ejército.

—Por aquí debía pasar el camino subterráneo,— me dijo.

Se refería al camino subterráneo de una extensión lo menos de una milla piamontesa, que ponía en comunicacion el fuerte con la ciudadela.

—Es probable que siguiera las curvas del camino descubierto—añadió.—Debía parecer el infierno allá abajo, durante los combates, cuando se cruzaban gritando, al resplandor de los faroles,

los heridos llevados abajo desde la cima del monte, las compañías de refuerzo que subían corriendo, los ayudantes de campo que llevaban las órdenes del gobernador, los cañones puestos á salvo, los defensores de los reductos desmoronados que se precipitaban por el agujero mezclados con los prisioneros destrozados, mientras las bóvedas del subterráneo temblaban bajo los pasos de los enemigos y el silbido rabioso de las granadas.

De una cosa no sabía darse cuenta el Comandante y era, por qué los franceses no habían pensado mucho tiempo antes en construir un fuerte sobre la cima de aquel monte que tan terriblemente dominaba á Pinerolo; porque, es bien cierto que del fuerte de Santa Brígida no había todavía señales en Abril de 1692 ó que los trabajos noestaban al menos terminados el comenzar el asedio.

—¡Hé ahí San Pedro!—exclamó de repente señalando abajo, en el valle de Lemina, el hermoso pueblecillo medio oculto en la enramada.

Allí fué el primer combate, el 24 de Julio. Allí estaba el capitán Affs, del regimiento de Auvernia, cuando el Duque Amadeo cayó sobre él desde la celina con dos columnas convergentes, despues de haber destruido los otros puestos

franceses. Si no acuden á librarlo los granaderos de la ciudadela, estaba copado.

Y siguiendo hablando de este modo con aquella familiaridad de lenguaje y con aquellos detalles y vocablos técnicos que acercaban tanto los sucesos lejanos, me hacía la grata ilusión de visitar aquellos sitios pocos meses después de la paz del 30 de Mayo del 96, en compañía de un ayudante de campo del general Tessé.

\*  
\*  
\*

Continuamos subiendo por en medio de las factorías y de las quintas. Todas aquellas casas, durante el asalto del fuerte, habían sido convertidas en otros tantos reductos, continuamente tomados y perdidos por los asediados y por los asediadores, arruinados por unos vueltos á levantar por otros en pocos instantes.

Era preciso á toda costa que los aliados desalojaran de allí á los franceses si querían cortar la comunicación del fuerte con la plaza. Enormes columnas de alemanes, de españoles y saboyanos se precipitaban sobre aquellos fuertecitos improvisados, de día y de noche y trababan luchas horribles entre los setos en las eras, en las habitaciones, donde combatían con las pistolas, con las espadas, con las culatas de los mosquetes, gritando, como almas en pena en seis lenguas diversas, no rindiéndose prisioneros sino acribillados de heridas y dejando el terreno cubierto de pedazos de armas, de



restos de armaduras de mechones de pelo, de charcos de sangre.

Los nobles piamonteses, el conde de Massel, los marqueses de Porella, de Caraglio, de Bernezzo hacían fulgurar sus espadas entre los primeros. El menor espacio de trinchera que se tomaba, costaba docenas de vidas de gastadores y soldados de línea; el más pequeño avance de batería, desencadenaba una tempestad de hierro y de fuego de los bastiones. La inesperada salida de la guarnición, llevaba alrededor la ruina y el incendio como la erupción de un volcán.

Zapadores, ingenieros, jóvenes voluntarios hugonotes, brillantes capitanes crecidos en la corte, veteranos encanecidos de diez guerras, viejos caballeros resplandecientes de oro y de seda caían de cabeza en los fosos, heridos en el pecho ó en la frente.

Tres mil hombres se dice que perdieron los asciantes, solamente en los primeros quince días. Y no se estaba mucho mejor dentro del fuerte. Las bombas granizaban por tres partes; algunas veces trescientas en una noche.

La guarnición, formada desde un principio por cuatrocientos cincuenta soldados, escogidos entre los mejores de los doce batallones de Pinerolo, con

veinte sargentos y veinte soldados elegidos, mandados por el coronel Sescrabe y por el gobernador De Beaulieu, debía ser renovada continuamente.

Los bastiones, hacía poco tiempo construidos, pero perjudicados por la lluvia y por la misma artillería que los protegía, eran objeto de un trabajo continuo y precipitado de reparación.

Y con todo esto, el fuerte se mantuvo firme contra cuatro ejército por espacio de cerca de un mes.

Pero á medida que subíamos, y el terreno se iba haciendo más áspero y quebrado, el Comandante parecía siempre más dispuesto á admirar á los sitiadores.

—¡Cáspita!—decía deteniéndose para mirar alrededor.—¡Era empresa ruda! (*Une ruda affaire*).— Bombardeados por el fuerte, tiroteados por la ciudadela, granizados por los reductos, fulminados por las baterías móviles de Tessé... Necesitábanse pechos de bronce é hígados de acero para defender las trincheras. Sin embargo ¿quién sabe? Lo hubieran dejado todo por fuerza, si no hubieran sido por la presencia de los dos Príncipes saboyanos. ¡Estos eran dos campeones, Dios mío!

Sonré modestamente en nombre de los dos Príncipes. Con un extranjero viene rodado algunas veces, aun al último de los ciudadanos, imitar á aquel viejo sargento francés que decía:

—*L'Empereur et moi, ça ne fait qu'un.* (El Emperador y yo, no somos más que uno mismo).

Y puesto que me había dicho una cosa agradable, yo le dije á mi vez para devolverle el cumplido, que admiraba cordialmente, como un bello ejemplo de cómo puede conciliarse el orgullo del soldado con el respeto debido á un enemigo glorioso, la noble respuesta que el gobernador De Beaulieu había dado al Príncipe Eugenio, cuando este vino en persona á intimarle la rendición, afirmándole que las comunicaciones entre el fuerte y la ciudadela estaban rotas. En lugar de embromar al *Rey Sol* con una desvergonzada respuesta de héroe de teatro, se contentó con enseñar al Príncipe el camino subterráneo, todavía libre, el foso desembarazado y las brechas tapadas, respondiendo respetuosamente:

—Vea Vuestra Alteza. Un soldado de honor no puede aun rendir la espada.

—No podía inspirar si no una respu esta noble, la voz del Príncipe Eugenio—repuso el Comandante— ¡Oh, el *Abattino!* Se admiraba con entusiasmo aquella simpática y extraña figura, aquel héroe jibosillo, que nunca habia dejado ver su joroba al enemigo, pequeño, ágil, terrible, con aquellos ojos del Napoleón de Meissonier, claros como diamantes,



con aquella nariz remangada, con aquella boca siempre abierta como para estar pronta á arrojar el grito de asalto. Debía meter el diablo en el cuerpo á sus regimientos cuando pasaba á galope con la bella cocarda azul sobre la coraza y arengaba á los soldados en cuatro lenguas, disimulando con una sonrisa el tormento de su vieja herida de Belgrado. Era una naturaleza admirable: audaz, obstinada, impetuosa, jovial. Nada le define mejor que la apuesta de cien doblones que hizo la tarde del primer sábado de Agosto con Víctor Amadeo; de hacerles oír misa en el fuerte de Santa Brígida, al alba del día siguiente.

Llegado que hubimos á la cima del monte, el Comandante De Beaulieu reconoció el terreno de una ojeada.

—Aquí estaban colocadas las baterías de los alemanes, mandadas por el comandante general Schevreim; allí debía estar la trinchera de los mil setecientos ingleses al mando de Schomberg; allá abajo los españoles, con el coronel Las Torres. ¿Dónde está el pilar de la muerta?—me preguntó.

Le indiqué un grupito de casas donde se conservan los restos de un pilar sobre el cual estaba antiguamente representada una mujer, muerta allí una noche, de terror supersticioso á los espíritus.

—Hasta aquellas casas—dijo el mayor—llegaron el 26 de Julio, persiguiendo á los franceses desalojados de Frossasco, cinco mil soldados del Duque de Saboya. El fuerte estaba formado por cuatro bastiones y barría con sus fuegos, palmo á palmo



todo el terreno de alrededor. Pero debía ser terriblemente trágica la condición de la fortaleza durante los últimos días, cuando se habían visto obligados á retirar la mayor parte de los cañones, los fosos estaban llenos de escombros, los torreones rotos, el camino subterráneo en peligro y minada la empalizada para hacer saltar la contra escarpa del foso. Los asediados veían á su alrededor, á pocos pasos, las negras gargantas de aquellos monstruos de bronce que se les venían encima como arrastrándose á favor de las tinieblas y las caras enardecidas de soldados de todos los países, embravecidos en cien asaltos y ansiosos del último estrago, que les devoraban, con los ojos inyectados en sangre, mostrando sus bayonetas. A tal extremo, toda resistencia era inútil. Al amanecer del décimocuarto día, en efecto, los aliados, disparando furiosamente su artillería contra los ruinosos bastiones, avanzaban para intentar el último asalto. Un formidable estruendo los detuvo por un momento: la puerta y el puente de la fortaleza habían volado por los aires. Creyendo haber prendido fuego al polvorin, comenzaron de nuevo con furor las descargas. Pero ¿qué sucedió? De los torreones no contestan á sus fuegos. Se acercan titubeando é invaden la fortaleza como un torrente... No se veía alma viviente: el fuerte era

un monton de ruínas. Solo se encontraron algunos trapos ensangrentados y un cañon clavado, con las armas de Saboya. Desde los primeros albos del día, el gobernador De Beaulieu, por orden del comandante de Pinerolo, despues de haber hecho minar la puerta principal y la de socorro, había escapado con la guarnicion por el subterráneo, dejando algunos soldados con el encargo de prender fuego á la mina en el último instante. ¡Qué formidable mecha debió colocar á Victor Amadeo!

Acercándose á la quinta solitaria del Sr. Todrós, que cubre el espacio que ántes ocupara el fuerte, el Comandante se detuvo á contemplar dos pequeñas pirámides de bombas que sobre pilastras se levantan á la puerta del jardín: bombas que fueron encontradas en tierra, con pedazos de armadura y algunas monedas oxidadas, excavando por las inmediaciones. ¡Quién sabe si no era una de aquellas bombas la que rompió la pierna al pobre Montour, comandante de la guarnicion!

—Dos hermosos platos de patatas saboyanas—añadió De Beaulieu, dirigiéndoles los sonrientes ojos de un gastrónomo.

Hay en lo alto una ancha esplanada como no se imagina al mirar la cima del monte de San Mauricio. Existen allí hermosos viñedos, trozos de

terreno cubiertos de alta hierba, sombreados por grupos de encinas y pinos silvestres y esmaltados de amapolas, blancas margaritas, renúnculos, juncillos; flores de todas clases, espesos como las flores de un invernadero y mezclados con plantas olorosas que, agitadas al pasar, exhalan penetrantes aromas, á lo largo de los andenes.

Nos sentamos por breves instantes entre los árboles, y descansando allí, al amparo de aquella sombra, en medio de aquellos perfumes, refrigerados por una jarra de agua helada, bebida en el pozo de una factoría próxima, acariciados por una brisa fresca y suave que penetraba entre las ropas y oreaba nuestros pechos y brazos, pensamos los dos en aquellos pobres soldados que, en aquel mismo día de Agosto, á la misma hora, ciento ochenta y sei años ántes atravesaban corriendo aquel mismo espacio de terreno, entonces pelado como un desierto, calcinado por el sol, lánguido, marchito, devastado, tropezando con los cadáveres aplastados de sus compañeros, bajo una lluvia de balas francesas, medio muertos de hambre y de sed. ¡Allí, á centenares y centenares de leguas de sus pueblos y de sus familias, de las que no tenían noticias en muchos meses y las que no podían saber nada de su muerte: pobres

instrumentos ciegos de ambiciones que no comprendían, pobre carne de cañon, empujada, á marchas forzadas, de un extremo á otro de Europa, fustigada, despedazada y olvidada! ¡Pobres criaturas humanas!

—¿Pero por qué no habeis levantado un recuerdo aquí arriba?—Me preguntó el bravo comandante.—¡Una lápida con cuatro palabras al ménos!

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



Gracias á la amabilidad del Sr. Todrós, pudimos penetrar en el jardín y subir á la torre de la quinta.

Allí arriba, De Beaulieu, exhaló una de esas voces lentas y prolongadas de estupor, que suelen acompañar al vuelo circular de la mirada por los horizontes de un maravilloso panorama.

De pronto hirió su vista aquella risueña honda nada de Cumiana, que resalta inesperadamente á la izquierda, con su semicírculo de poblados montes, sus colinas coronadas de ermitas, y sus aldeas que parecen jugar al escondite entre la arboleda.

—¿Dónde están los bosques de Vólvera?—me preguntó.

—¡Ah! Eso es lo que busco,—pensé. Mas no me dió tiempo para hacerle la indicación. El conocía mejor que yo todo aquel vastísimo teatro del gran actor Catinat.

—*Voilà Piossasco, je crois*—exclamó señalando, con efecto, el sitio donde se encuentra.

Tenía la clave de la batalla de Marsaglia: el monte de San Jorge, en el que apoyaba su ala derecha el general francés, haciendo frente al Príncipe Commercy, que fué despues el primero que quedó derrotado. Eugenio estaba en el centro, Víctor Amadeo en los bosques de Vólvera; todos fueron batidos y dispersados. ¡Una jornada infeliz, partidiez!

El Comandante no decía una palabra; pero ví que llevado, sin duda, por la analogía de los recuerdos buscaba por el otro lado, la ciudad de Saluzzo y desde allí la llanura de Staffarda.

—¿Buscáis el campo de vuestra victoria?—le dije.

Y él, oportuno, como buen francés

—Observad, sin embargo, — repuso—que todavía no me he atrevido á mirar hácia la parte de Superga.

Era alusión á la victoriosa defensa de Turin; una delicada respuesta á mi burlona estocada.

—*Touché*—debí contestarle entonces, haciendo el saludo como en un duelo.



Por buen espacio de tiempo no le pude arrancar de allí arriba. No se cansaba nunca de contemplar aquella alfombra de verdura, salpicada por los pueblecillos, surcada de blanco por vastas manchas de los caminos, serpenteada de plata por los arroyos, orlada de azul por los horizontes y todo bordado á relieve y como respunteado por la vegetacion, hasta el el punto de inspirar deseos de pasar la mano por encima. Y hacia más bello todavía el cuadro, un cielo límpido, surcado por largas nubes sutiles y encendidas, semejantes á pinceladas color de rosa que teñian con su delicado reflejo las aguas inmóviles del jardín de la quinta.

—No,—decía el Comandante moviendola cabeza y mirando hácia abajo por el flanco del monte, como si hablase consigo mismo,—después de la toma de Santa Brígida, si no sobrevenía Catinat, Pinerolo no podía resistirse. Con el refuerzo de seis mil

españoles y con doce cañones nuevos de grueso calibre que había recibido, el Duque de Saboya estaba seguro de su suerte. La plaza no estaba aprovisionada más que para tres meses. A la mano tenía dispuestas más de cien piezas de artillería. Con la batería de morteros que plantó aquí abajo, y con las otras dos que hizo levantar á la parte opuesta, sobre la llanura, hubiera bien pronto dado cuenta de Tessé, á pesar del fuego infernal de la ciudadela. El torreón maestro, blanco noche y día de los disparos de 24 bocas de bronce, estaba reducida á deplorable estado, el 1.º de Octubre...

Pero sabed que era original y muy dura, la condicion de estos pobres habitantes de Pinerolo, bombardeados durante diez días seguidos por su Duque y obligados, sin embargo, á desear de todo corazón que llevara adelante la empresa, ¡Después de dos meses y medio de aquella endemoniada vida, después de 63 años de dominacion extranjera, bien merecian la satisfaccion de ver la entrada triunfal de Victor Amadeo! ¡No era justo que debieran suspirar por ella otros tres años! El Conde de Tessé no esperaba ciertamente arrebatarásele así, á tan bajo precio.

Muy curioso pareció á De Beaulieu un detalle que trajo á su mente el recuerdo del Duque de Saboya.

Uno de los edificios de Pinerolo, visible desde allí arriba, que había sufrido más que los otros en el bombardeo, era el convento de la Visitacion. ¿Qué hubiera dicho Víctor Amadeo II, si, mientras tiraba balas explosivas sobre el monasterio, le hubieran profetizado que bajo aquel techo, entre aquellos acribillados muros, había de morir, setenta y seis años despues, la más querida de sus amantes, aquella marquesa de Spigno y de San Sebastian que fué despues su esposa, que se retiró con él á Chambery despues de la abdicacion y que le indujo á revolver el Estado para devolver el trono á su hijo?

—*Une charmante femme, ¿no es verdad?*—dijo el Comandante.

Aquel diablo de francés la conocía personal-

mente. Yendo por la mañana á comprar la *Guía de los Alpes* en la librería del amigo Mascarelli, había visto la fotografía de la Marquesa tomada de un retrato al óleo que se conserva aun en el Monasterio; y aquella cabecita envuelta en un velo como dentro de una nube blanca, aquellos hermosos ojos lánguidos, le habían encantado.

—¡Hermoso tipo tambien el de Amadeo!—añadió con un poco de envidia:—*On n'en fait plus.* Clavado sobre el caballo de un alba á otra, con aquella enorme peluca rubia que se escapaba del pequeño tricornio cayendo sobre sus hombros, con aquellos ojos azules de extrema movilidad, con aquella nariz hendida, picado de viruelas durante su prision en la campaña del Delfinado, vestido de época, despojado tambien del collar de la Anunciata que había hecho pedazos el año anterior por el pobre Carmagnola, bromista con los soldados, brusco con los pecces gordos, y libre de lengua como un cabo de caballería, ¡qué magnífico personaje para la "fotografía anecdótica" de un corresponsal de periódico, que hubiera podido seguirlo de cercal

Me parecía verlo, allí, sobre aquella cumbre, acompañar cada disparo de cañon con un puñetazo



sobre la silla, diciendo á media voz, con los dientes apretados.

—¡Ah! ¡Yo soy la bestia negra de Louvois! ¡Yo soy el paje del Rey de Francia! ¡No me permiten hacer un viaje á Venecia!... ¡Ah, *manigad' bialoss!* ¡Tomad eso por ahora!

\*  
\*  
\*

—Con todo eso,—dijo el comandante, siguiendo casi enteramente el hilo de mis pensamientos—cuando no se mataban, tenían entre ellos mil delicadas cortesías. ¿Qué diremos del Duque de Saboya que dejó libre á los franceses la correspondencia, entre la ciudad asediada y Cassale, y que envió á su fiel conde de Gropello, disfrazado de vaquero para aconsejar á Tessé que hiciera bajar á Catinat de la Montaña, para proporcionarle un honroso pretexto para no bombardear á Pinerolo?

Pero yo no sabía la mejor, la más grandiosa y al propio tiempo la más bufa: era una carta de Tessé á San Tomasso, ántes que Amadeo llegase al campamento:

”Dicen que su Alteza Real debe llegar de un momento á otro. Es preciso hacer alguna cosa para recibirle dignamente: inspiradme vos. Os ofrezco en cambio todo lo que poseo. Su Alteza querrá pasear, revistar su ejército. Decidme por qué par-



te irá; tenemos muchos cañones apostados: ordenaré que no disparen por aquel lado ni los cañones ni los arcabuces, para que su Alteza no sufra la menor incomodidad."

—¿Está bien? ¿Se puede ser más amable?

—¡Qué maravilloso burlon!—concluyó riendo el Comandante.—¡Y se hubieran destrozado con los dientes!

\* \* \*

Por fin, debíamos bajar.—¡Pero qué inolvidable espectáculo había gozado desde allí arriba el Sr. de Beaulieu!—pensábamos los dos, saliendo de la quinta.

En las breves horas de tregua, asomándose al parapeto de los torreones, veíamos la confusión de los soldados dentro de los fuertecillos esparrados por la pendiente del monte, las medias-lunas de Pinerolo erizadas de mosquetes, la torre de la ciudadela coronada por oficiales que observaban; y por todas partes, por los arrasados viñedos, entre las casas derruidas, por las huertas deshechas por las escavaciones de las trincheras, las pisadas de los caballos y los surcos de las ruedas, sobre los campos sembrados de cajas rotas, árboles humeantes, sacos de lana rasgados.

Alrededor de la ciudad, millares de tiendas y pabellones de todos colores, aldeas de cabañas preparadas para el bloqueo del invierno, y

más lejos, vastos parques de carros, enorme impedimenta y ondulantes masas de caballería que marchaban por la campiña hácia San Segundo y Belvedere.

Y, en las horas de batalla, cuando retumbaba á un tiempo la artillería del fuerte, de la ciudadela, de la plaza, de los reductos, de las baterías del llano, formando una corona de humo y de fuego alrededor de Pinerolo, aquellas anchas y furiosas oleadas de soldados subían por el monte: los rubios batallones de Inglaterra, la morena infantería de España, las anchas y blancas caras de los holandeses, los altos dragones de Saboya, las pesadas y compactas columnas de alemanes, una marca ascendente de carne humana, de diversos colores, sombreros con plumas, anchos tahalíes, vistosa confusión de uniformes, reluciente por las bayonetas y segures, erizada de picas, de escalas, de girones de banderas, de espadas blandidas por los coroneles; una multitud embriagada con sus propios gritos y por el clamor infernal de clarines, pífanos y timbales...

Y precisamente en aquel momento, allá abajo, en la vasta llanura tranquila y florida, hacían raro contraste con nuestra exaltada imaginación, los penachos de humo de los trenes de Turin y de

Torre-Pellice y los tramvías de Perosa y de Saluzzo, imágenes de la paz y del trabajo, que discurrían rápidamente entre los árboles, como blancos velos de amazonas gigantescas, lanzadas en desenfrenada carrera por la campiña.



Iba á ponerse el sol. Nos detuvimos todavía un momento á contemplar la cima del Freydour y Tridente, que se vienen á la cara, como torreones verticales de prodigiosa fortaleza, ante la cual, el combate de Santa Brígida no había sido más que combate de hormigas. Y eran maravillosas, á semejante hora, aquellas montañas de pedrada roca, de las que se distinguían con limpieza todos los relieves, todas las concavidades, todas las arrugas, que parecían hechas á cincel y teñidas de color de hierro, de gris perla, de amaranto, de violeta, con pinceladas de coral y de rosa.

Admirábamos también el valle de Lemina, tan verde y de vegetación tan lozana, que parece cerrado á los profanos, y que pertenece á un convento.

Pero entonces noté cuán peligroso es servirse de símiles nuevos, hablando con quien no está

iniciado en el lenguaje literario del día, porque habiendo dicho de aquel valle:

—¡Qué delicioso lecho para un gigante!

—¿Cómo?—repuso el Comandante—¿Y el camarero de San Pedro?

Lo que nos hizo reír un buen trecho mientras descendíamos del monte.

Al rededor se notaba aquella vasta y risueña paz de los días de fiesta, que se adivina en el campo, aún cuando no se manifiesta por signo alguno visible. Bajo los emparrados de las quintas paseaban señoras cogidas del brazo; de las casitas, á lo largo del camino salían sonidos de vasos que chocan y de voces alegres. Encontrábamos niños gordinflones, hermosas muchachas y viejos vivarachos, que reían.

De repente, junto á la quinta Vagnone, oímos un graciosísimo canto de dos voces de tenor, sin educar, más de un timbre insólito en aquel sitio; poco despues vimos salir de entre los árboles, dos soldados de caballería, de la Academia, con sus hermosos uniformes color de naranja.

—No tienen nada de Piamonteses esos soldados—dijo De Beaulieu.

—Son romanos—repuse.

—¿En qué lo habeis conocido?—me preguntó con curiosidad.



—Por su acento, por la entonación del canto, por la letra misma de su canción. Y son romanos de la misma Roma, si no me engaño.

—¿Voluntarios, tal vez?

—No, reclutas. Hace más de diez años que tenemos en el ejército soldados de Roma.

Se detuvo, volviéndose á mirar aquellos soldados. Mi respuesta había llevado de un golpe su imaginación desde el Piamonte de Víctor Amadeo, hasta Italia con Roma por capital, y junto á aquellos dos jóvenes veía confusamente, con una especie de estupor, los arcos gloriosos y los columnatas cargadas de siglos, de la ciudad inmortal. Me lo dijo. ¡Cuánta poesía esparcían por el monte de Santa Brígida las armoniosas voces de los dos muchachos! ¡Qué fabulosa mutación se había llevado á cabo!

Sin embargo, la sangre vertida por los soldados de Víctor Amadeo sobre aquella cima, había también ayudado á la realización del milagro que la presencia en aquel sitio de los jóvenes significaba.

Ciertamente que los soldados del siglo xvii, no creyeron batirse por Italia: se batían por amor á su Príncipe, por el honor de las armas, por cariño á su provincia. Pero aquellos eran los sentimientos y la tradición de que dos siglos después nacía, fe-

cundada al calor de las nuevas ideas, la patriótica audacia del Piamonte y la popularidad italiana de la Casa de Saboya.

La fuerza nacional de Turin del 48 y del 59 derivaba en gran parte de la conciencia de aquel pasado. Santa Brígida era también una lejana avanzada de San Martino. La sangre derramada junto al pilar de la muerta, se unía, por largo surco rojo, á la sangre vertida en Puerta Pía.

—¿No se despertaban en mí estos mismos pensamientos al oír la voz de Roma, sobre el campo de batalla de Amadeo?

—Sí, los mismos pensamientos se despertaban. Pero pensaba, sin embargo, llegando sobre la colina de San Mauricio y observando la mirada casi agradecida que á su alrededor dirigía De Beaulieu, pensaba en la eficacia grande y benéfica del valor, que lo ennoblece y realza todo.

Era la memoria de un valiente que, después de dos siglos, me hacía simpático á un extranjero, le hacía á él amar una ciudad desconocida, y ponía en los labios de uno palabras honrosas para la patria del otro, y de estos sentimientos, en pocas horas, nació una cariñosa amistad.

—La cual, después de discurrir gran rato sobre

el asedio, fué sellada en la mesa con una vieja botella de Campiglione.

—¡Al gobernador De Beaulieu!—dije levantando mi copa.

Y el Comandante, poniéndose en pié con rapidez, repuso con voz vibrante y cordial acento:

—¡A los expugnadores de Santa Brígida!



EL FUERTE DE FENESTRELLE



el asedio, fué sellada en la mesa con una vieja botella de Campiglione.

—¡Al gobernador De Beaulieu!—dije levantando mi copa.

Y el Comandante, poniéndose en pié con rapidez, repuso con voz vibrante y cordial acento:

—¡A los expugnadores de Santa Brígida!



EL FUERTE DE FENESTRELLE





## EL FUERTE DE FENESTRELLE

*Pinerolo, Setiembre 1883*



izo sonar el látigo el cochero y los caballos partieron alegremente estimulados por la primera luz del día, que plateaba el Monviso.

Un viaje de Pinerolo á Fenestrelle en aquella bella mañana, fresca y serena, en compañía de mi hermano Giacosa, es uno de esos placeres... el único, que podía hacerme levantar ántes que el sol.

La campiña se despertaba apénas, y los ilustres monges y el buen Francisco de Sales dormían aún entre los muros de la Abadía de Adclaida. Más allá, el puente de Napoleon estaba desierto; alrededor de Turina, donde combatió el bravo Capraza, todo callaba, y entré las hermosas canteras de

Melanaggio, de que Dios nos libre, no había alma viviente.

Empezamos á ver algunas aldeanas valdenses con sus blancas cofias de viejecilla, limpias y ascadas, junto á la aldea de San German, en medio de aquellas graciosas montañas cubiertas de viñedos en la falda, de encinas y de hayas más arriba, bajo las que discurren al despuntar el día, con los libros bajo el brazo, los rapazuelos que van á la escuela del maestro ambulante, en las solitarias aldeas de la cumbre.

Desde aquel punto en adelante encontramos el valle animado por los cien rumores dispersos y lentos, de carretas, ganados, campanillas y cantinas solitarias que acarician los oídos y tranquilizan el corazón como el reposado canto de una madre que trabaja.

Hé allí Villar-Perosa, albergue del Rey, que muestra en medio del verde, su pequeña copia blanca de la Basílica de Superga; hé allí el florido prado de Pinasca, donde se recogió, arrojando sangre por la boca, con el pecho atravesado por una bala católica, Janavel, el héroe de los valdenses, escapado á la matanza de Val de Angrogna....

Pero, verdaderamente, la vista de aquellos lugares, en vez de las antiguas batallas, traía á mi mente

los discursos que había oído el año anterior, el día de la fiesta de la inauguración del tranvía; discursos de alcaldes campestres, de industriales y de maestros, sonatas originales de retórica rural, interrumpidas por salidas intempestivas de la banda de música, ó por imprevistos síncope de miedo. Parecíame sentir de nuevo aquellas trémulas voces y mirar aquellos rostros pálidos en medio de los campesinos vestidos de fiesta y las aldeanas engalanadas de flores, que hacían un corro á la ancha cara dictatorial del Senador Bertea.

Mientras el carruaje corría, venían á mi encuentro todas aquellas frases, como una bandada de esos pichones negros que echan á volar por la plaza los vendedores de *números buenos para la suerte*. Y ponían en fuga mis recuerdos históricos.

Pero mejor era así, porque no es prudente pelear con la naturaleza que, de cualquier modo, acaba por vengarse siempre de los que describiendo paisajes aplican una fecha á cada árbol y un nombre á toda piedra. Y luego ¡el valle de Chisone es tan bello en aquel punto!

Pasado Pinasca, se estrecha, se oscurece; álzase por una parte grandes rocas negruzcas, cubiertas de líquenes, y toma aquel aspecto particular de tristeza de los valles angostos y tranquilos donde parece



que la naturaleza prepara en silencio alguna sorpresa; los viajeros se recogen y callan sin fijarse en nada, mirando hácia adelante con vago sentimiento de espectacion.

La sorpresa está cerca, en efecto. El valle vuelve á ensancharse poco á poco, la vejetacion se hace más exuberante, se levantan amenas colinas, menudean las casas, pululan muchachos por todos lados y aparece una ancha cuenca circundada de rocas pintorescas y de risueños campos cultivados, poblada de jardincitos y de quintas, en la cual blanquea y lanza su humo Perosa. Allá en el fondo, se abre por un lado el valle profundo de Fenestrelle, por otro, el solitario valle de San Martin, y guardando la entrada, la aldea de Pomaretto que parece un monton de casas rodando desde la altura.

¡Oh, qué sitio tan fresco y encantador para ir á ocultar unos amores ó para pensar una novela! *Un rincon del Paraíso entre los Alpes*, le llama un poeta español que allí combatió con sus compatriotas en 1693. Allí tenían un castillo de límite los Príncipes de Acaia. Por allí pasaron, acamparon y pelearon cien ejércitos, desde los romanos de la República hasta los franceses del Imperio. Allí se fabricaban dulces licores,

buenas sedas, hermosas muchachas y bizarros soldados...

—¡Animo! Hagamos un soneto mientras cobran aliento los caballos—me dijo Giacosa.

Pero despues de haber echado fuera once sílabas cada cual, esperando que saliera el resto con igual facilidad, tuvimos que detenernos: era demasiado temprano. Las ruedas de la máquina poética se atascaban enmohecidas por los vapores nocturnos. Era preciso resignarse y continuar hablando en prosa como el Sr. Jourdain de Molière. Pero no por esto parecieron afigurarse las montañas vecinas.



De Perosa en adelante, los montes se estrechan de vez en cuando, de manera que el valle parece cerrarse y hace creer que será preciso volver hacia atrás los caballos.

El camino serpentea unido al torrente; salta sobre las rocas, pasa en medio de casuchas chatas y mudas que dan la imagen de una vida de tristeza y de fatigas, atraviesa oscuras rinconadas de siniestro aspecto que hacen pensar involuntariamente en viajeros robados y degollados, flanquea molinos de piedra movidos por anchas venas de agua, recorre trozos sombreados por espléndida vegetación, donde florecen los geráneos, y flores selváticas, céspedes de rosas salvajes, que tienen la desventura de arrancarnos de la boca las primeras exclamaciones.

Poco antes de Perosa pasamos junto á la enorme roca de Bec-Dauphin que señaló los confines entre Francia y Saboya, y que por un momento pendió casi toda sobre el viajero, con aire de decir:

—¡Si se me vá la cabeza!

Después, entramos otra vez en la espesura, en medio de nogales y castaños enormes que proyectan una sombra profunda de gruta, suscitándose con este motivo, entre mi amigo y yo, una antigua disputa sobre la belleza comparada del castaño y de la palma.

Hé allí la pensativa aldea de Meano; hé allí los primeros fresnos, los montes yermos y despoblados, las altas cimas cónicas, las moles rotas y hendidas, las sutiles agujas cinceladas que se elevan enhiestas en el aire, teñidas de violeta, variadas por sombras limpias y vigorosas sobre un trozo de terreno casi vírgen, donde se encuentran voces y costumbres romanas que nosotros vituperamos.

Los aspectos propios de la montaña van tomando forma y color cada vez más visible. Los castaños desaparecen, las pequeñas coníferas se achatan, las piedras y guijarros se amontonan, el Chisone, achicado, salta entre grandes peñas unidas por rústicos puentecillos que recuerdan el modelo escolar de paisaje montañoso, el fondo del valle se colora de un verde más unido y más vivo. Cada vez se hace preciso torcer más el cuello para llegar con la mirada á las altísimas cimas, salpicadas de casitas, apenas visibles, semejantes á cabañas de anacoretas,

y de manchas de nieve y restos blancos de avalanchas de hielo que parecen manteles olvidados en una cena de alpinos.

Nos encontramos, finalmente, en la montaña verdadera, como dice Giacosa, que me reprochaba siempre, no haber visto jamás más que montañas falsas. El aire agradable, la sonoridad del agua, las flores de color vivísimo, el perfume de la *lavándula spica* y de la *nepeta nepetella*, nos lo anunciaron. Flanqueamos todavía á Mentouilles al que preguntamos, al pasar, si había dormido bien Francisco I., y vimos á la parte de allá del torrente, la selva de Chambon, la más bella de los Alpes, extensa, espesa, oscura, como una multitud innumerable de gigantes apiñados sobre las colinas y los flancos de la montaña, que aguardan un mandato misterioso para bajar é inundar el valle é invadir el Piemonte.

\*\*\*

Pero ya de léjos habíamos visto uno de los más extraordinarios edificios que pueda haber imaginado jamás un pintor de paisajes fantásticos. Una especie de gradería titánica, una cascada enorme de murallas y escaleras que, desde la cima de un monte de unos dos mil metros de altura, desciende hasta el valle, presentando el contorno de uno de aquellos extraños colosos arquitectónicos que veía Gustavo Doré, con sus grandes ojos de mago. Era la imagen de un vastísimo claustro, ó de un desmesurado templo de Cheope ó de un palacio real de Babilonia; una maravilla verdadera, que no se parecía á nada de cuanto yo había visto desde Granada á Constantinopla.

Quien no supiese lo que es, se dejaría llevar á los más extravagantes delirios; le parecería encontrarse junto á los confines de una nueva civilización, donde reinase una arquitectura desconocida y un arte militar de otros siglos. Es un amontonamiento gigantesco



y triste de construcciones que presenta no sé que aspecto mixto de bárbaro y sagrado como una necrópolis guerrera ó una roca monstruosa levantada para detener una invasion de pueblos ó para contener con el terror á un millon de rebeldes. Una cosa estraña, grande, realmente bella; uno de esos espectáculos ante los cuales se experimenta en el primer momento, un sentimiento de placer vivísimo pensando que la impresion que os deja no se borrará jamás, y que gozaremos despues mil veces al experimentarla y al hacerla sentir á los amigos.

Y todavía fué más grande la impresion cuando llegamos al pié de la montaña, y nos encontramos ante el fuerte de Carlos Alberto, colocado sobre el Chisone, atravesado en el camino, como un castillo antiguo que intercepta el paso, con su poderoso rastrillo suspendido sobre el puente levadizo, con mil bocas de barbacana, de cada una de las cuales parece que debe salir una voz amenazadora para pedir los salvo-conductos.

Giacosa sentía resonar dentro de sí todos los ecos armoniosos de su Edad media. Se diría que aquel fuerte lo ha dibujado y puesto allí un poeta, no un coronel de ingenieros. El soldado de infantería que hacía centinela en el porton, disonaba entre aquellos muros,

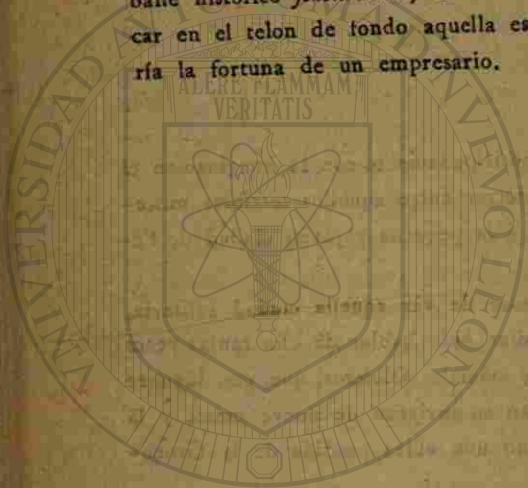
como una frase de ordenanza en medio de una octava de Ariosto.

El carruaje pasó sobre el puente que se estremeció rudamente como resentido de una ofensa, y echó á andar en seguida hácia Fenestrella.

Por buen espacio de camino, volviéndonos atrás, veíamos toda la vasta fortaleza que se levantaba majestuosamente sobre nosotros: un desórden grandioso de edificios derruidos y oscuros, sobrepuestos tortuosamente, como si treparan por la montaña sirviéndose de la espalda como escalon; murallas inclinadas en cien direcciones de las cuales no se comprende á primera vista el objeto; techos coronados por otros techos, aprisionados entre los baluartes, rocas que surgen por encima de las plataformas, fortines que levantan la cabeza sobre las rocas, erizados de pararrayos, acribillados de barbancas, flanqueados por escaleras, apiñado todo como las ramificaciones de un laberinto de piedra todo ángulos agudos y rampas; fortaleza como no se vió jamás, en fin, que parece compuesta de muchas fortalezas amontonadas, unidas al acaso, tumultuariamente construidas en lo fuerte del peligro en cien ocasiones diversas, ó intrincadas de aquella manera, sin ley, á propósito para marear la cabeza de los asaltadores.



Una vista—créalo quien no la ha contemplado,—capaz de despertar el deseo de componer un baile histórico *fenestrellano*, únicamente para colocar en el telon de fondo aquella escena, que haría la fortuna de un empresario.



Gustando anticipadamente con la imaginación el placer de penetrar entre aquellos terribles misterios, llegamos á la pequeña y jóven ciudad de Fenestrelle.

Estaba descoso de ver aquella ciudad solitaria, despues de haber oido hablar de ella tantas veces á empleados y oficiales frioleros, que, con lúgubre voz, lamentaban su invierno de nueve meses y la describían como una aldea perdida de la Groenlandia.

Así es, que quedé maravillado al recorrer aquella única calle estrecha y tortuosa, á lo largo de la cual se levantan sus casitas. Tiene el aspecto de un pueblecillo holandés, tan alegremente pintarrajeado se encuentra por todas partes. En todo saliente de los edificios véense flores, y las paredes, balcones, barandas, marcos de ventanas y batientes de puertas, todo está pintado de colores vistosos y frescos, cual si allí tambien, como en Holanda,

tendieran á consolarse de la tristeza del clima, con la alegría del pincel.

Para que la semejanza resultara mayor, nos apeamos en una curiosísima hostería de la *Rosa encarnada*, que tiene junto á ella la entruna especie de departamento destinado á Teatro de Pulchincella, tapizado de mil colores, adornado con mil retazos; sobre el porton un facsímil de linterna china; en el patio, alrededor de las cuatro paredes, los retratos de los grandes italianos, cabezas de ángeles bajo los balcones, vasos decorativos sobre la puerta, pinturas alrededor de las ventanas, autómatas colocados en medio de las fuentes, toda clase de adornos de barracon de feria, de un gusto perverso y chillon, que parecen imaginados por un muchacho ó por un loco; y por fin, dos gatos blancos como la nieve, con dos pares de ojos de un azul tan maravilloso que hacen sospechar si tendrán en el cuerpo los espíritus cabalísticos de los dos aquelarres de los Alpes.

Por lo demás, allí se encuentran truchas de padre y señor mío, un zumo de uvas y un licor de *flores del prado de Catinat*, que harían digerir una bala rasa.

Toda la ciudad es curiosa de igual modo: pintada de distintos colores y alegre á primera

vista pero recogida en sí misma, para conservar el calor y la sombra, temerosa casi de los montes altísimos que la dominan por todos lados.

A cada paso se encuentran soldados con trajes de lienzo, caras bronceadas de alpinos, sonrosados rostros de montañeses y una pareja de guardia-civiles que fijan en vosotros una mirada, profunda: una mirada de *servicio de frontera*.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Despachadas las truchas, subimos hácia el fuerte de San Carlos, por el cual se entra en el recinto de la fortaleza. Atravesamos otro puente levadizo, en medio de murallas enormes y formidables baluartes: todo gris, frío, áspero, capaz de infundir miedo.

—Se vé que nada de esto—decía Giacosa,—ha sido hecho con buena intencion.

Al entrar, vimos de pasada los pabellones de oficiales, la capilla, el hospital, la cárcel, la habitacion del gobernador, un grupo de malhumorados edificios que se miran poco benignamente, á través de los párpados entornados de sus ventanas, y nos dispusimos á verificar la ascension de la formidable escalera de cuatro mil peldaños, abiertos en roca viva y cubierta por una bóveda á prueba de bomba, que vá desde el fuerte de San Carlos hasta la cima del monte.

Un simpático sargento de artillería que el ama-

ble comandante nos dió por escolta, movido á piedad de nuestras pesadas personas, nos preguntó cortesmente si queríamos subir por la escalera cubierta ó por el camino exterior, que es menos fatigoso. Pero nosotros respondimos con el incauto atrevimiento de quien acaba de levantarse de la mesa:

—Por la escalera cubierta.

—Está bien;—repuso el sargento con cierta risita que quería decir:—Os arrepentireis pronto.

Y echó á andar por un oscuro pasadizo, haciéndonos seña para que le siguiéramos.



Subimos un primer tramo de piedra, con el paso alegre de quien vá á un tercer piso á hacer una visita galante.

—Llegaremos á la cima sin sentirlo,—decíamos.

Pero cuando á aquel primer tramo sucedió el segundo y á éste el tercero, y al tercero el cuarto, de cien escalones cada uno, entonces empezamos á echar un poco atrás los cuernos del orgullo, *como hace el caracol*.

—¡Dios mío!—nos decíamos,—nadie nos corre, podemos subir cómodamente, y mientras tanto hablaremos.

En aquel instante se presentaba á nuestra vista una larguísima escalera de más de ciento cincuenta peldaños, grises, rígidos, empinados, que parecían decirnos:

—Nos asaltaréis.

Espoleamos los zapatos, y ¡arriba con fuerza! Las bromas nos ayudaban. Nos divertíamos in-

ventando suplicios atroces para ciertos críticos amigos nuestros. Uno de ellos fué condenado á ganarse la vida haciendo de camarero en un hotel imaginario que tenía la cocina en el fuerte de Carlos Alberto, y el comedor en la cima, lleno de parroquianos impacientes.

Pero la conversacion tirada duró poco tiempo. Las escaleras son sombrías, siempre iguales, alumbradas escasamente, á intervalos, por barbacanas altas y estrechas; escaleras de convento ó de cárcel, por las cuales espera uno encontrar á cada momento hermanos desecados ó prisioneros de Estado en cadena. Pasando junto á las barbacanas, veíamos fugitivamente los fuertes sobrepuestos, otras barbacanas, otros muros amarillos, patios tristísimos, y más allá los montes cercanos, negros por los pinos, que cubrían el cielo.

Alguna maldita gota que empezaba á deslizarse sienes abajo, nos prometía una sudada memorable. Giacosa, por distraerse, empezó á contar los escalones; pero ántes de haber contado trescientos, desconsolado ante el pensamiento de que todavía nos quedaban más de tres mil, se puso á buscar nuevo pasatiempo.

—Vamos, vamos,—nos decíamos uno á otro;—todo tiene un fin sobre la tierra.

Y precisamente entonces, á una revuelta, se desarrollaba ante nosotros una nueva formidable escalera tan empinada y siniestra, que nos miramos uno á otro con esa particular expresion del semblante que pudiera llamarse la sonrisa del terror.

Pero el sargento que iba delante, ágil, subiendo de dos en dos y aun de tres en tres los escalones, como una criatura independiente de las leyes de gravedad, seca la cara, que no parecía sino que había llegado en aquel momento por la vía *funicular*, nos arrastraba hácia arriba por el gancho del amor propio.

Ciertos trozos de escalera eran más claros y se subía por ellos con placer; otros, oscuros como túncles de ferro-carril, parecía que penetrasen en las vísceras de la montaña y nos obligaban á agarrarnos á los muros. El aspecto singular del sitio nos atraía: la luz escasa, el color de las paredes y de la bóveda, la soledad, la tristeza, me traían á la mente el Escorial.

A cada rellano, deteniéndonos á tomar aliento, veíamos de un lado una interminable escalera que se hundía bajo nuestros piés perdiéndose en el oscuro ahujero; del opuesto, otra escalera sin fin, de la que, la bóveda escondía la altura, y á la cual parecía que no se podía subir sino á gatas.

Y sube que sube. A los peldaños rectos suceden los peldaños inclinados; á los trozos de escalera, trozos de rampa; despues empezamos otra vez los escalones, luego vuelta de nuevo á los corredores en rampa que suben dulcemente con peldaños apenas señalados por franjas de piedra. En uno de esos trozos nos detuvimos, asaltados por una sospecha horrible.

—Estos escaloncillos que apenas se distinguen— preguntamos al sargento—¿se cuentan entre los cuatro mil?

—¡Oh! No, señor—repuso con despiadada sonrisa el bravo jovencillo.

—¡Pues entonces no los subamos!—gritamos nosotros.—¡Nos han engañado! ¡Estos no entraban en el contrato!

Pero una humilde resignacion sucedió bien pronto á aquel ímpetu vano de despecho, y volvimos á hollar la inexorable escalera con los piés. Sudábamos como gañanes y respirábamos como fuelles. Por las barbacanas herían nuestras costillas soplos de aire helado que hacían correr calofrios malditos bajo nuestra piel. De vez en cuando oíanse sonar bajo los piés, los tablones de un puente levadizo colocado allí para cortar el camino á los invasores, en el caso de una defensa desesperada en el interior.



Sobre nuestras cabezas, á lo largo de la bóveda, corría el hilo del teléfono que trasmite las órdenes del comandante á la guarnicion de los fuertes superiores. A derecha é izquierda se encontraban enormes anillas de hierro clavadas en los muros jigantescos, para hacer pasar las cuerdas con las cuales arrastraban hácia arriba los cañones, aun los de mayor calibre, con una gran rapidez.

Pero nosotros no hacíamos gran caso de todo esto, ocupados como estábamos en regular sábiamente nuestra agitada respiracion. Teníamos una bala de cañon de á doce atada á los piés y las rodillas temblaban con movimientos curiosísimos de gozne destornillado, en los cuales no tenía la más mínima parte nuestra facultad volitiva. En muchos puntos, la escalera estaba deshecha en largos trozos y el suelo lleno de cascote y piedras, entre las que era preciso afianzar los piés para no dar un tropezon que nos hubiera quitado la pluma de la mano por un trimestre.

Aquí y allá parecía que la escalera se condolía de nosotros, los escalones se ensanchaban: se subía por algunos minutos cristianamente. Pero despues, á una revuelta empezaba de nuevo la escalinata de patíbulo que nos rompía las articulaciones de las piernas. Pedazos de escalera había que hubieran

llegado en línea recta á los techos de uno de los más altos edificios de Nápoles, así como había tramos cortos, pero en cambio quebrados, oscuros, malignos, que resultaban más largos que los otros.

¡Y qué bien combinado estaba todo para hacer un martirio del ascenso! Hubiéramos querido descansar un poco de vez en cuando; pero las barbacanas abundaban tanto, que en cualquier punto que nos detuviéramos, se nos venía encima una bocanada de aire otoñal, que murmuraba á nuestros oídos:

—¿Qué deseais? ¿Una fluxion á la boca? ¿Un reuma á los riñones? ¿Una pulmonía? ¿Un accidente?

Y nos empujaba hácia arriba con violencia. Y nosotros, arriba, adelante siempre, con las piernas de plomo, con cien riachuelos deliciosos que se cruzaban por la espalda y el pecho, y con la cabeza inclinada, como los enfermos de amor.

Acudian á mi cabeza los recuerdos de aquel estúpido sueño del padre Dombey en la célebre novela de Dikens, cuando sube la escalera de su casa durante horas y horas, y se encuentra siempre en el mismo sitio, y de cierta agua-fuerte, de Goya, si no me engaño, en que está representado un jo-



vencillo por un puntito negro que sube por una montaña prodigiosa, á la cima de la cual llegará envejecido.

—¡Qué escalera de *efe*, cuerpo de Cristol!

—El único consuelo—decía aquel cabeza ligera de sargento—es pensar que es segura.

Subíamos poco á poco, callando durante largos espacios, con todas las apariencias de una profunda veneración, como si subiéramos por la escalera de un alcázar en cuyo extremo nos aguardara un monarca de Oriente con nuestra fortuna en la mano.

Por un rato nos confortamos con los versos, y teniendo todavía alientos, empezamos á desembuchar exámetros; pero á medida que se acortaba la respiración, íbamos suprimiendo sílabas hasta no recitar más que el famoso soneto frances:

*Frele,*

*Belle,*

*Elle*

*Dort!*

Y aún nos llegó á parecer esto excesivamente largo.

Los mismos *calemburs* caían al suelo derribados apenas salían de nuestras bocas. Por las barbacanas veíamos, allá abajo, pedazos verdes del

valle, blancos trozos del camino sobre el que se movían figuras humanas pequeñísimas; y á pocos metros de nosotros, por el aire, afortunados cubos de albañil que iban y venían en tres cuartos de hora, desde lo más alto de la fortaleza hasta el fondo del valle, movidos por un sistema especial de poleas.

De vez en cuando oíamos hablar á varios operarios genoveses y lombardos que trabajaban fuera, invisibles para nosotros. Dos ó tres veces se nos reunieron por la escalera y pasaron junto á nosotros, soldados que llevaban talegos y cestos y les seguimos hasta que desaparecieron en lo alto, con mirada llena de envidia por su ligereza de veinte años. El sargento, para prolongar nuestro suplicio, nos contaba la historia de un asno maravilloso, muerto recientemente. ciego y desgraciado, que verificaba muchas veces al día aquella ascension, llevando provisiones á los fuertes altos, de donde bajaba por la misma escalera, siempre solo, sin romper nada y sin equivocarse jamás el camino. El cuento era conmovedor y nosotros envidiábamos á aquel asno.

Y continuábamos subiendo, ansiosos y chorreando, representándonos el espectáculo de aquel camino secreto en los momentos de una defensa su-

prema, alumbrado por las antorchas de viento, castigado por las bombas, llena por los estallidos de los almacenes, atronada por los gritos de la lucha, y bañado por calientes riachuelos de sangre que se precipitaban en las tinieblas de peldaño en peldaño á enfriarse en el rostro de los moribundos...

Pero también la imaginación respira. Para descansar algunos momentos sin que el sargento se apercibiera nos detuvimos como para admirar el valle.

¡Qué belleza! ó mejor ¡cuánta belleza! Teníamos verdadera pasión por el paisaje. Pero una rápida sonrisa suya, despertó en nosotros amarga sospecha, que nos impidió también aquel breve reposo.

—¡Señores!—exclamó el sargento á cierto punto.

—¡Ya no quedan más que ochocientos!

—¡Bahl!—repuso Giacosa.—Es una miseria.—¡Y nada para nosotros!—añadió con un suspiro.

Pero después estallamos en exclamaciones, en violentas imprecaciones, tirando abajo todos los personajes del calendario, poniéndonos alrededor del cuello el pañuelo chopado, furibundos contra Carlos Manuel III y todos sus ingenieros. Expresé, sin embargo, á Giacosa mi extrañeza por verle

salir también de quicio, á él, tan apasionado alpinista.

—Pero, ¡qué diantre! El que sube, suda; siempre ha sucedido así.

A aquella altura las plantas de los pies se clavaban en la piedra; las piernas se metían en el cuerpo, y los brazos iban caídos como colgajos; quien nos hubiera contemplado desde abajo nos hubiera tomado por dos enfermos del espinazo que trepaban al santuario de la montaña á encomendarse á un santo. El viento soplaba cada vez más vivo, y llevaba hasta nosotros excelentes aromas de plantas resinosas; el terreno que se descubría desde las barbacanas debía ser delicioso; pero nosotros no nos deteníamos en nada.

Habíamos llegado á ese período estúpido de la fatiga, en el que, aun cuando nos hubieran puesto sobre los hombros todo el vocabulario de la Crusca, no nos quedaba en el cuerpo aliento para protestar. Y subíamos por fuerza de la inercia, con la barba en el pecho, con aquella lentitud fúnebre de los condenados del Dante, cuando el sargento, que iba buen trecho delante de nosotros, gritó:

—Todavía falta un cuarto de hora.

Yo comprendí tres cuartos y volviéndome hácia

Giacosa, que subía rezagado le pregunté con voz lamentable:

—¿Ha dicho tres cuartos?

Y Giacosa me repuso con potente voz;

*Uno ei gridó, é d'un angelo*

*Mi parve la sua voce!*

Volvimos de nuevo á subir animados, á subir, á subir...

Pero ¡demonio! Era un cuarto de hora valiente, ó hinchado, como dicen los toscanos: no acababa nunca. Aquello era demasiado: la escalera era un prodigio. Teníamos que subir durante toda la vida por lo visto.

Y en el momento en que esto me decía, un nuevo tramo infinito, compuesto de centenares de escalones se levantaba ante nosotros, cubierto por una bóveda baja y lúgubre que se perdía en la oscuridad lejana de caverna...

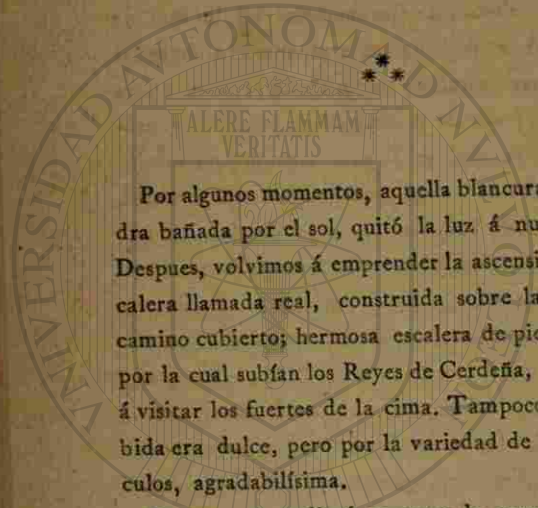
¿Habíamos de continuar subiendo? nos preguntamos con voz estenuada, ¿Debíamos seguir marchando honradamente á pié, ó afrontar la infamia de sentarnos?

—¡Ya estamos, por fin!—gritó en aquel momento nuestro guía desde una puerta altísima señalada por una línea luminosa.

Entonces nos reunimos á él en pocos instantes y

salimos al aire libre, sobre una explanada bañada por el sol, enfrente de las montañas; y levantando los ojos para buscar la cima del monte, vimos delante otra série interminable de escaleras que se perdían en medio de las rocas.





Por algunos momentos, aquella blancura de la piedra bañada por el sol, quitó la luz á nuestros ojos. Despues, volvimos á emprender la ascension por la escalera llamada real, construida sobre la bóveda del camino cubierto; hermosa escalera de piedra sillería, por la cual subían los Reyes de Cerdeña, cuando iban á visitar los fuertes de la cima. Tampoco aquella subida era dulce, pero por la variedad de los espectáculos, agradabilísima.

Pasamos en medio á un grupo de casas semejantes á una aldea, con la correspondiente iglesia blanqueada, por tortuosos callejones flanqueados de altas paredes, por corredores húmedos y oscuros, por alegres plazoletas llenas de luz, siempre subiendo. Despues atravesamos un sitio estrañísimo, cien veces más estraño y más bello que las más originales creaciones de los novelistas.

De un pasadizo oscuro, abierto en aislada roca, se sale sobre un puente levadizo, desde el cual se

ven precipitar á derecha é izquierda, bajo aéreos arcos de dos ojos, los flancos escarpadísimos del monte, hasta una profundidad á la que no alcanza la vista. Así que se traspone el puente, se penetra en otro pasadizo oscuro, abierto en nueva roca tambien aislada y amurallada como un castillo, desde la cual se llega al segundo puente levadizo, estendido como aquel sobre dos abismos, en medio á otros dos arcos suspendidos en el vacío. Y sigue despues la tercera roca, y se vuelve á salir al tercer puente; tres bicocas solitarias de tres feudatarios hermanos, aliados, pero recelosos.

Del resto no se recuerda nada. Los almacenes, las casamatas, las baterías, los escalones oblicuos, los pasadizos, los desembocaderos, presentan tal apariencia de confusion, que ni siquiera un ingeniero militar en una rápida visita, creo que sacaría mucha utilidad.

Se sube, se sube siempre: esto lo recuerdo muy bien. Por las puertas entrecabiertas se ven los almacenes llenos, rebosando de granadas cilíndricas, de granadas esféricas, de cajas de metralla, de *sbrapnel*, de bombas que tienen el aspecto de aguardar, aburriéndose el día del estallido. Aquí y allí, desde sus cuartitos abiertos hácia el interior en forma de temples, los enormes cañones alargan su horrible cue-

llo fuera de las ventanillas cuadradas, como mirando curiosamente el valle, por si hay alguien de mala catadura á quien despachar.

Robustos soldados de artillería iban y venían entre las baterías y los almacenes, desempeñando las faenas domésticas de aquella extraña casa que recibe tan mal las visitas cuando se presentan en tropel; barrían las cureñas, pintaban de negro viejas granadas, amontonaban los cubos, acariciaban con la mano los cañones al pasar. Parecían aficionados á su fortaleza, como los marineros al navío y contentos de trabajar allí arriba, en aquella alta soledad, refrescados por el perfumado viento.

Poco á poco habíamos subido del fuerte de San Carlos, al del Tridente, de éste al reducto de Santa Bárbara, luego al de San Antonio y después al fuerte de San Telmo. Finalmente, tras de otro buen pechugon, llegamos al fuerte del valle el cual no tiene sobre sí otra cosa sino el cielo.

\*  
\*  
\*

Y allí fuimos recompensados con usura de nuestros... poco nobles sudores.

El valle profundo que se estiende abajo y por el que la mirada vá recta y como aprisionada entre las cimas hasta la lejanísima llanura, donde se distinguen las manchas blancas de la ciudad bañada por el Póo; aquellas magníficas montañas que se elevan delante, el Albergán entre ellas, vestidas de espesísimos bosques negros, coronadas de nubes blancas y como cortadas por barrancos abruptos y salvajes, por los que corren las aguas semejantes á riachuelos de plata fundida; más léjos los otros montes altísimos y extraños teñidos por mil tonos cenicientos; y todo alrededor por las faldas de los montes y las colinas, aquellos innumerables tableros de ajedrez de los campos cultivados, todos iguales en magnitud; pero distintos por sus cien colores, amarillentos, verdes, rosados, dorados semejantes á alfombras de terciopelo



y seda estendidas para una fiesta misteriosa de un pueblo desconocido: hé aquí un espectáculo grande, severo, extraño, triste y bellissimo, que levanta el alma como un himno de guerra acompañado de música sagrada.

Toda aquella variedad de grandes líneas ásperas y violentamente quebradas, aquellos enormes ángulos, aquellas temerarias verticales, aquellos contornos grandiosamente desordenados, como amontonamiento formidable de derrumbados peñascos, dan la imágen de un lenguaje mudo que diga cosas solemnes y tremendas que se escuchan confusamente sin comprenderlas; pero que comprendidas harían temblar los huesos como la revelacion de un misterio sobrehumano.

Abajo, junto á la ciudad, se distinguen sobre una altura las dispersas ruinas del fuerte de Mutino, erigido por Luis XIV. A la parte opuesta, hácia la espalda de la fortaleza, casi al nivel del fuerte de los valles y al otro lado del altísimo puente levadizo, se extiende con dulce declive hácia Fenestrelle, la vasta pradera que Catinat hizo famosa invernando en ella, con 10.000 soldados en 1692; una bella extension de verdura que parece hecha para el descanso de un ejército, y que en el mes de Junio se esmalta de flores maravillosas, que la dan

el aspecto de un inmenso tapiz turco extendido para espléndido baile de reinas.

A ambos lados de la fortaleza, las vertientes del monte bajan casi cortadas á pico, erizadas de pinos y abetos que se arrastran hasta los piés de las cortinas de las murallas como para hacer preparar el asalto.

Véanse en el fondo del valle, aldeas grandes como la palma de la mano pobladas de hormigas; y el Chisone y el camino, como cintas plateadas y blancas, que serpentean por buen espacio, uno junto á otro y se ocultan despues entre los montes.

El profundo silencio del sitio apénas estaba turbado por el débil murmullo del torrente, casi avergonzado de su pobre caudal de aguas en medio de aquellas majestuosas imágenes de grandeza y de fuerza.

Las montañas estaban ya veladas aquí y allá por vastísimas sombras; grandes bosques se iban sumergiendo en temerosa oscuridad, mientras otros triunfaban dorados por el sol; y en tanto que las aldeas de las hondonadas caían en las sombras de la noche, las casas solitarias de las alturas brillaban como encendidas.

El día moría con sonrisa dulce y melancólica



y sobre una hermosa colina, situada á Poniente, se dibujaba como pequeño rasgo negro sobre el cielo, la más bella, la más memorable, la más querida cosa de cuantas abarcábamos con la mirada: el monumento á los muertos de Assietta.



Pero ¡qué estruendo del otro mundo deben producir allí dentro los cañonazos! Debe parecer el día del juicio, cuando saludan graciosamente el aniversario de la reina Margarita. ¡Y ha sido teatro de tan diversos tumultos en su vida este pequeño valle del que tantos italianos no conocen siquiera el nombre!

Mi amigo y yo logramos formarnos una idea, enfilando nuestro viejo antejo de soñadores por la tronera de un cañon, que recortaba en el fondo del valle un pequeño cuadro verde atravesado por un poco de camino y algunos palmos de torrente. Vimos pasar primero una multitud confusa, con grandes trompas curvas y con yelmos de bronce adornados con largas plumas negras, armada de lanzas cortas, de toscas dagas, de gruesos arcos, de anchos cuchillos y hondas, y en medio una altísima asta, rematada por un águila romana: nos pareció el ejército del Rey Cozio aliado del Im-

perio, que se desparramaba hasta los confines de su Estado, *fnis terræ*, á explorar los montes amenazados por los galos. Despues vimos bajar de los montes otra inundación armada con más hierro y más gravedad, ballesteros de alta estatura, caballeros de cascos lucientes, escuderos de largos jabones, infantes cargados de flechas, divididos en cuatro alas y cubiertos de escudos de cuero; y por los gritos agudos que hasta nosotros llegaban juzgamos que fuese el ejército del Delfin de Viena que marchaba contra Humberto el beato de Saboya, sembrando á su paso el incendio y la muerte. Y á ésta seguía los pasos otra multitud enteramente distinta: los secuaces de Valdo, arrojados de Francia; un precipitarse de mujeres, viejos, jóvenes, niños, cargados con ropas, seguidos por carretas destartaladas y jumentos fatigados, una lamentable fuga de miserias, de angustias y terrores que se desparrama y se pierde en breve tiempo por las rocas del monte, en la oscuridad del barranco.

Y poco despues, grande estruendo de tambores y trompetas, un jóven y valiente Rey con gran sombrero emplumado, caracoleando ante una muchedumbre de caballeros, una selva de lanzas con banderas, cañones y culebrinas arrastradas por larga fila de ca-

ballos y empujadas á fuerza de brazos, piqueros, alabarderos y arcabuceros, tipos normandos, picardos, gascones, borgoñones y suizos, vestidos de estrafña y pomposa manera, el ejército espléndido é insolente de Francisco I que caía sobre Pinerolo, llenando el valle de gritos y de cantos alegres. Y despues de este, otro ejército enteramente distinto, un desfile lento y triste de regimientos con sombreros despachados y enmohecidas armas; soldados fatigados y encorvados envueltos en rudas mantas, caballos cojeantes, banderas desteñidas por las nevadas y los aguaceros; el ejército de Catinat diezmado por el invierno y fatigado por las marchas y contramarchas, que iba buscando en silencio un refugio entre las montañas.

Y apenas desapareció aquel ejército, un repentino correr de baterías, un animado saltar de tricornios y coletas, griterío de oficiales, estrépito confuso de blasfemias piamontesas y Víctor Amadeo que perseguía á los artilleros animándoles con la espada, señalando el fuerte de Mutino, objetivo de aquella verdadera furia de huracán.

Y, por fin, dos procesiones opuestas de gente, que venían de Turín y de Francia, los huéspedes obligados de la fortaleza; el rostro temeroso del cardenal Pacca, asomado á la portezuela de un coche,

personajes de Estado caídos en desgracia del *hombre fatal*, pálidos y desolados, bajo las cabelleras desme- lenadas por los azares del viaje; cortesanos malévolos é insolentes del Rey de Cerdeña, escoltados por las clásicas grandes linternas de los carabineros; la muchedumbre encarnada y triste de los garibaldinos de Aspromonte, y juntamente con estos, centenares de oficiales de todas edades y cuerpos, enviados á veranear á Fenestrelle para que meditaran sobre la disciplina y seguidos por los suspiros de padres, acreedores y amantes...

¡Qué buen sitio, por Baco, para ir á espíar los pecados carnalescos! ¡Qué tristeza debían sentir aquellos pobres oficiales cuando miraban, con el rostro contra el vidrio, la nieve que caía en compactos copos sobre el valle blanco y desierto, pensando en las hermosas damas del Teatro Régio y en los ruidosos bailes de máscara de *Scribe!*

Apertamos el anteojo de la tronera y volvimos de nuevo á mirar la fortaleza, la cual es todavía más bella y estraña, vista desde allí arriba que contemplada desde abajo. Véanse todas aquellas rocas y muros que se precipitan como á saltos, á sacudidas en bruscas vueltas, presentando mil ángulos y escorzos de reductos, de plataformas, puentes, bóvedas caminos tortuosos, fosos profundos, pero todo erigido, compacto, cerrado, tan espantoso, que á un enemigo de Italia que allí subiera debería parecer molesto hasta el pensamiento de tener un día entre su descendientes, un general encargado del asalto.

No es posible, mirando hacia abajo, librar la imaginación de la idea de una lucha tremenda, de tal modo la forma y el aspecto del monstruoso edificio espesa poderosamente la amenaza, la resistencia y la muerte.

Siempre parecen sentirse rugir de abajo las baterías ó ver entre las rocas y las casamatas sil-



bar las granadas de los asediados, llevando en su seno tempestades de metralla, y soldados agonizando por la escalera, y abajo en el valle y por los costados del monte, saltar en el aire cajas de artillería, y masas de tropa dispersarse ahullando por los bosques, sembrados de restos triturados y miembros humanos.

Gózase al pensar que toda aquella fuerza inmóvil y maciza, que toda aquella montaña preñada de rayos, es nuestra, vela á la puerta de nuestra casa, pronta á vomitar el infierno al primer grito de alarma. Se goza al palpar amorosamente las piedras de las troneras, en las que uno se ha apoyado, extendiendo la caricia con el pensamiento á todo el larguísimo monstruo agazapado y diciéndole:

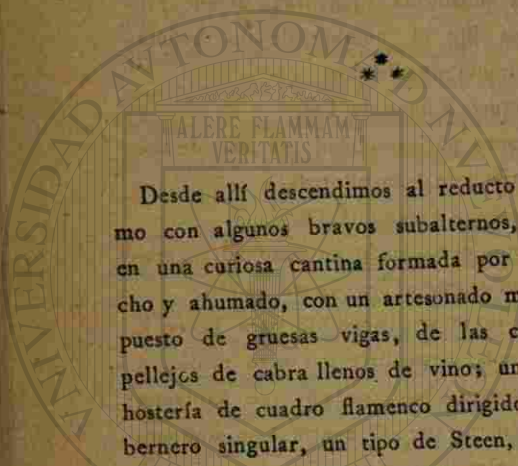
—¡Buena guardia, viejo gigante solitario!

Pero ya no está solitario el viejo gigante. Su soledad no es más que apariencia. El tiene su correspondencia secreta y misteriosos acuerdos. Tiene hermanos, hijos, valientes avanzadas, espías perdidos en las nieblas, centinelas muertos que asoman la cabeza entre las brechas lejanas, una familia invisible muda y vigilante como él; y á una cñal suya, otras cimas de montes relampaguean, otros despeñaderos humean, otros valles retumban.

¡Ah! Es una orquesta bien afinada, un concierto, os lo aseguro, capaz de hacer temblar las tripas en el cuerpo al más valiente. Ahora está allí, pesado, con los ojos entornados, como los gatos, gozando el calor del sol. Pero os aconsejo que lo dejéis en paz. ¡Cuán bello debe ser, cómo debe cambiar por completo al aspirar el olor de la pólvora!

Hé aquí un agudo vientecillo frío que corre desde el fuerte del valle hasta el fortín de Carlos Alberto, un zumbido como de enorme colmena se esparce por todos lados, los soldados se precipitan y bajan por las cien escaleras como cabras, los cañones de refuerzo se arrastran armando gran estrépito por el camino cubierto arriba, los colosos de acero avanzan la cabeza sobre los precipicios, las barbancas se animan con miradas humanas, hablan los hilos eléctricos, las casamatas se abren enteramente, los puentes crujen, se izan las banderas, mil ojos y mil manos observan, examinan, prueban, cierran, forman barricadas. Y á esto sucede un profundo silencio, en el que todos cambian con la mirada este pensamiento:

—¡Hasta la muerte!



Desde allí descendimos al reducto de San Telmo con algunos bravos subalternos, y entramos en una curiosa cantina formada por un salón ancho y ahumado, con un artesonado muy bajo compuesto de gruesas vigas, de las cuales penden pellejos de cabra llenos de vino; un facsímil de hostería de cuadro flamenco dirigido por un tabernero singular, un tipo de Steen, algo ceremonioso, como cumple á un tabernero de fortaleza, y grave, como si en su bolsillo tuviera las llaves de la puerta de Italia.

Pareciome que se debía experimentar cierto placer en estar allí arrellanado junto al fuego, con la pipa en la boca, durante las noches de invierno, cuando el frío es capaz de helar las piedras y ahullan por el monte las fieras imaginarias del Cardenal Pacca. Permanecimos allí un instante entretenidos, como dice Boccaccio, con "el bienestar del trinquis" y por la aguda con-

carsacion de nuestros huéspedes. Uno de ellos particularmente, un furriel instruido y cortés, tuvo una salida amensísima. Preguntado de qué provincia era, nos dijo el nombre de un Ayuntamiento del Piamonte, añadiendo:

—Donde veraneó Fulano de Tal.

Y el veraneante por casualidad era uno de nosotros. Pero habiéndole dicho el otro:

—Hé aquí, pues, á Fulano de Tal.

—¡Bah!—repuso él haciendo un gesto muy expresivo.—No lo creo *aunque me den cien mil pesetas*.

No teniendo la suma disponible para hacer la prueba, intentamos persuadirle por otro medio, y después de mucho trabajo pareció que habíamos conseguido el objeto; pero él continuó mirándonos á los dos con cierta sonrisita de desconfianza, como si quisiera decir:

—Estos caballeros tienen aspecto de verdaderos farsantes.

Un compañero suyo, ménos incrédulo, nos contaba en tanto la pequeña maravilla de los pichones del fuerte. El estaba encargado de amaestrarlos. Llevaba consigo todas las semanas su graciosa comitiva alada, á pueblos, cada vez más lejanos; le daba libertad en medio de la plaza y después se volvía á Fenestrelle, á donde sus edu-



candos habian llegado muchas horas ántes, después de haber recorrido 80 kilómetros en sesenta minutos.

Rara vez llegaban todas; algunas caian durante el viaje heridas por los cazadores; otras se extraviaban ó se iban en busca de aventuras y llegaban más tarde; pero la mayor parte, después de haber dado una vuelta, con incertidumbre, por la plaza, tomaban el camino recto y volvian á la fortaleza de un vuelo. Y el sargento nos indicaba en el fuerte de San Carlos, la ventana en que tenía su palomar, no diciendo, pero pensando con justicia:

—Tambien yo hago por mi patria; educo para ella servidores útiles, desinteresados y fieles.

Desde el fuerte de San Telmo bajamos por un camino exterior que describe 36 curvas á través de un bosque de pinos, en medio de cien variedades de campanillas, sámpolas, escabiosas, de flores alpinas de todos colores, á la contemplacion de las cuales, siendo el camino desigual y escabroso, tuve que renunciar por completo con gran sentimiento, para dedicarme todo entero á la conservacion de mi dignidad vertical.

En la *Rosa Encarnada* encontramos buen número de gente de la montaña sentada á la mesa, conversando en alta voz, en su gracioso dialecto mezclado de piamontés, francés y próvenzal, no del todo desagradable al oido y lleno de pintorescas imágenes. Hablaban de oficiales franceses disfrazados que vagaban por los contornos. Allí, junto á la frontera, el sentimiento pátrio está constantemente excitado por el recuerdo siempre vivo de la guerra con los franceses, y más todavía, por



aquel continuo cruzarse de curiosidades sospechosas, de pequeñas desconfianzas y despechos, que es casi continuo entre las tierras limítrofes de dos grandes estados, aun en tiempo de buena armonía.

Se os habla siempre de la guerra, como de un suceso, no solo probable, sino próximo; y cada cual vigila por cuenta propia. El servicio de confianzas se cumple espontáneamente, con tan cuidadosa prontitud, que si un extranjero de dudoso aspecto, almuerza por la mañana á las nueve en una posada de la frontera, se sabe en el fuerte lo que ha comido, antes de ponerse en el sol.

La fortaleza es el objeto de todas las conversaciones, el argumento puesto sobre el tapete con cualquier propósito, la imagen que se levanta junto á todas las imágenes, como el mar en las poblaciones marítimas.

Los fenestrelleses lo miran y lo enseñan con expresión mixta de respeto, de afecto y de altivez. Son todavía viejos piemonteses del tiempo de Víctor Amadeo II y Carlos Manuel III, aficionados á sus montes, altivos con sus tradiciones, soldados en espíritu, afectos á la dinastía y bebedores de corazón, de un vino limpio y seco, que hace desbordar de sus corazones en notas agudas y alegres, las canciones patrióticas del Assietta. ¡Con qué placer pasa-

mos una hora entre ellos, oyéndolos hablar de la defensa de Italia con sentimiento de fé y de orgullo! ¡Y cuán bellos son siempre esas reducidas hosterías de poblaciones solitarias, con sus patiecillos llenos de carros, atestados de gente y de estrépito á la llegada de la diligencia, adornados con los arados y perfumados por el heno, resonantes de ladridos de perros y relinchos de caballos.

Cuando se marcha uno á media noche, con los faroles encendidos ya y la manta sobre las rodillas, el latigazo de aviso del cochero, hace siempre nacer gran confusión: los niños corren, los huéspedes se asoman á las ventanas con la tohalla al cuello, las muchachas de la casa, acuden á desear buen viaje y los saludos tienen algo de cordial y poético que no se encuentra en ningun lado, viajando por el camino de hierro.

Esto decíamos mi amigo y yo recorriendo rápidamente el largo camino real de Fenestrelle, alegres y satisfechos de nuestra jornada; pero el espectáculo de la enorme fortaleza negra, que dibujaba sus soberbios contornos sobre el estrellado cielo, nos hizo callar repentinamente. En la mente de ámbos, expresamos con las mismas palabras, el saludo silencioso que le enviamos entrando en la oscuridad del valle.

—¡Adios, bella roca italiana, fiel baluarte de nuestros Alpes. No te veremos más; pero estarás siempre á nuestra vista y la de nuestros hijos y los hijos de ellos, guardian inmóvil y magnífico de nuestra independencia y nuestro honor. Esfuérzate todavía y continúa dilatando tus miembros, como un adolescente titán. Y cuando llegue el día de la prueba, será para tí un día de gloria espléndida y pura, como la nieve de tus montañas bañadas por el sol de primavera, tu nombre será sagrad para la patria, y de todos los corazones de Italia, se elevará el grito de gratitud á bendecir las piedras de tus murallas y la sangre de tus defensores.



MANUEL FILIBERTO EN PINEROLO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Adios, bella roca italiana, fiel baluarte de nuestros Alpes. No te veremos más; pero estarás siempre á nuestra vista y la de nuestros hijos y los hijos de ellos, guardian inmóvil y magnífico de nuestra independencia y nuestro honor. Esfuérzate todavía y continúa dilatando tus miembros, como un adolescente titán. Y cuando llegue el día de la prueba, será para tí un día de gloria espléndida y pura, como la nieve de tus montañas bañadas por el sol de primavera, tu nombre será sagrad para la patria, y de todos los corazones de Italia, se elevará el grito de gratitud á bendecir las piedras de tus murallas y la sangre de tus defensores.



MANUEL FILIBERTO EN PINEROLO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## MANUEL FILIBERTO

EN PINEROLO



OMBRIASCO, (el señor Juan Bautista) notario de Pinerolo, buen cristiano, pobre de clientes y de fortuna, pero correcto en sus negocios, honrado hasta la sencillez, patriota de corazón, con una ligera capa de latin, y todavía fuerte y florido, aunque bajase ya de la montaña de sus sesenta años, manifestábase lleno de gloria cuando se podía mostrar, en el balcon de su casita de la plaza de San Donato, en compañía de don Enrique de Benavides, noble catalan, cliente suyo.

Y ni siquiera pasaba por su mente el pensamiento de que los malignos pudieran atribuirle el interesado propósito de convertir en yerno á su cliente.

—"No lo obcecaba hasta ese punto su vanidad

de padre, que á tal matrimonio pudiera dirigir sus esperanzas." —

Así afirma (y yo lo creo), un viejo cartapacio amarillento, lleno de raspaduras, con el cual, un sobrino del notario, creyó legar á la posteridad un caso muy admirable acacido en su familia; cartapacio que durmió por más de tres siglos bajo otros muchos papeles apenas descifrables, en medio de las actas consulares de la ciudad de Pinerolo.

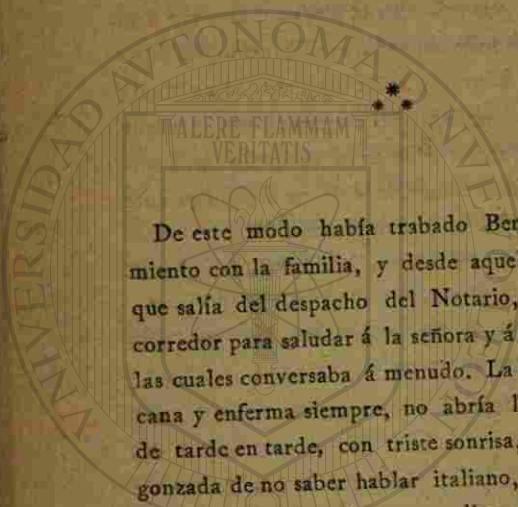
El noble Enrique de Benavides, que vino allí desde Gerona por la intrincada cuestion de una herencia, dejada por un pariente de su madre, coronel francés, apellidado, no se comprende si Mortier ó Mornier, de guarnición en Pinerolo, había confiado la gestion de su negocio al notario Lombriasco, por la reputacion de hombre integérrimo de que gozaba. Pero hubiera podido atestiguar á la ciudad entera que un mes y aun más, despues de la primera entrevista, y cuando ya entre ellos se había establecido cierta franqueza, el delicado Notario todavía no le había dicho palabra acerca de su familia.

Las relaciones habían nacido por puro accidente. Un día que Benavides aguardaba en el despacho notarial, la señorita Evelina, segura de encontrar solo á su padre, entró alegremente de un

salto, llevando desplegada una lámina que representaba la batalla de San Quintín, lámina por largo tiempo deseada y que acababa de llegar por el correo.

Apénas vió á aquel señor desconocido, hizo ademán de retirarse murmurando excusas; pero habíase detenido, como enclavada de maravilla y gozo, cuando el señor catalan, habiendo leído de pasada el vistoso título de la lámina, dijo en tono de delicado respeto y con mucha sencillez:

—¿Representa la batalla de San Quintín, señorita? Yo he estado en ella.



De este modo había trabado Benavides conocimiento con la familia, y desde aquel día cada vez que salía del despacho del Notario, atravesaba el corredor para saludar á la señora y á la señorita, con las cuales conversaba á menudo. La señora, ya toda cana y enferma siempre, no abría la boca más que de tarde en tarde, con triste sonrisa, un poco avergonzada de no saber hablar italiano, que Benavides poseía muy bien, "aunque—dice el manuscrito—pronunciando al modo de los españoles." La señorita, en cambio, interrogaba continuamente y el objeto de sus preguntas era siempre el mismo.

Como todo piamontés de aquel tiempo, al cual no faltasen el sentimiento de la altivez y el del amor á la patria, ella sentía una afectuosa, profunda y apasionada admiración por Manuel Filiberto.

Nacida bajo la dominación extranjera, de la cual había podido ver desde la infancia, los desastrosos

efectos; educada por su padre, un poco corto de genio pero de ánimo generoso, en la piedad y el amor á su país oprimido, desmembrado, empobrecido por españoles, suizos y franceses, accesible por nobleza innata á grandes entusiasmos, había empezado por venerar al Duque de Saboya á la edad de diez años, cuando vió á su ciudad emocionada de gozo al fulgurante anuncio de la victoria de San Quintín.

Y su juvenil veneración por aquel Príncipe glorioso que, desde los confines de Picardía, hacía brillar como una esperanza su espada vencedora, á los ojos de la patria lejana, había ido creciendo en su corazón, con el agigantamiento de aquella gloria, hasta llegar á vivir de aquel afecto y de la fé de ver entrar un día en su ciudad libertada y piamontés al gran Duque de Saboya.

Su padre recordaba haberle visto en Niza en 1535 un año antes de la caída de Pinerolo, en compañía de Aimon de Génova, barón de Lullino, su protector, cuando solo tenía siete años y le llamaban el *cardenalito*, por estar destinado al sacerdocio y lo describía: era pequeño, flaco, de aspecto noble y pensativo. Pero no podía dar otro pasto á la curiosidad ardiente de la muchacha, deseosa de minuciosos detalles acerca del Capitán, el Soberano y el hombre; y por esto asediaba con preguntas, tímidas, pero



repetidas al bienvenido extranjero', haciéndose re-  
prender á menudo por su madre, á la cual parecía  
poco conveniente para una muchacha y ménos res-  
petuoso para un hidalgo aquella interrogacion per-  
pétua.

No, á ella no le parecía posible que aquel señor,  
con el cual hablaba, hubiese visto y oído hablar á  
Manuel Filiberto á pocos pasos de distancia, sobre  
aquel famoso campo de batalla, donde había tenido  
en su mano y decidido la suerte de España y de  
Francia, cogiendo en formidable red todo el podero-  
so ejército del Condestable de Montmorency.

A Dios gracias, no por eso dejaba de ser cierto.  
Benavides, oficial á los diez y ocho años, había for-  
mado parte del séquito del Barón de Brederode,  
muerto en San Quintín; había sido testigo del  
acto soberbiamente valiente del Duque, cuando en  
la mañana del diez de Agosto, ocultando en su  
coraza, sin leerlas, las relaciones de los generales  
que estaban á su alrededor, aconsejándole que no  
trabara batalla, levantando la espada:—¡Tocad á  
asalto!—gritó al trompeta: le había visto correr,  
arrastrando su caballo el vientre por el suelo,  
en ayuda de los Condes de Egmont y de Pande-  
veaux, que estaban en peligro de ser copados;  
hubiera podido dibujar punto por punto, su ar-

madura y sabía imitar perfectamente su pronun-  
ciacion española que se resentía más del francés  
que del italiano.

Pero ¿cómo era á los veintinueve años el Duque  
Manuel Filiberto? ¿Cómo se movía? ¿Cómo miraba?  
¿Qué voz tenía? Y Benavides tenía que repetir por  
décima vez las mismas cosas.

De estatura regular, sano y bien formado, cabeza  
escultural, rubios cabellos un tanto encrespados,  
ojos azules agudísimos y chispeantes como puntas  
de espada, barba escasa y corta, pecho ancho y  
saliente, atléticos brazos, piernas ligeramente ar-  
queadas, voz, paso, gesto de hombre nacido para  
mandar, para combatir y para ser más temido que  
amado, y una gracia maravillosa en sus maneras  
y movimientos.

Nadie había visto jamás sobre el campo de bá-  
talla un caballero más principescamente soldado  
que él. Despierto y armado ántes del alba, infa-  
tigable, enemigo de la inmovilidad como de una  
tortura, parco de palabras, firme en sus propósitos,  
refrenaba los ímpetus de cólera mordiéndose los  
labios hasta hacerse sangre, daba con una mirada  
ó una palabra, elogios que embriagaban el alma,  
órdenes que infundían fuerza en las venas y re-  
proches que hacían temblar los huesos.

Era terrible, pero justo y á menudo revelaba, en actos secretos de clemencia, la bondad que nunca dejaba escapar de los labios. Quien lefa en su alma le amaba, tímidamente, pero con obstinado cariño. Era instruido: conocía el alemán y el flamenco; hablaba español, italiano y francés; sabía latin, estudiaba historia, se ocupaba de ciencias.

Los ejércitos que le habían puesto el apodo de *cabeza de hierro*, lo veneraban tambien como ilustrado. Los españoles le llamaban *el sábio*.

—O entregará el alma sobre el campo de batalla—decían—ó levantará la monarquía de sus padres.

Desde que bajo los muros de Ternaux, con un apretón de su implacable mano, había disciplinado en un día el tumultuoso ejército de Carlos V, todos presintieron vagamente que Dios le enviaba para realizar grandes empresas. Y cuando pasaba á caballo por los campamentos en medio de aquellos atrevidos regimientos españoles y flamencos, no prorrumpan en aclamaciones y vivas, que él no amaba, pero hacían á su alrededor un grande espacio y profundo silencio en que se sentía el ruido de su armadura y la respiración de su caballo, y mil atónitas miradas acompañaban su blanco penacho hasta que desaparecía entre las tiendas lejanas.

—Un noble Príncipe, *verdaderamente*—concluía Benavides.

—Si España debe bendecirlo, el Piamonte puede adorarlo.

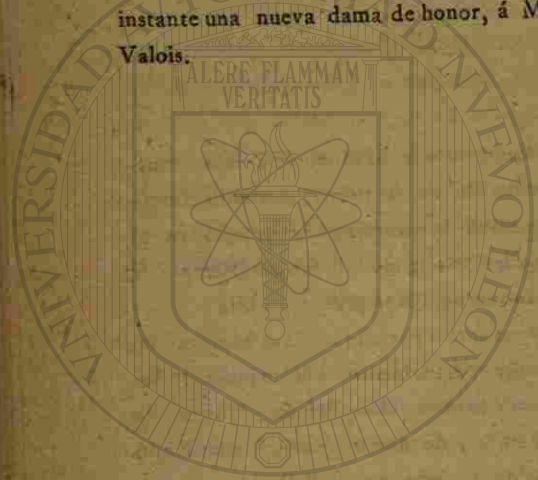
La señorita oía inmóvil, sonriendo para ocultar su emoción, y jugueteando con sus dedos largos y sonrosados, con la bolsa y las tijeras que pendían de su cinturón de cuero; y por las noches, cuando estaba sola en su habitación, levantaba la lámpara á la altura de una pequeña lámina, con el retrato del Duque, y le decía ingénuamente con voz ardiente y trémula, aquello que su corazón le dictaba.

—Tú volverás á la patria, Manuel Filiberto ¿no es verdad? Tú te harás restituir tu fiel ciudad que no te ha visto nunca, pero que siempre te ha amado é invocado. Tú piensas en nosotros, tú pensastes siempre y quieres á cualquier precio á tu Pinerolo, aunque hayas de conquistarla con la espada ¿no es verdad, mi valeroso, noble, magnífico Príncipe, gloria de nuestra sangre y esperanza del país?

Y estaba tan hermosa en aquel momento, envuelta en su traje de lana oscura, con su gorguera de muselina que se levantaba en forma de abanico por detrás de la nuca, con el rostro un poco echa-



do hacía un lado, y tan grande, tan rubia y tan espléndidamente graciosa, que si el Duque de Saboya la hubiera visto, hubiera propuesto sin vacilar un instante una nueva dama de honor, á Margarita de Valois.



\*  
\*

Aquella adoracion por Manuel Filiberto, constituía el tormento de un su primo, Antonio Lombriasco, que pasaba la práctica de notario en el estudio del padre, haciendo al mismo tiempo, y no con más provecho, el amor á la hija.

El sobrino cronista se permite muchas bromas con él, burlándose algo pesadamente, á la manera de los novelistas de su tiempo. Lo define: "jóven de vasto entendimiento y de ánimo pueril," añadiendo poco despues "de aspecto risible." Parece que era un medio hombre estenuado y nécio, con gran nariz roma. Persuadido de que el Duque de Saboya fuese el único motivo por el que su prima rehusaba, como molesto homenaje, su jóven corazon notarial, había llegado á odiarlo como rival y enemigo. Aquel nombre de Manuel Filiberto le daba tres patadas en la boca del estómago cada vez que lo oía pronunciar, y San Quintín era para él el santo más infausto del almanaque.



Al principio, para congraciarse con la señorita, había fingido también una profunda admiración por el Duque é intentado ponderar los elogios cada vez que delante de él se entonaban. Pero lo hacía de tan mala gana, con voz tan ingrata, que en vez de penetrar en su corazón con aquel artificio, había logrado que le tomara más odio que en un principio. Y entonces cambió de registro, é imaginó por un instante que podía desbancar y abatir á su rival, royendo poco á poco con los dientes de la crítica, su grandeza y su gloria.

—Al fin de cuentas, la batalla de San Quintín la ganó con un ejército español; la victoria de Gravelinas, era mérito principal del Conde Egmont; el Piamonte se encontraba siempre en pésimas aguas; Asti y Santhia estaban todavía en poder de los españoles; el *gran* Duque no había hecho triunfar su razón contra Génova, ni tomado á Francia Pinerolo, Savigliano y Perossa; era ciertamente un Príncipe *considerable*, pero no se le podía llamar aun *gran* de hombre; era preciso aguardar los acontecimientos.

Pero la señorita lo reprendía terriblemente.

—¡Callad! —le decía apretando los dientes, coloreada por la ira, haciendo silbar con el sonido de una espada que hace el molinete, su rápido y vigoroso dialecto sub-alpino. —¡La vuestra es la más insen-

sata y la más incua de las ingratitudes! Desde niño se ha consagrado todo á su patria; por nosotros ha ido al destierro; heredó un país á retazos y girones, y lo ha convertido en un Estado. El es quien ha rescatado á Turin, Chíero, Chivasso, Villanova, Saboya, las provincias de Génova y de Chiabrese; él es quien ha fundado el ejército; él quien ha levantado las fortalezas; él quien ha construido las galeras que vencieron en Curzolari; él quien ha ordenado los Estatutos, restaurado el Erario, reanimado los estudios, levantado la dignidad nacional y encendido de nuevo el amor á la patria.... ¡tonto!

La última palabra había sido más bien pensada que dicha; pero el pobre primo que la adivinaba se enfurecía. Y entonces, durante algunos días buscaba otro camino: la cosa más ridícula del mundo, cierta imitación de admirador, ó más bien, un remedo de ciertas costumbres y cualidades exteriores del Duque. Se levantaba pronto, iba á jugar á la pelota en los torreones para fortificar los miembros, desdénaba tener ningun cuidado por la salud, rumiaba grandes pensamientos y hablaba en monoslabos. Y durante algun tiempo la tentativa no le fué mal.

Pero, despues, á lo mejor, la arruinaba un diálogo de esta especie:

La señorita preguntaba:

—¿Cómo está la calle?

El respondía:

—Hay barro.

—Pero parece que el tiempo mejora.

—Así parece.

—¿Podremos ir mañana á la Abadía?

—Tal vez.

—¿Creeis que habrá mucha gente?

—Lo creo.

Una franca carcajada de la prima, le advertía despiadadamente que su juego estaba descubierto, y avivaba en su corazon un odio rabioso contra *Cabeza de hierro*.

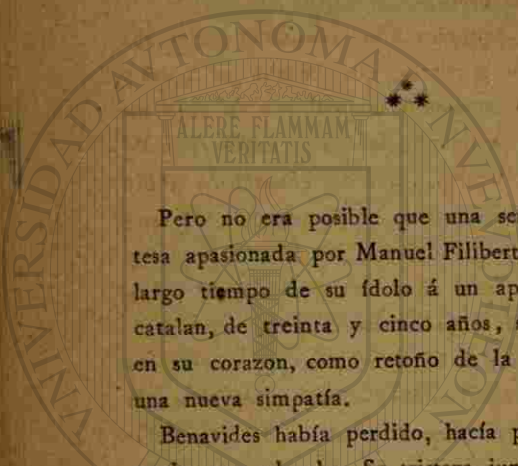
Encontró por fin el lado vulnerable del Duque y de la muchacha; censuraba al Duque como marido, señalando vagamente á sus amantes, una señora de Vercelli, una Doria, una Beatriz Langosco; y decía saber de muchas más, de las que en rigor no sabía ninguna. Ante aquella salida, la señorita se encogía de hombros, pero arrugando el entrecejo é inclinando la cabeza, y respondía:

—Eso interesaba á la Duquesa.... si es verdad.

Mas quedaba una espina en su corazon, y no

se serenaba hasta que escuchaba la voz de Benavides, que le presentaba al héroe saboyano, á la luz pura de su gloria.





Pero no era posible que una señorita piamontesa apasionada por Manuel Filiberto, óyese hablar largo tiempo de su ídolo á un apuesto caballero catalán, de treinta y cinco años, sin que naciese en su corazón, como retóño de la pasión antigua, una nueva simpatía.

Benavides había perdido, hacía pocos meses, la madre que adoraba. Su tristeza, juntamente con la natural gravedad catalana, la palidez marmórea de su cara de facciones regulares, todavía más pálida por el contraste de la cabellera de negro oriental y una barba poderosa que subía hasta la mitad de las mejillas, y le invadía el cuello la graciosa dignidad de sus maneras y acciones, su voz robusta y melodiosa infundieron poco á poco cierta dulce timidez en su corazón.

Tenía una extraña belleza aquel extranjero. Era un coloso, con la ligera elegancia de un jovencillo; sus ojos relampagueaban y su voz acariciaba:

tenía la musculatura de Hércules y no se percibía el ruido de sus pasos.

Pasados los primeros días, cuando se presentaba en el dintel de la puerta, que llenaba su figura y permanecía un momento inmóvil con la capa sobre el brazo, inclinando la barba sobre el cuello de encaje de Venecia, que se ensanchaba sobre la cotilla negra, Evelina experimentaba una sensación nueva y casi dolorosa, como dos pequeñas alas que se agitaran rápidamente dentro de su seno. Y entonces se indignaba contra sí misma.

El pensamiento de la diferencia que entre ellos había, de fortuna, nombre, familia, de todo, le hacía someter las fuerzas rebeldes de su orgullo de mujer; de aquel orgullo que sofoca y oculta como una vergüenza el afecto sin esperanza, sobre el cual podía caer la acusación de ambición impudente é insensata.

Benavides, por su parte, con la delicada reserva que en aquella casa le imponía la superioridad de su estado y su edad todavía juvenil, escondía, de propósito también, aquel natural sentimiento de tranquila simpatía que la muchacha le inspiraba y que á todo hombre es permitido expresar ó dejar adivinar por cualquier mujer.

Su aspecto y sus maneras no significaban más



que delicadeza seriamente respetuosa, que hubiera hecho imposible toda ilusion, aun en el cerebro de una señorita ménos sensata y ménos digna que Evelina.

El catalan tenía el aspecto de visitar aquella casa por cariño á la buena gente que la habitaba y no por otra causa. Estaba triste: no sonreía nunca: dejaba interrumpida la conversacion cuando no se le interrogaba. Pero por fortuna para Evelina, el tema de las conversaciones era inagotable. Desde el día en que Manuel Filiberto, muchacho todavía, se había arrodillado ante Carlos V en Génova, suplicándole le llevase consigo á la guerra de Argel, hasta el año que corría, 1574, había treinta y dos años de la vida del Duque que recorrer, treinta y dos años llenos de aventuras de epopeya y de novela, acerca de los cuales, Benavides, relacionado con muchos personajes españoles de la corte y del ejército, sabía mil detalles preciosos, conocidos solo de poquísimas personas.

Hablaban de la deplorable estrechez en que se encontraba el Duque al tiempo de su primer viaje á Alemania, de su vida de campaña cuando mandaba, á los diez y nueve años escasos, la caballería flamenca y borgoñona contra la liga de Smalcal-

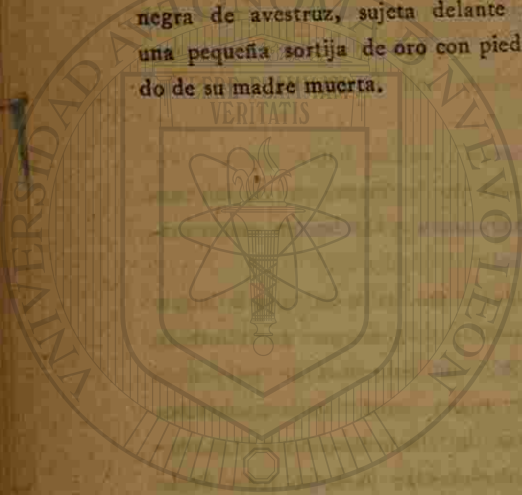
da, y de la celosa envidia tomada contra él por Felipe II despues de la batalla de San Quintin y de sus aventurados viajes cuando volvía á sus propios Estados y los recorría, disfrazado como vagabundo conjurado, con la angustia en el corazón.

Y cuando parecía que lo había dicho todo, ingeniosas preguntas de la muchacha traían otros detalles á su imaginacion y le hacían contar cosas nuevas.

Un día contaba, cómo había salvado á Barcelona de un desembarco nocturno de franceses; describía otro día su costumbre de golpear la guarnicion de la espada cuando se impacientaba, de modo que todos los circunstantes miraban temblando su mano izquierda; tambien una noche imitó con la pluma la enorme y extraña firma del Duque que parecía hecha á puñaladas, adornada con un anchísimo rasgo negro inclinado, parecido al asta de una alabarda.

Y el alma de Evelina brillaba en sus ojos á aquellas noticias, y á cada nuevo detalle prorrumplía en una viva exclamacion; despues permanecía un momento pensativa, como para escuchar dentro de sí el eco de aquella voz que había hablado. En aquellos momentos tenía los ojos fijos en el sombrero de

fieltro negro de Benavides, colocado en el respaldo de una silla, alrededor del cual, flotaba una pluma negra de avestruz, sujeta delante por medio de una pequeña sortija de oro con piedras: un recuerdo de su madre muerta.



\*  
\*  
\*

El único que conseguía hacer sonreír algunas veces á Benavides era el viejo Lombriasco con sus tiradas de política internacional.

Desde que recibiera el honor de aquella noble clientela española, se la daba de gran partidario de España: esto hería el delicado sentido de la muchacha, la que recordaba haberle oído muchas veces hablar con altas declamaciones contra el monstruo insaciable que devoraba la Lombardía desde Sessia al Adda, los reinos de Nápoles, Sicilia y Cerdeña y las guarniciones toscanas y á quien Dios confundiera.

Pero el notario no se preocupaba maldita la cosa de los escrúpulos de la muchacha:

—España, queridas—exclamaba volviéndose hacia la mujer y la hija, pero mirando con el raballo del ojo al cliente,—hé ahí nuestra aliada natural, necesaria, perpétua. *Nuestra amiga*—añadía en castellano.—La protectora natural de los Duques.



¿Quién adivinó el genio guerrero de Manuel Filiberto, sino Carlos V? ¿Quién sino Felipe II le proporcionó los medios de conquistar gloria y poderío en beneficio de su país? ¿Quién impuso en el tratado de Cambray la restitución del Piamonte, con la amenaza de empezar de nuevo la guerra? La corte de Madrid, en fin, no abandonó del todo á Carlos el Bueno; tomó su parte, pero sin violencia. Podía decirse que *usurpaba* más por necesidad que por ambición. Empujábanle los florentinos, venecianos y genoveses con sus tornuras francesas, manifestas ó encubiertas. Eran solo desahogos del despecho, celos del coloso que tenía deseos de ser libre para poner lo de arriba abajo y trastornar el mundo con su ambición loca.

Naturalmente, el Notario no podía sufrir á Francia: en esto era sincero. ¡Ah, sí! La presencia de un francés le llenaba de coraje. Pero en realidad, aquella su aversión furiosa derivaba también en parte de un rencor privado; del hecho de que, habiendo sido años atrás del *Consejo de Ciento*, y vanagloriándose de ello sobre manera, le ofendió mortalmente un juego de palabras injurioso de un oficial francés que, con ocasión de un litigio trabado entre el Consejo y el Senescal del Rey, tuvo la llaneza de decir:

—*Ce n'est pas un Conseil decent.*

Esta gracia la tuvo atravesada en el estómago años y años y volvía á su garganta de vez en cuando.

—¡El Consejo de Ciento!—exclamaba en los días de mal humor, gesticulando vivamente detrás de la vidriera, cuando veía pasar por la plaza un oficial francés.—¡Ah! Vuestra famosa monarquía estaba todavía en mantillas, cuando el Consejo de Ciento era ya tallado, fuerza y decoro de Pinero, Asamblea legislativa, Magistrado supremo político, respetado en toda su autoridad por cuantos pasaron entre nuestras murallas, prelados, marqueses de Sussa, Príncipes de Acaia y Condes de Saboya. *¡Ce n'est pas un conseil... decent!* Pero lo habeis debido respetar también vosotros, ilustres amos, y será respetado todavía cuando no exista siquiera semilla de los Valois y Anjou.

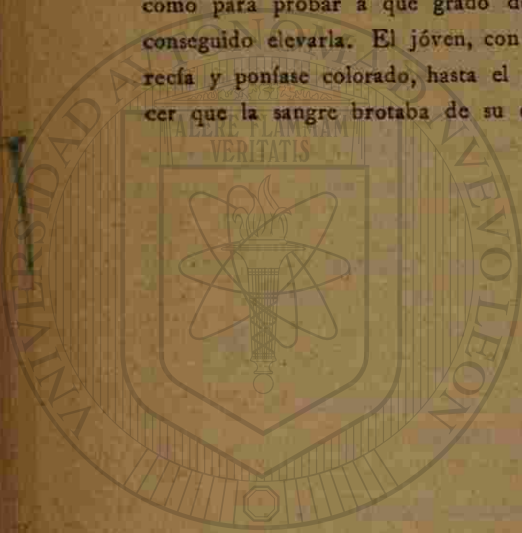
¡Creedlo!

Y si, por casualidad, el oficial francés se volvía á mirar á la ventana, él, como prudente padre de familia, se retiraba de la vidriera y continuaba desahogándose en medio del cuarto.

Pero nunca estaba tan gracioso como cuando satirizaba al sobrino, del cual conocía la ridícula pasioncilla y la cómica imitación del Duque. Decía haberlo sorprendido lavándose la cabeza con aguardiente para fortificarla y le llamaba *Cabeza*



*de Hierro*, dándole golpes con la mano en la nuca, como para probar á qué grado de dureza había conseguido elevarla. El jóven, con esto, se enfurecía y poníase colorado, hasta el punto de parecer que la sangre brotaba de su cara.



\*  
\*  
\*

Benavides, en tanto, iba notando poco á poco secreta complacencia en hacer vibrar, con su palabra, aquella alma hermosa, tan juvenilmente enamorada de las cosas grandes. Sin darse él mismo cuenta, preparaba de antemano ciertas frases é imágenes que le parecían más eficaces para deliciarla y hacer palpar su corazón.

Una contracción, como de llanto infantil, ligera y dulcísima que notó en su rostro la noche en que le describía el acto, regiamente delicado, en que Manuel Filiberto acariciaba la frente del Conde de Siegelberg, herido de muerte, había quedado profundamente impresa en su alma durante varios días.

¿Cómo había nacido aquella alma pura en casa tan humilde, entre gentes de la clase media, y en medio de una ciudad dominada por extranjeros, en la que nada había sucedido en tantos años que pudiera conmover y levantar los espíritus?

Su misma figura, no recordaba en nada al padre ni á la madre, y contrastaba, por mil conceptos distintos, con toda la gente y todas las cosas que había á su alrededor. Era aquella una verdadera nobleza, estampada por Dios en su alma y sobre su frente.

Ciertamente que no sentía ningun amor por ella. Tan solo su voz le producía singular ilusion: le acompañaba á veces por la escalera, le seguía por la calle; la escuchaba, ora como eco lejano, ora como nota suelta que sonaba de repente á su oído y á menudo parecía que llenaba por algunos instantes todo el cuarto, como la vibración prolongada é igual de una cuerda sonora. Y entonces le parecía que volviéndola á ver, sentiría la necesidad de soncirla y hablarla con cortesía más familiar y afectuosa de la que había empleado con ella hasta entonces. Pero cuando se encontraba de nuevo en [el seno de la familia, al verse rodeado de tan profundo respeto, considerado casi como criatura de otra raza, hasta el punto de que no se hubieran atrevido á salir de las acostumbradas conversaciones por temor de parecerle demasiado atrevidas, entónces se encerraba en sí mismo, imponiéndose mayor reserva que ántes y casi reprochándose por el deseo que había experi-

mentado de dar un paso adelante en aquella amistad.

Una noche, la señorita le recomendaba su Pinerolo, con gracia tan tímida y afectuosa, con palabras tan amablemente ingenuas, que tuvo que hacer violento esfuerzo para no contestarle en el mismo tono.

—Vuestra señoría—le decía la muchacha sonriendo y cruzando los dedos de sus lindas manos,—vuestra señoría debía persuadir á su gran Rey para que restituyera Asti y Santhia al Duque, y entonces Francia nos devolvería Savigliano y Pinerolo, y nosotros volveríamos á ser piamonteses. Me parece que el Rey Felipe debe comprender que no habrá nunca paz mientras el Piamonte permanezca tan dividido y expuesto á todos los peligros. Dirá vuestra señoría, que al Rey de Francia toca dar el primer paso..... ¡lo comprendo! Pero continuando de este modo..... ¿No parece natural que el primer paso lo dé el más fuerte que es el que ménos tiene que temer? Cuando el Piamonte estuviera todo unido, ahora que cuenta con España, también estaría más segura Lombardía, ¿no es verdad? en tanto que Francia, mientras tenga á Pinerolo, puede bajar al Estado de Milan con muchos soldados, cuan-



do le plazca. ¡Ah, señor! Yo no soy más que una pobre muchacha; pero daría toda mi sangre por oír en Pinerolo el sonido de las trompas de nuestro ejército, y ver enarbolar sobre el castillo nuestra hermosa bandera, que jamás he visto.... ¡verla una sola vez! ¡un momento sólo, Dios miol

Y permaneció un momento con las manos cruzadas, mirando hácia la plaza, con los ojos húmedos, con gesto que infundía vivo deseo de arrancarle un beso.

Benavides tardó un momento en contestar. Después, con el acento benévolo de un hermano:

—Todo os será devuelto, señorita—le dijo.

La señorita podía estar segura de que las negociaciones para la libertad de Pinerolo estaban en buenas manos. Debía saber que Manuel Filiberto llamaba á Pinerolo y Savigliano *las puertas de mi casa*, y les tenía por encima de todos sus pensamientos. No podía hacerse aguardar la restitucion. Carlos IX, enfermo, herido por el remordimiento, esputaba sangre hácia mucho tiempo, y moriría dentro de pocos meses. Su sucesor, el Rey de Polonia, encontraría Francia en tal estado, vería tan claramente la imposibilidad de intentar nada útil en muchos años á esta parte de los Alpes, que para quitarse de encima la

inquietud y los gastos de la ocupacion, les devolvería ambas ciudades espontáneamente.

—Catalina de Médicis—concluía,—será la primera en aconsejárselo, para quitar las armas de la mano á los propios enemigos. Y entonces, señorita, oireis sonar en la plaza San Donato las trompas del ejército ducal... sin necesidad de dar *vuestra preciosa sangre*. El corazon me dice que esto sucederá mucho antes de lo que podeis creer. Yo ya no estaré aquí; pero aunque en país lejano, gozaré en ello con toda mi alma.

Apenas dicho esto, quedó maravillado del imprevisto sentimiento como de triste soledad que el sonido de sus últimas palabras había despertado en su corazon; y aquella misma noche, la señorita sintió cierta opresion en su alma, deseos de llorar sin saber por qué, una gran tristeza que la hizo permanecer sentada sobre su cama por mucho tiempo, con el codo apoyado en la almohada y hundida la mano en sus cabellos ubios.



Pasaba aquel día alguna cosa extraordinaria.

Para nadie era misterio que, fieles negociadores del Duque habían hecho varias veces, en poco tiempo, el viaje de Turín á París, y que entre la corte ducal y el Gobierno de Madrid se trataba de nuevo, con insólita alegría, la antigua cuestión de la devolución de la ciudad. Los mismos oficiales franceses de la guarnición, entre los que Benavides tenía algunos conocidos, hablaban, no precisamente de la restitución, sino de la "concesión gratuita" de Pinerolo, como de un hecho fácil y próximo, y por cierto que no se dolián, porque tampoco para ellos era agradable estar así con un pié en el aire, en una ciudad fronteriza, con la incertidumbre del mañana y rodeados de gente que suspiraba, sin esconderse, por su partida.

La ciudad se animaba: sobre todo los jóvenes y las mujeres, se alegraban en extremo. Pero

los viejos, incrédulos, movían la cabeza. También en 1562, en tiempo del convenio de Fossano se había esperado, y la esperanza duraba ya doce años.

—Es inútil,—decían;—hemos nacido bajo planeta aciago. Pinerolo irá á la cola; han de pasarle delante hasta la última aldea de Monferrato.

¡Ya sería tiempo, sin embargo, por el alma de San Donato! En aquellos treinta y ocho años de dominación extranjera, aquel pobre país tratado como territorio militar, sujeto á mil perjuicios, descuidado por el Gobierno para todo lo que no se refería á la defensa, amenazado cada día con la guerra, había caído en espantosa miseria. Muchos edificios de Pinerolo habían sido destruidos para estrechar el cerco amurallado. La población del campo estaba diezmada. La industria y las artes estaban por los suelos. La inquietud, la incertidumbre en todo, apartaba la gente del trabajo, desviaba á las familias del ahorro, desanimaba á los particulares pudientes de toda empresa útil, y la infelicidad del país se sentía aun más dolorosamente por efecto de la comparación que se hacía con las demás provincias de Piamonte, las cuales se iban rehaciendo rápidamente bajo la sabia y vigorosa administración del Duque de Saboya.

Además,—bien lo veían los ciudadanos ilustrados,—aquella dominación francesa, ni violenta ni suave, aquel tirar adelante hasta el cansancio de una vida ambigua y bastarda ni de franceses ni de italianos, desnaturalizaba el carácter del pueblo, enervaba su virilidad y relejaba su conciencia. Otros pocos años de aquel estado y todo estaría corrompido. A cada nuevo rayo de esperanza temblaba la ciudad de deseo y de impaciencia. Pero aquella vez también, pasada la primera conmoción, los días seguían á los días y nada sucedía.

A cada llegada del correo de Turin ó de Francia, se esperaba durante veinticuatro horas, el gran anuncio: á cada reunión extraordinaria del Consejo de Ciento esperábase la lectura solemne del mensaje del Rey ó del Duque: "Los consejeros—decía el cronista—eran preguntados, por donde pasaban, si habían llegado buenas noticias de Turin relativas á la restitución de la ciudad." Pero no llegaban nunca.

Y aquel torpe enamorado de primo, continuaba metiendo gran ruido en odio á Manuel Filiberto. Proseguía en su bienaventurada ilusión de no tener otro rival que el Duque. Bien es verdad que, á manera de relámpago, había brillado un momento en las tinieblas de su cráneo, la idea de que el noble ca-

tan entrase por alguna cosa en el asunto; pero la idea de tener un rival de aquella especie, presente, vivo, fulgurante, con el que toda lucha sería imposible, infundía tal espanto en su corazón, que la había arrojado pronto, violentamente, como insensato desvarío; y continuaba pinchando y rajando contra el vencedor de San Quintin.

—Con las armas—decía á Evelina—se ha de reconquistar á Pincrolo, con las armas, como hacen los grandes capitanes, y no con negociaciones y palabras. ¡Bien ha adelantado en su trabajo el buen Duque, en doce años! ¡Ahora nos encontramos peor que nunca!

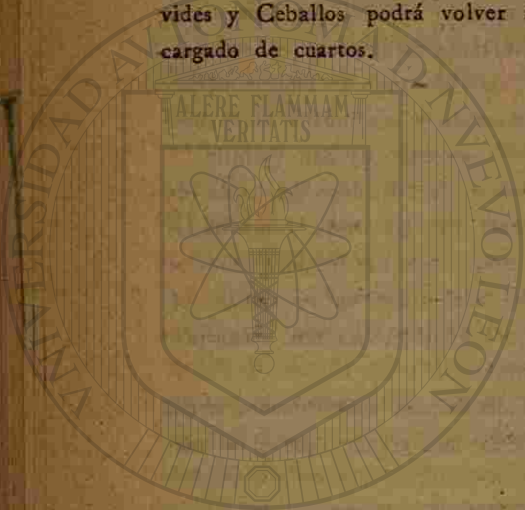
—¡Evelina!—añadía después enfáticamente y en voz baja.—¡Yo sería más grande que él si me amases!

Pero quedaba petrificado al ver que la prima no había oído el pinchazo ni la terneza. Hacía ya dos días que andaba distraída y taciturna; sobre su frente blanca pesaba como la sombra de un pensamiento doloroso y sus bellos ojos azules parecían hinchados por el llanto. El buen notario Lombriasco, dos noches ántes, estando en la mesa, había exclamado de improviso:

—¡Bendito sea el cielo! Por fin han llegado aquellas dichosas cartas de Gerona y París. Den-



tro de pocos días todo estará arreglado, y nuestro ilustre y amadísimo Don Enrique de Benavides y Ceballos podrá volver á su Cataluña... cargado de cuartos.



\*\*\*

Pero hé aquí, una despues de otra, como cañonazos, las noticias de la muerte de Carlos IX, el mensaje de Catalina de Médicis á la Corte de Saboya, el viaje de Manuel Filiberto á Venecia, y la más maravillosa de todas: la venida de Enrique III, nuevo Rey de Francia á Turin.

La señorita se entrega por entero á aquellos sucesos y se reanima en ella la pasión antigua, apareciendo por algun tiempo más sonrosada, más alegre, y más hermosa que nunca.

¡El Rey de Francia en Turin! ¡Ah, no podía suceder otra cosa!

—Si Enrique III—decía—vive solo tres días con el Duque Manuel Filiberto, es imposible que no le devuelva Pinerolo. ¡Le dará todo lo que quiera: estoy tan segura como de la luz del sol!

Y hé aquí otra noticia inesperada: el Duque de Saboya acompaña al Rey de Francia á Lyon con 50.000 infantes y 400 caballos. Era una idea

S.—OB. DE AMICIS.



luminosa de gran caballero y político consumado: una de aquellas cosas que pensaba y hacía él sólo, el valiente y profundo Manuel Filiberto.

Solo que, pocos días después, vino á turbar la alegría que aquellos sucesos produjeron, el anuncio de la grave enfermedad de Margarita de Valois y del Príncipe. Todos quedaron aterrados. Si moría aquel hijo único del Duque, el Piamonte correspondía por derecho á los Príncipes de Saboya-Nemours, medio franceses, por no decir franceses de piés á cabeza. Y esto no lo consentiría nunca España.

—¡Lo cual quiere decir—exclamaba el notario con calor—que caeremos de Francia en España: (y miraba alrededor por si descubria la sombra de Benavides) de la sarten al fuego: del purgatorio al infierno! Buena suerte ha cabido á este pobre Pinerolo!

Y permanecía un instante de pié, con los brazos cruzados, delante de la hija, que tenía la barba contra el pecho.

El príncipe curó porque Dios quiso; pero la pública alegría quedó inmediatamente sofocada por el anuncio de la muerte de la Duquesa. La muchacha se afligió sinceramente. Se supo que en el séquito del Duque en Lyon, nadie tuvo el valor de anunciarle

de pronto aquella desventura, y que cuando la supo, quedó como herido por el rayo.

—Dios quiere probarlo de todos modos,—decía Evelina—pero él tendrá fuerzas para vencer el dolor.

Mientras tanto, la noticia de que Manuel Filiberto volviendo de Lyon, había dejado sus 50.000 soldados al Rey de Francia, vino á reanimar todavía más, la esperanza vivísima de los pinerolese.

Pero aquel bendito notario Lombriasco era un agorero implacable. La misma noche, en el instante mismo en que anunciaba en casa aquel acto caballeresco y sagaz del Duque de Saboya, daba también, restregándose las manos, el *feliz* anuncio de que el pleito de Benavides con la familia Mortier ó Mornier había acabado y que su noble cliente se había despedido para mediados del mes, de su alojamiento de la calle Puerta de Francia.

A la semana siguiente, nevaba al oscurecer de un triste día de Diciembre. El comedor del notario estaba alumbrado á medias por una alta lámpara colocada sobre un velador, alrededor del cual la señora y la muchacha hacían flecos. Benavides, un poco separado, esperaba hacia algunos minutos al Sr. Lombriasco, mirando atentamente á Evelina que de algun tiempo le parecía cambiada.

Los tres se esforzaban singularmente aquella noche, por encontrar palabras y materia de conversacion; de vez en cuando callaban por algunos momentos, durante los cuales no se oía en la habitacion, más que el ligero rechinar de las grandes botas de gamuza del catalán, no tan estatuariamente inmóvil como de ordinario.

De repente se abrió la puerta y apareció jadeante el notario, con una noticia solemne impresa en el rostro.

—¡Pinerolo ha sido devuelto al Duque!— gritó

levantando los brazos. Evelina lanzó un grito del alma y se arrojó de un salto á su cuello.

—Y el Duque...—añadió el padre que apenas podía respirar, poniendo una mano en el hombro de su hija y hablándola junto á su cara.— El Duque....

—¿Viene?—gritó Evelina.

—¡Viene!—gritó el viejo arrojando su sombrero, que fué á caer sobre una silla.

La muchacha púsose á reir; despues permaneció sería un momento; luego rió de nuevo y por fin prorrumpió en violentos sollozos y cayó de rodillas ante su madre, en cuyo seno escondió su cara.

Hubo un momento en que nadie habló. No se oía más que la asmática respiracion del viejo y los sollozos sofocados de Evelina, á quien su madre acariciaba las trenzas y los hombros. Despues, mientras Benavides, de pié, conmovido, envolvía con la mirada á la muchacha, noble y grande en aquel gesto abandonado de mujer hermosa y linda niña y buscaba inútilmente una palabra que pudiera decirle, entre las mil que la hubiera querido decir; el triunfante señor Juan Bautista Lombriasco, olvidándose por vez primera del respeto debido al huésped, se puso á pasear á lo largo y á lo ancho de la habitacion, gesticulando y declamando.

—¡Ah, por fin!... ¡Ha llegado al cabo, el ben-



dito día! Somos libres, y somos piamonteses; estamos en nuestra casa, somos gente de este mundo ahora. Les veremos partir alguna vez. Hemos acabado de oír sonar las espuelas francesas sobre las baldosas de la Plaza de San Donato. ¡Y no puede decirse que no era todavía tiempo por el alma... del bienaventurado Amadeo! ¡Debeis saber que hacía treinta y seis años que duraba la comedia! Podemos decir que hemos visto pasar en estos cuatro días, caras antipáticas de Gobernadores y Senescales, y de *saca-dineros* de todos colores, que el diablo se lleve. ¡Y aquel general Vassé que tenía un pino de los Alpes en el cuerpo? ¡Y el señor Carlos de Cossé, señor de Brissal que tenía aire de mirar desde la cima del Monviso? ¡Y aquel famoso Rey de torneo, aquel gran jugador de pelota que nos honró con su visita, con el cinturón de su bella sobre el pecho, aquel querido *Henri deux* que se desmayaba y no quería oír hablar de miseria? ¡Y el Duque de Nevers, á quien Dios bendiga con una barra de hierro, el excelentísimo señor Luis de Gonzaga, Duque de Nevers, gobernador del Marquesado de Saluzzo, de Pinerolo y Savigliano, que amenazó con cortarse la cabeza si el Rey de Francia devolvía la torre al Duque? ¡Esperemos que mantenga ahora su palabra de

caballero honrado, como siempre se glorió de serlo! ¡Ah, ah! *Ce n'est pas un Corseil decent.* ¡Bribones! ¡A qué estado nos habian reducido!

Despues, volviéndose solemnemente hácia Benavides que había intentado en vano interrumpirlo, y hácia la muchacha que se había puesto en pié, colorada y radiante, concluyó:

—Su Majestad Enrique III, Rey de Francia y de Polonia, ha restituido á su Alteza el Duque de Saboya, la ciudad de Pinerolo, Savigliano y Perosa, con sus preeminencias, jurisdicciones y dependencias. El tratado ha sido concluido en Turin, ayer por la mañana. Mañana se reúne el Consejo de los Ciento. Nuestro amadísimo y gloriosísimo Duque Manuel Filiberto de Saboya, espugador de Torneaux, vencedor de San Quintín, y libertador del Piamonte, hará su solemne entrada en Pinerolo el día primero de Enero de 1575. ¡Gracias al Altísimo! ¡Yo no esperaba tener este santo consuelo ántes de morir!

Y aquella noche misma, el caballero Enrique de Benavides, alquilaba por otros quince días su pequeño alojamiento de la calle Puerta de Francia.



A la mañana siguiente, 16 de Diciembre, amaneció un tiempo seco y sereno y los Alpes, nevados, se destacaban del limpidísimo cielo azul que parecía de primavera.

Bullía Pinerolo.

La gente se apiñaba en la plaza de San Donato y en la calle de los Plateros, tiritando de frío, alegre, confundiendo los humeantes alientos en mil rápidos diálogos interrumpidos por apretones de manos y joviales saludos.

Una muchedumbre se había reunido desde el alba ante una casa de la calle de la Catedral, á que daban guardia arcabuceros del municipio, y en la cual se encontraba Juan Antonio de Toni, Conde de Piossasco, nombrado dos días antes gobernador de Pinerolo, y llegado de Turin la noche anterior. El Consejo de Ciento debía reunirse en el refectorio del Convento de hermanos menores de San Francisco, en la calle de Plateros.

Los consejeros llegaban de todas partes, á parejas, en grupos, envueltos en sus capas, calado el sombrero hasta las orejas, apretando el paso, brillantes de alegría, y todos se apiñaban á su paso, descubriéndose la cabeza y tendiendo la mano.

Muchos campesinos habían llegado del campo, débiles y heridos, pero de buen humor, consolados con la esperanza de alegre porvenir. A medio día, el Consejo se hallaba reunido bajo la presidencia de los Alcaldes Juan Da Prato y Jorge Bonardi. Hallábanse presentes el Conde de Piossasco, representante del Duque de Saboya, el Ayudante general del Duque de Nevers, y el señor Servient, Consejero y Secretario de Estado del Rey de Francia.

La muchedumbre, que ninguna fuerza pudo contener, había penetrado en el refectorio y llenaba todos los ángulos, apretándose sin el menor ruido, contra las paredes blancas del amplio salon desnudo. Trás las vidrieras de las ventanas, trás las cabezas de los Consejeros, en los huecos de las puertas, se amontonaban, unos sobre otros, grandes sombreros de arcabuceros, birretes de seda de los Señores, escapularios de hermanos, penachos de oficiales franceses, rostros pálidos é inmóviles, que no tenían de vivos más que los ojos.

En medio de profundo silencio, fueron entregadas al secretario las régias patentes, selladas por el Rey de Francia. El viejo Secretario, Notario del Ayuntamiento, examinó rápidamente los sellos según la prescripción: sus manos temblaban: el pergamino se le escapó dos veces. La reunión parecía sofocada por la emoción: ¡era casi medio siglo de dominación extranjera, de envejecimiento, de tristeza y miseria, lo que iba á terminar en aquel momento!

Por fin, rompiéronse los sellos; una voz alta y trémula, leyó el acta solemne, por la cual Enrique III "por la plena confianza que tenía en la amistad que le demostraba su tío, el Conde de Saboya y por el deseo que él tenía de contentarlo," ordenaba la restitución de Pinerolo, de Savigliano y de Perosa, librando á los oficiales de las tres tierras del juramento de fidelidad al Rey de Francia.

Una sonora exclamación, á la que hizo eco la muchedumbre de la calle, siguió á las últimas palabras. Los consejeros se abrazaron: cien rostros se inundaron de lágrimas.

En medio de febril agitación fué firmada el acta de restitución al *Serenissimo domino Emmanuelli Philiberto, Duci Sabaudiae, Principi Pedemontium, et*

*principi nostro vero, naturali, optatissimo.* Otro altísimo viva hizo temblar el edificio, el Consejo se disolvió, los consejeros que salieron á la calle fueron rodeados, abrazados, llevados casi por la multitud á la plaza de San Donato.

Una alegría franca y ruidosa, como de gente rejuvenecida, se esparcía por todos lados, reanimada aun por aquel hermoso sol, por aquel cielo terso, que parecía la promesa y el principio de una larga era serena y tranquila.

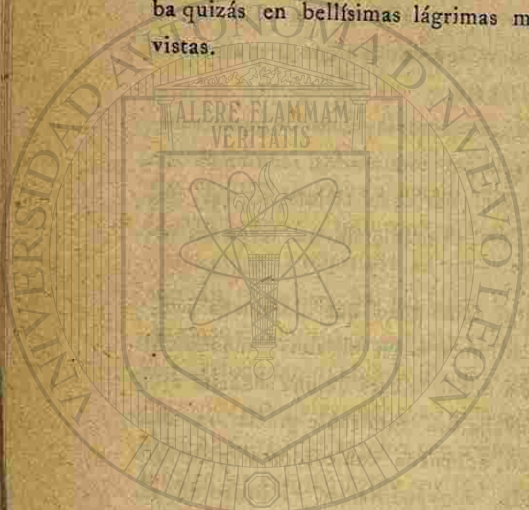
Pero no obstante aquel gozo que dominaba á todos los demás sentimientos en el alma, muchos al pasar, volvíanse á mirar la cara de una señorita alta y esbelta, que llevaba con admirable gracia un alto sombrero cómico, adornado con cordoncillos de oro y cintas de seda, apoyándose en el brazo de su padre.

Y más que todos, la miraba siguiéndola á quince pasos de distancia, Enrique de Benavides, que también atraía muchas miradas de mujer con su bella elegancia de coloso y la gruesa joya de su sombrero empenachado. No perdía él un solo movimiento de aquellos hombros preciosos y aquellos hermosos brazos sueltos, ocultos en ancha manga abrochada en la muñeca.

Por aquellos movimientos ligerísimos, adivinaba la



respiración afanosa, el precipitado palpitar de su corazón, una alegría violenta y comprimida que brillaba quizás en bellísimas lágrimas mudas, por nadie vistas.



\*  
\*  
\*

—*Pobre niña!*— iba diciendo entre sí, perdiéndola de vista y volviéndola á encontrar á veces entre el vaivén de la gente.—¡Se ha realizado el noble sueño de tu vida; goza, sé feliz! En todos estos, el amor de patria oculta un interés, ¿qué se yo? una esperanza; en tí sola, es puro como el aire de tus montañas. Todo el gozo de esta multitud, no vale una pulsación de esa graciosa sangre que colorea tu cuello en este instante. Sé feliz. Tal vez volverán para tu país los días tristes: nuevos extranjeros, nuevas miserias y servidumbres más largas y más duras, quizá; pero tú no piensas en eso, pobre muchacha; tu corazón se entrega por completo á la alegría presente y ve un porvenir interminable de independencia y paz. Anda, hermosa y buena criatura; vuelve á tu modesta casita, á abrir tu bella alma llena de tesoros, ante la imagen de tu Dios y de tu Príncipes que de seguro no recibirán de esta tierra un homenaje más noble y más santo que el tuyo.



Y así pensando, mientras la muchacha desaparecía al volver la calle Puerta de Francia, él adelantó ligeramente la cara, apretando los labios, y aquel beso mudo se perdió entre la muchedumbre, como flor invisible atrastrada por las aguas de un torrente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



De aquel día en adelante, Pinerolo tuvo una animación como jamás había tenido desde tiempo de los Príncipes de Acaia.

Los soldados del Rey dejaban la ciudad día por días, á veces un batallón entero. Muchas familias francesas se marchaban. Llegaban oficiales y enviados del gobierno de Turin. Grupos de curiosos acudían de los alrededores. El gobernador, Conde de Piosasco, se había dedicado desde el primer momento á ordenar la milicia provincial instituida por Manuel Filiberto. El Consejo de los veinticinco, se reunía diariamente para organizar las fiestas.

El tiempo apremiaba. Habían ya llegado los ugiéres de la corte. La ciudad hubiera querido hacer grandes cosas: superar á Vexulli que había levantado al paso del Duque cinco arcos de triunfo y cien estatuas. Pero faltaba el dinero y las horas estaban contadas.

Decidióse que el Consejo en masa, la milicia, los

arcabuceros, los personajes principales de la ciudad salieran á Belvedere á recibir al Duque. El palacio de los Acaia fué adornado con alfombras y tapices. El consejo mandó construir un gran pálio con franjas que debfa ser llevado por seis nobles; ordenó vestidos á propósito para los alcaldes, capitanes, palafreneros y guardias; hizo preparar centenares de banderas saboyanas: todo ello debfa ser de luto por la muerte de la Duquesa Margarita.

La ciudad estaba revuelta. Nacian acalorados litigios por la representación y por los puestos de recibimiento; por todos lados se trabajaba en preparar estandartes, colgaduras, guirnaldas, coronas; cuanta flores fué posible encontrar en aquella estacion en los alrededores de la ciudad, en los valles, ó en las montañas, la rosa de Bengala, los eliotropos de invierno, las violetas, los cabellos de Vénus, el noble laurel, la yedra, el acebo, ramos de pino selvático de Taluco y Cumiana, todo fué buscado ansiosamente, disputado, pagado, y centenares de manos blancas se fatigaban en entrelazar y coser, mientras por las calles, llenas de insólito rumor, iban y venfan consejeros, obreros, arcabuceros, milicianos provinciales, todavía medio vestidos de paisanos, campesinos cargados de fardos de leña para las hogueras de alegría, procesiones de muchachos con la escarapela

de los colores de Saboya; y dominando aquel inmenso estrépito, se levantaba la voz aguda del pregonero del Municipio para anunciar entre otras cien cosas, "que nadie había de salir al encuentro de su Alteza á caballo, salvo los que serfan designados y avisados, bajo pena de veinticinco escudos."

Eran días tumultuosos, febriles y felices, ya se comprende. No era solo un capitán poderoso y afortunado que había llenado Europa con su nombre, no era solamente el vencedor de San Quintin el que debfa entrar en Pinerolo; no era un Monarca sábio y benéfico que había cumplido con maravillosa perseverancia, en treinta años de fatiga y de peligros la obra gigantesca de la reconstitucion de sus Estados; que había restaurado su casa, dado una nueva juventud, abierto nueva era de inmensas esperanzas á su pueblo, mientras las otras provincias de Italia, como envejecidas y torpemente encerradas en sí mismas, parecfa que no pensaban en el porvenir; era un Príncipe que entraba en la ciudad, tanto tiempo deseada y por la cual había, dura y admirablemente puesto á prueba su constancia y su ingenio. Y llegaba á los cuarenta y seis años, en el colmo de su fuerza y de su gloria y más venerable y sagrado por el inmenso dolor que acababa de sufrir.



Aquella armónica cabeza del primo, con su nariz remangada, encontraba que el Consejo "hacía demasiado;" que todo aquel derroche de "dinero público" hubiera sido apenas justificable, en el caso de que, con Pinerolo y Savigliano hubiera sido devuelta también Saluzzo; pero no se cuidaba tampoco de aguijonear á la muchacha, tan indiferente la encontraba hacía tiempo á cuanto la decía. Únicamente había adoptado para cuando se hablaba de las fiestas una sonrisa ligeramente compasiva que procuraba meter por los ojos.

Evelina, de vez en cuando, notaba dentro de sí, ímpetus de inmensa alegría. La proposición que uno de los veinticinco había hecho, y el Consejo aprobado, de mandar al encuentro del Duque doscientos niños—*doscento pusti*—con una bandera cada cual y cantando á coro á media voz una canción patriótica, en la que se perci-

biera profundo eco de dolor por la muerte de Margarita de Valois; aquella idea de enviar delante el canto de la infancia á consolar el dolor de un héroe, le parecía divina: se enternecía pensando en ella. Hubiera querido peinar, arreglar ella sola á aquellos muchachos, ponerlos en fila y guiarlos ella misma al encuentro de Manuel Filiberto.

No pudiendo hacer otra cosa, preparaba una ancha colgadura azul para estenderla sobre la barandilla del balcon, con las palabras *San Quintin*, bordadas en grandes caracteres blancos. Había ordenado el laurel para hacer coronas. El balcon estaba en el primer piso, en el ángulo de la calle de la Catedral, donde la calle desemboca en la plaza, á mano izquierda de quien va hacia San Donato.

Sabíase que el Duque, para ir hasta la calle de los Plateros, donde estaba el palacio de los Acaia, debía pasar por allí. Podía Evelina verlo de cerca: cada vez que este pensamiento acudía á su mente de improviso, la sangre le daba una sacudida, su inteligencia se turbaba. Tenía necesidad de moverse, de abrir las ventadas, de sentir el ruido, de hablar, de cantar.



Después volvía de nuevo con más ardor al trabajo. Pero de vez en cuando—muy á menudo—una profunda tristeza invadía de repente violentamente su alma como una mano que la oprimiese el corazón. Entonces dejaba caer la colgadura azul sobre el pavimento y permanecía con las manos inertes sobre las rodillas y los ojos fijos en la puerta durante mucho tiempo.

Los negocios de Benavides se habían arreglado; después de la entrada del Duque, debía volver á Cataluña; difería su partida, solo por ver, después de diez y siete años, á su glorioso general de San Quintín, quizás por última vez; al día siguiente se marcharía y ella ya no volvería á verle más, de seguro. Entonces todo habría terminado. ¿Todo? ¿El qué? Nada. Un sueño. Méenos que un sueño. Entonces sentía un nudo de llanto en el alma.

¡Era él tan noble de aspecto y de corazón, tan respetable en aquella su austera tristeza por la muerte de su madre y debía ocultar tan grandes tesoros de bondad bajo aquella taciturna apariencia, que daba tanta dignidad á su varonil belleza! ¡Cuán profunda y generosa debía ser en él la amistad y cuán grande y hermoso el amor! ¡Y qué dulces, ardientes y poderosas palabras

debían salir de su corazón, cuando un ímpetu de pasión y de ternura le movía!

No, ella no había encontrado jamás en su vida, alma tan noble y tan bella. ¡Y partía sin haberle dado nunca una señal de afecto ó de amistad! Era sin duda muy pobre cosa para él. Efectivamente, la hubiera mirado con ojos distintos, la hubiera tal vez amado poco á poco, si no fuera de condición tan inferior á la suya. ¡Ella hubiera sabido hacerse amar! Dentro de su alma no se sentía absolutamente nada indigna de él. ¡Oh! El debía haberla adivinado. ¿Cómo no la había adivinado, cómo no había nacido en su corazón, en tanto tiempo; un sentimiento algo más vivo que aquella simple benevolencia cortés? Algunas veces repasando su memoria, le parecía haber visto en ciertos momentos en su mirada, de haber escuchado en su voz, no se qué insólito, un relámpago, un fugitivo temblor como la expresión involuntaria é instantánea de un sentimiento amoroso.

Pero, así como fijándose intensamente con la mirada en los caracteres menudos de escritura microscópica, acabó por no verse más que el blanco del papel, Evelina, enfrascándose en la profunda meditación de aquellos paquíssimos detalles, ter-

minaba por no encontrarles valor alguno y creia firmemente haberse equivocado,

¡Ah! ¡Cómo hubiera sabido amarle, consolarle, penetrar en su alma, atar una por una todas las fibras de su corazon á las del corazon de Benavides! Su razon se ofuscaba al pensar en el placer, en la embriaguez de ser amada, estrechada contra aquella ropilla de seda, llamada por su nombre al oido por aquella voz profunda y mórbida, acariciada por aquella hermosa mano atlética de noble perfecto y de soldado valiente. ¡Ah! ¡Tan gran felicidad no podía ser para ella, bien lo comprendía!

Y partía solo y melancólico para lejano país, para volver á la casa abandonada y triste donde ya no estaba su madre para darle la bienvenida y besarle la frente. No estaría, sin embargo largo tiempo solo; no era hombre que pudiera consumir su vida sin afectos. Una mujer, cien mujeres le amarían, le adorarían... ¡Pero él no amaría más que una, una sola, él, tan noble y tan amante.

Y fijándose á su pesar en este pensamiento, cila veía una mujer entre sus brazos, una española orgullosa y bella, una patricia vestida de raso y radiante de joyas rodeando su cuello, en espléndido salon de mármoles y espejos; y volvía á verla junto á él, altanera y feliz, en rica

carroza tirada por hermosos caballos, subir por la Rambla de Barcelona, y abandonada sobre sus rodillas bajo la verde cubierta de dorada barca á lo largo de la corriente del Ebro, la cara encendida, palpitante y loca de amor, y entregándose á aquel desvarío fulgurante y doloroso y volviendo la mirada alrededor de su casita, donde todo denunciaba la pobreza de su estado y la humildad de su nacimiento, que eran tal vez la única razon por la que se le negaba una felicidad inmensa, experimentaba dolor agudo, angustioso abatimiento, piedad infinita de sí misma, que la obligaban á abandonar la frente sobre el respaldo de la silla, exclamando:

—¡No, no; no basta la patria!—Y movía desoladamente la cabeza, llorando sin lágrimas, como una criatura desesperada.

Pero despues, vuelta violentamente á la realidad por repentino grito de su orgullo, púsose en pié, se pasó la mano por la frente y se dijo á sí misma:

—He soñado. No pensemos más. ¡Valor!

Y desde aquel memento se entregó por entero á su primer pasión y se puso á hablar con nuevo y más ardiente entusiasmo á Benavides de su Príncipe adorado, esforzándose en demostrar gran-



de alegrías, pero quedó sorprendida en alto grado y por extremo afligida, al ver que el catalán no contestaba como antes y parecía harto y cansado de aquellas conversaciones.

—¿Todavía Manuel Filiberto?—la preguntó una noche, casi en tono irritado.

Y ella dijo para sí, cuando hubo salido:

—Se aburre. Su pensamiento y su corazón están lejos. Se ha separado ya de nosotros. Todo ha terminado. ¡Adios!

\*  
\*  
\*

Llegó, finalmente, aquel suspiradísimo primero de año. Salido de Turin con su gran cortejo el 31 de Diciembre, el Duque debía pernoctar en Vigone y entrar en Pinerolo el 1.º de Enero, antes de medio día.

Al abrir las ventanas por la mañana muy temprano, Evelina lanzó una exclamación de dolor y despecho: la plaza San Donato, los techos, los salientes de las casas, todo estaba blanco y nevaba todavía, aunque poco. Pero el aire era benigno: la ciudad bullía en rumores alegres. El consejo, la milicia, todos los personajes del recibimiento y una gran muchedumbre, habían ya salido de Puerta Turin.

La plaza San Donato se llenaba de gente poco á poco; las ventanas se iban cubriendo de tapices y guirnaldas de hojas y flores. El trayecto más triunfal de la entrada del príncipe debía ser ciertamente allí, ante la vieja iglesia del Santo



protector de Pinerolo, en el corazón de la ciudad antigua.

En pocos instantes, la muchacha quitó la nieve del antepecho, extendió con mano un poco trémula la hermosa colgadura azul, ordenó sobre un velador las cuatro grandes coronas de laurel. después fué á prenderse su bella manteleta de paño oscuro, sin mangas, que la cubría la nuca con ancho cuello derecho y se puso un ramo de siemprevivas en los cabellos.

Poco después apareció el notario, perfectamente afeitado y con un par de medias muy estiradas, que dibujaban perfectamente sus piernas musculosas de alpino. Muchos parientes invitados, debían llegar de un momento á otro.

En todas las ventanas de las casas de enfrente, aparecían y desaparecían caras de señoras, de hombres y demuchachos, sobreescitados y enrojecidos por el frío; cada familia tenía en casa una multitud de parientes y amigos. Sobre las puertas, bajo los balcones, en los alféizares, en todas las alturas se veían escudos de Saboya rematados por coronas, condos, caballos y otros tantos leones; inscripciones, cuadros con la divisa elegida por Manuel Filiberto joven: un brazo desnudo que empuñaba una espada, con la palabra *Spoliatis arma supernum*; otras divisas su-

yas de tiempos posteriores: el elefante en medio del ganado de ovejas, *In festus infestis*; un gran cartelón con la inscripción, *Pugnando restituit rem*; una corona cívica con la leyenda *Instar omnium*. Otros habían expuesto en medio de ramos de mirto y de ciprés, el escudo de Margarita de Valois, las tres flores de lis en campo azul y ciertas figuras simbólicas predilectas de ella, como dos serpientes enroscándose á un ramo de oliva, con palabras sabias y piadosas que todos sabían.

La muchedumbre que había ido aumentando, llenaba á la sazón toda la plaza, y las vecinas calles de la Catedral, cuerpo de guardia y minarete. Un cañonazo debía anunciar la aparición del Duque en Belvedere; desde allí llegaría en tres cuartos de hora á Puerta Turin.

Una oleada de tías y primas había invadido la casa del notario. Además del balcón, las ventanas estaban llenas: una de ellas fué asignada á los muchachos; desde todas se veía oblicuamente el punto en que el cortejo debía aparecer y aquel por donde debía marcharse. Un rumor confuso y creciente se esparcía por el aire. La muchedumbre, abierta á duras penas por dos filas de arcabuceros, volvían á unirse. Eran ciudadanos de Pinerolo, habitantes de las aldeas, gente venida desde Perosa, Cavour y Saluzzo, montafíeses

descendidos de los Alpes envueltos en amplias capas, con la barretina negra bajo el viejo sombrero de ancha cinta, empuñando gruesos bastones, y alpinas envueltas en chaquetones masculinos, conduciendo niños de la mano.

Tenían todos ante su mente una sola imagen, aquella figura casi fabulosa de Manuel Filiberto, que nadie había visto jamás, de quien todos hablaban hacía tantos años, y que cada cual se representaba á su modo, gigantesco, temible, sonriente como un padre, soberbio como un Dios, cubierto de oro, cargado de hierro, fantásticamente vestido y armado.

Palpitaban los corazones con la fiebre de la expectación; y palpitaba más que todos el de Evelina. Pero había un pensamiento que casi la aterrorizaba: la sospecha de que Benavides no viniese. Debía partir á la mañana siguiente. Ella hubiera dado toda su sangre por verle todavía otra vez.

De improviso un campanillazo la hizo temblar de pies á cabeza. La muchedumbre de invitados, dejó paso inclinándose ante Benavides que se acercaba, grave y elegantísimo, con una arruga recta sobre la frente. Evelina palideció: ¡era la última vez que le veía!

Pero hizo un rápido y violento esfuerzo para entre-

garse de nuevo con toda el alma á la alegría de esperar á su Príncipe, y se venció. Con rostro encendido, ojos centelleantes y mano febril, iba y venía arreglando las coronas, contando los minutos, apostrofando á unos y á otros con voz conmovida: estaba hermosa, magnífica.

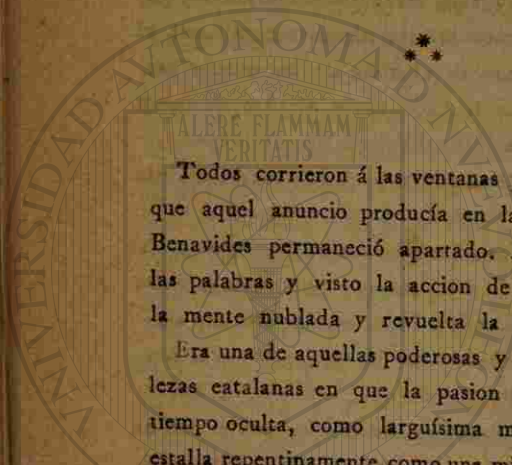
—¡Debes ser feliz, Evelina!—le dijeron las primas admirándola y colocándose á su alrededor con todos los demás.

Y entonces ella, se sintió levantada de tierra por soplo irresistible de entusiasmo, y fundiendo en pocas palabras de fuego y en el lenguaje de una sola pasión toda la fuerza de las dos pasiones que la devoraban, respondió:

—¡Sí, soy feliz, porque este día ha sido el sueño de mi infancia y de mi juventud! ¡Porque hubiera muerto por experimentar este gozo! ¡Dios mío! ¡Nos ha restituido la patria y el honor; es el más valiente y el más noble Príncipe que jamás empuñó espada el que esperamos! ¡Es Manuel Filiberto, grande, noble, glorioso! ¡Es nuestro soberano, nuestro libertador, nuestro.....

Un cañonazo sofocó la palabra en su boca y la obligó á buscar el respaldo de la silla: Manuel Filiberto estaba en Belvedere.




 Todos corrieron á las ventanas para ver el efecto que aquel anuncio producía en la muchedumbre. Benavides permaneció apartado. Había escuchado las palabras y visto la acción de Evelina. Tenía la mente nublada y revuelta la sangre.

Era una de aquellas poderosas y cerradas naturalezas catalanas en que la pasión arde por mucho tiempo oculta, como larguísima mecha, y después estalla repentinamente como una mina.

La palidez de la muchacha á su llegada, junto á otras ligerísimas manifestaciones que iba buscando en su memoria y meditando hacía algunos días, le habían quitado desde luego toda duda sobre una verdad, que él deseaba ahora impetuosamente. Pero aquella conmoción extraordinaria, aquella exaltación casi delirante por el Duque de Saboya, le turbaba, le sobresaltaba, despertando en su alma la sospecha de que todos los indicios de una segunda pasión que había creído descubrir en ella, no fuesen en rigor

más que indicios mal comprendidos de la primera.

El sabía que aquellas entusiastas admiraciones por un príncipe glorioso crecían algunas veces hasta el más ardiente amor en el alma de las muchachas. Este pensamiento le hacía subir oleadas de fuego hasta el cerebro.

Sentía él en su corazón y en su cabeza, una de aquellas oscuras tempestades de sentimientos y de ideas que preceden á las grandes resoluciones de la vida. Seguía con ojos fijos todos los pasos y todas las actitudes de Evelina. No le había parecido nunca, y nunca había estado, en efecto, tan ardientemente bella y viva y exuberante de juventud, de ternura, de fuerza, de gracia, desde sus grandes trenzas de oro, extendidas por el largo talle flexible, hasta sus pequeños pies que se contraían y temblaban como manos.

Cada movimiento suyo, cada sonido de su voz, hacían saltar de su corazón un diluvio de palabras apasionadas, humildes, dulces, imperiosas, que le hubieran sofocado si las hubiera dejado llegar á los labios. La miraba, la seguía y la veía confusamente á larguísima distancia en una sala espléndida de mármoles y espejos de su casa de Gerona, estrechada contra su pecho y enlazados los brazos á su cuello.



después, sentada junto á él, activa y feliz, en rico coche tirado por soberbios caballos por la Rambla de Barcelona; y luego, abandonada sobre sus rodillas, bajo la tienda encarnada de dorada barca á lo largo de la ribera del Ebro, pálida y lánguida de amor.

La amaba, la quería, le hubiera clavado la boca sobre el corazón para chupar y transfundir en la propia, su alma hermosa.

No acertaba á comprender cómo había podido dejar de cuidarse de ella por tanto tiempo, cómo había dejado crecer en ella, fomentándolo, aquel entusiasmo ardiente por el Duque, en vez de ponerse pronto en medio, de separarla de su ídolo, de hacerse amar, de decirla brutalmente que quería ser amado. Y ahora le invadía el deseo de ganar el tiempo perdido, de conquistarla ántes de la llegada del Príncipe, de arrojar del alma á su rival con una palabra rápida, atraerla á un lado y encenderle el rostro con un beso.

¡Ah! ¡Sin duda era tarde!

\*  
\*  
\*

En tanto, abajo, en la plaza, aumentaba la animación; las voces crecían, la muchedumbre ondeaba. En cada ventana aparecían cinco, siete, ocho caras, unas sobre otras: había gente hasta en el techo de la iglesia, sobre los aleros de las casas; parecía que los edificios vivían, hablaban y en todas las calles afluentes, circulaban negros ríos humanos.

El notario iba y venía por las habitaciones, como fuera de sí de gozo dando palmaditas en los hombros á unos y á otros, gritando:

—¡Padre de la patria!... ¡Padre de la patria, es preciso llamar á nuestro grande, á nuestro gloriosísimo Duque Manuel Filiberto! *Pater patriae* ¡Padre-de-la-patria!—Y por la alegría de su descubrimiento quería golpear, como de costumbre, sobre la *Cabeza de Hierro* del sobrino; pero abandonó su idea, al ver que también él, aquel besito, parecía al fin conmovido.

Las campanas llenaban el aire de sonidos continuos y ensordecedores: la poderosa voz de la muchedumbre, penetraba resonando en todos los ángulos de las casas. De improviso se aplacó el rumor y corrió una noticia: el cortejo había llegado á la Puerta de Turin. Todos se abanzaron á las ventanas. Evelina, en medio de su padre y de su madre, en el balcon; Benavides detrás; los otros apiñados contra la pared.

Trascurrieron otros pocos minutos. Todas las miradas se dirigian hácia el fondo de la calle de la Catedral. Evelina sentía saltar su corazón hasta la garganta.

En la plaza reinaba el silencio.

Oyose un sonido extraño, murmullo armonioso como de argentinas voces que cantasen por lo bajo una música triste y alegre al mismo tiempo; el murmullo se pronunciaba, acercándose; y una oleada de niños, doscientos muchachos compuestos y acicalados, cada cual con su bandera en la mano, llenaron la calle, compactos y serios, blancos por la nieve, cantando, acompañados por la muchedumbre con ancho susurro de palabras alegres y acariciadoras. Detrás de ellos venía como un bosque de lanzas: la guardia ducal de á caballo, con férreas armaduras y continente grave, con los cascos sal-

pícados de blancos copos, y saludada por la muchedumbre con una explosión de gritos.

Inmóvil como estatua, con todo el cuerpo fuera de la baranda, Evelina esperó todavía un momento con los ojos fijos en el fondo de la calle. Después, tembló y lanzó un grito.

Era él.

En medio de la blancura de la nieve, bajo un alto pálio de seda negra, sostenido por seis Señores vestidos de luto, y seguido de gran cortejo, venía hácia adelante lentamente, inmóvil sobre enorme caballo blanco, con gualdrapas negras, un caballero palido, hermoso, impasible como un simulacro, enlutado desde las curvas plumas del birrete hasta los anchos calzones á la flamenca, vestido con cotilla de terciopelo, sobre la cual brillaba el collar de la Anunzziata en medio de los pliegues de amplia capa oscura, por bajo la cual asomaba la retorcida y plateada vaina de su espada; una figura noble y poderosa de guerrero y de pensador, sencilla y magnífica á un tiempo mismo, llena de gran majestad é inmensa tristeza, que no era, pero parecía colosal; que reunía, no sé qué delicado y algo terrible, y que avanzando sin ruido sobre la blanca alfombra de la plaza, difundía á su alrededor un sentimiento de estupor y de



misterio, y daba la imágen de una aparicion más que humana.

Calló la multitud, en efecto, un momento, como oprimida por sentimiento de maravilla y temor; despues rompió á coro en grito sonoro, interminable, frenético, en estallido formidable de entusiasmo y gozo, tendiendo furiosamente sus mil brazos desde la plaza, pórticos y ventanas; y una lluvia de flores y coronas cayó sobre el pálido, los caballos, los nobles, los guardias y la nieve, obligando al cortejo á detenerse, como caravana sorprendida por el huracán. Manuel Filiberto permaneció inmóvil por algunos momentos, para esperar el fin de la gritería. Todas las miradas convergieron en su cara. Él no dió otra señal de emocionarse que una instantánea dilatacion de los ojos. Despues se puso de nuevo en camino.

\*  
\* \*

Acercábase al punto donde la calle de la Catedral desemboca en la plaza.

Evclina, clavada, muda, fascinada no apartaba los ojos de aquella cara. El cortejo enorme y extraño venía detrás silenciosamente: el Obispo de Venza, gran limosnero, á caballo junto al gran Canciller conde de Stroppiana; el Presidente del Senado de Turin, el gran escudero, rodeados y seguidos por gigantescos oficiales de arqueros, de chambelanes, de mayordomos, de prelados, de encanecidos curiales, de pajes rubios y brillantes, de consejeros y alcaldes de Pinerolo vestidos de luto, de capitanes de la milicia, de palafreneros armados de espadas y puñales; una muchedumbre compacta, majestuosa y lenta, con anchos sombreros de fieltro, largas plumas negras, holgadas casacas de luto, con aspecto austero y guerrero, como calcado en la naturaleza de su Príncipe, y que mejor parecían venir á una batalla ó á un juicio solemne que á una fiesta triunfal.

Este nuevo y bellissimo espectáculo, tras el cual se distinguía otro bosque de lanzas y de cascos blanqueados por la nieve, no atrajo una sola mirada de Evelina. La grande y misteriosa figura del Duque, arrastraba tras sí todas las facultades de su alma.

En el momento en que el pálio pasaba ante el balcon y que un nuevo y espantoso estallido de gritos hacía temblar la plaza y palidecer los rostros, la muchacha, como presa de vértigo entusiasta y audaz, levantando sobre la baranda la corona que había estado oprimiendo hasta entonces con su mano, como en freno de acero, la arrojó al aire de golpe, estendiendo convulsivamente el brazo, con más violencia de la que ella quería.

La corona, pasando por encima de los arcabuceros, vino á caer al lado del Duque, quedando enristrada, balanceándose en la torcida vaina de su espada. Entonces espermentó como el sentimiento de prodigioso sueño. La muchedumbre aplaudió la puntería; el Duque, dirigiendo una mirada á su espada, levantó la cabeza hácia el balcon.

El caballo hizo en aquel instante un vivo movimiento y Evelina vió las fulgurantes pupilas de Manuel Filiberto, fijas por un momento en las suyas.

No fué más que un momento, pero bastaba. El cortejo, la muchedumbre y las casas se confundieron ante sus ojos; las rodillas le flaquearon y cayó en brazos de su madre.



Deprisa, fué conducida adentro, colocada sobre una silla y rociada con agua. Volvió en sí inmediatamente; se conmovió, se avergonzó, pidió perdón, sonrió,—hizo señas para que volvieran todos al balcon y á las ventanas,—desaparecieron todos y quedó sola.

Entonces se operó una extraña, pero natural revolucion en su alma. Desvanecido el último resto de alegría que la había sostenido, fué presa, casi de repente, de un gran sobresalto, como si aquella emocion sublime hubiera sido el fin de un sueño, el día más feliz y el último día feliz de su existencia; como si apagado aquel supremo deseo que había sido el sosten y el alimento de toda su juventud, no quedase otro objeto á su vida. Le parecía haber sido precipitada de una gran altura y que se encontraba en terrible soledad. Vió, como á la fugitiva luz de un relámpago, su porvenir vacío y triste, una interminable sucesión de días grises y fríos; la madre

muerta, la casa solitaria, su cuartito pobre y triste, y ella, sentada en un ángulo, sola, envejecida, sin familia, sin esperanza, sin amor. Y mientras su corazón se henchía de inmensa amargura y el llanto oprimía su garganta, nuevo pensamiento doloroso, intolerable, atravesó rápidamente aquellos pensamientos:—¡Benavides iba á partir dentro de pocas horas!

El presentimiento de la tristeza mortal del día siguiente, dió la última despiadada sacudida á su pobre corazón: inclinó la cabeza sobre el pecho, cubrióse el rostro con las mano y dejó escapar, en silencio, oleada ardiente de llanto.

En aquel mismo momento, una voz extraña, violenta, dura, trémula de dolor y de despecho, gritó á su oído:

—Pero, ¡vos *amais* á vuestro Príncipe!

Evelina se puso en pié; vió á Benavides pálido, con los ojos encendidos, todo lo comprendió y un grito sofocado de amor loco y de alegría infinita se escapó de sus entrañas:—¡Enrique!

Era uno de esos gritos que en un instante revelan la historia de un alma y no dejan lugar á duda alguna.

Benavides permaneció por un momento mudo y como presa de un sueño.

—¡Oh! ¡Querida, hermosa, noble, adorada criatura!—gritó despues, cogiendo y besándote furiosamente las manos.—¡Amor mío! ¡Evelina mía!—Arrancó con fuerza del sombrero el anillo de su madre, destrozando la cinta y la pluma, lo colocó convulsivamente en el dedo de la muchacha, volvió á tomarla de las manos, la atrajo consigo á la ventana donde estaban los niños, y besándola la muñeca, la palma, los dedos, anhelante, con voz entrecortada, indicando con un gesto el cortejo lejano:—Amalo... —dijo sonriendo,—ámalo siempre; lo amaremos los dos, porque á tí te ha devuelto la patria, y á mí... á mí me ha dado tu corazón.

Evelina quiso contestar, pero los sollozos detenia la voz en su garganta.

Llegado en aquel momento al fondo de la plaza, á punto de desaparecer por la callejuela que conduce á Puerta de Francia, Manuel Filiberto volvió el caballo hácia la muchedumbre, levantóse majestuosamente sobre los estribos, y con actitud vigorosa y soberbia, agitó tres veces en el aire su emplumado sombrero.

Aquel poético saludo pareció á los dos jóvenes un buen augurio que el Duque enviaba á su noble amor nacido bajo el sol de su gloria, y á la trémula multitud solemne voz de mando dirigida á sus súbditos y

á las generaciones venideras, como si hubiera querido decir:

—¡Las puertas de Italia son nuestras! ¡Manuel Filiberto os las confia! ¡Defendedlas!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA GINEBRA ITALIANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LA GINEBRA ITALIANA



A primera escursión á Torre-Pellice, me obligaron á hacerla los guardias civiles.

Un día, paseando por Pinerolo, ví un inmenso cartel de chillones colores, del Teatro Guignol, en el cual se hallaba escrito en grandes caracteres:

"Esta noche se representará: las hazañas y aventuras del famoso bandido Delpero de Canale, preso por el sargento segundo de guardia-civil Luis Gamalero, actualmente retirado en Torre-Pellice."

—¿Cómo?—dije para mí.—¿Vive todavía Gamalero? Pareciame que los actores del terrible drama de que fué protagonista Delpero y que terminó con seis ejecuciones capitales en la plaza mayor de la ciudad de Brá, debían estar todos



muerdos y convertidos en ceniza desde mucho tiempo. Me engañaba, porque no hablan trascurrido más de veinticinco años; pero los sucesos acaecidos cuando somos muchachos, nos parecen casi siempre más alejados de la realidad, tal vez por efecto de la embriaguez de la primera juventud que estiende sus brumas sobre ellos.

Aquel cartel del teatro de pulichinelas atraía á mi memoria una de las más vivas conmociones de mis primeros años.

Se me representó el comedor de mi casa, mi familia en la mesa, la cocinera que traía á mi padre *La Gaceta del pueblo* acababa de llegar y despues toda la escena.

Mi padre dió una ojeada sobre el papel y gritó: —¡Ah! ¡Por fin le han cogido!—Y nosotros todos prorrumpimos en exclamaciones de maravilla y gozo.

Luego callamos; permanecemos inmóviles oyendo atentamente la lectura de una correspondencia de Vigone en la cual se refería el arresto del asesino famoso, que hacía muchos meses aterrizaraba el Piemonte; la aparición inesperada de los guardias civiles en la posada donde estaba comiendo con uno de los suyos, la lucha encarnizada, la resistencia furiosa del mónstruo, fuerte como un toro y ágil

como un tigre, las várias alternativas de aquella desesperada brega que nosotros seguíamos con el alma intranquila, casi anhelantes, como si el éxito permaneciera todavía incierto; y finalmente el prolongado y profundo suspiro dado por todos al escuchar aquellas benditas palabras: *se rindió*.

De los guardias, no sé por qué, solo se me había quedado impreso el nombre de Gamalero, y á menudo lo repetía en voz alta con gratitud.

Porque hubo un tiempo ¡por Bacol que nosotros, muchachos, haciendo escapatorias al campo, temblábamos de ver aparecer detrás de un matorral ó de la profundidad de un foso, al espantoso bandido y hufamos con la velocidad del viento ante la aparición de toda cara barbuda.

Ningun otro malhechor nos había jamás inspirado tanto terror y tanta repugnancia. Era porque Delpero no había mostrado jamás uno de esos raros é instantáneos sentimientos de honradez que pasan por el alma aun de los bandidos más tristemente célebres, una de aquellas cualidades, por ejemplo que habían hecho simpático, al famoso cazador Mottino. Era Delpero un asesino de veras, una fiera cruel y estúpida que mataba inútilmente, atormentaba antes de matar y se ensañaba con los cadáveres. Un degollador de muchachos, lleno de ter-

ribles lujurias, perverso y feroz hasta la médula de los huesos.

¡Lo habían capturado por fin! Mientras nosotros leíamos la noticia de su captura en Vigone, él había llegado ya á Pinerolo, y fué atado como un fardo en medio de un escuadron de caballería.

Volvíamos á respirar, podíamos volver á nuestras escapatorias campestres con el corazón tranquilo. De todo esto me acordaba claramente leyendo el cartelón del teatrillo.

—¡Ah! ¡Vive todavía y está á dos pasos de aquí Gamalero! ¡Pues bien: iré á verle y le haré contar su hazaña entre dos botellas de Barolo viejo!

\*  
\* \* \*

Tres días despues, en efecto, una hermosa mañana dorada de Setiembre, me encontraba sobre el ferro-carril de Torre-Pellice, con dos buenos amigos pineroleses (dos editores, por no perder la costumbre). Ibamos contentos de volar otra vez á través de aquella vasta campiña tan verde y hermosa, cubierta de una red infinita de canales, acequias, caminos, sendas y filas de árboles y cerrado su horizonte por aquellas altas montañas de color celeste, tan plácidamente majestuosas.

Pero no había trascurrido media hora desde mi partida cuando había cambiado el objeto de mi expedición. Viajaban en mi vagon hombres maduros y viejos, de apariencia entre la clase acomodada y la clase media, que tenían algo de singular en la cara, en el continente. Hablaban francés; pero se comprendía que no eran franceses, aunque al mismo tiempo se comprendía que aque-



lla era su lengua habitual; eran italianos y encontraba en ellos no sé qué diverso de todos los demás italianos, en las líneas del rostro, en la expresión de sus ojos y la boca ¿qué sé yo? en la manera de accionar, en la entonación tranquila y grave de sus palabras.

La mayor parte de ellos iban afeitados, con pensativo aspecto, vestidos con trajes oscuros; llevaban sombreros bajos con anchas cintas y corbatas negras: limpios, serios, sencillos.

Inspiráronme desde luego vivísima curiosidad: jamás había visto á nadie de su pueblo, porque es indudable que todos pertenecían á una gran familia. Por otra parte había oído hablar mucho de ellos hacía varios meses, porque su nombre se pronuncia á menudo en Pinerolo con sentimiento de simpatía y respeto, aun del pueblo bajo, en la imaginación del cual despiertan confusa idea de grandes dolores y de grandes glorias pasadas.

Había también visto en la biblioteca de Pinerolo notas suyas en los márgenes de ciertos libros de historia, en los cuales eran juzgados por el autor católico con palabras apasionadas é injuriosas; respuestas desdeñosas escritas con fuerza y á lápiz, exclamaciones irónicas y amargos repro-

ches que revelaban el alma ardiente de lectores jovencillos, ofendidos en su fé. Todo esto había hecho nacer en mí el deseo de conocerlos é interrogarlos.

Pero confieso que sabía muy poco de sus hechos. Durante muchos años, cuando niño, su nombre no había traído á mi mente otra imágen que el extraño emblema de su fé: una vela que arde en medio de una corona de estrellas con la leyenda, *Lux lucet in tenebris*; y el recuerdo de un hermoso cuadro de artista piomontés que representaba un grupo de hombres y mujeres huyendo de la persecución de los saboyanos y recogidos sobre la cima áspera de una montaña, pálidos de desmayo y de terror, bajo los sonrosados rayos de la aurora.

Poco tiempo despues, en los años de nuestra revolución, la historia de sus hechos gloriosos contra el despotismo teocrático, me había llenado de afectuoso entusiasmo. Despues lo había olvidado. Y ahora me encontraba, casi sin pensarlo, en medio de ellos, iba á entrar en su país, y, lo que no podía esperar, en su misma historia, en la que mi espíritu y mi corazón debían permanecer muchos meses como presas de admiración.

Al aparecer estos pensamientos, naturalmente,



el sargento Gamalero se retiró á segunda línea. No deseaba llegar á Torre Pellice más que por ver la capital de aquel pueblo tan singular y admirable.

Mientras tanto hubiera querido trabar conversacion con alguno de los presentes; pero su continente no era en verdad para infundir valor.

Dos de ellos parecían absortos en sus propios pensamientos. Otros hablaban en voz baja de una *Scuola latina* que existe en la aldea de Pommaretto, á la embocadura del valle de San Martin. Uno, que parecía eclesiástico, leía un diminuto periódico religioso que se publica en Pinerolo, titulado *Le Temoin*.

La única persona á la que hubiera podido dirigir la palabra, era una señora de unos cuarenta años, sentada delante de mí, vestida de negro, palidísima y con un niño sobre las rodillas; una mujer hermosa que parecía afligida por reciente desventura, y miraba á las montañas; pero con aspecto que revelaba el alma, tan profundamente dolorida, tan fuerte, al mismo tiempo, contra el dolor presente y tan valientemente resuelta á afrontar los venideros, que el respeto arrojaba hácia adentro, todas las preguntas, aun las más discretas, que acudían á mis lábios.

Estuve, sin embargo, á punto de dirigirla una pregunta sobre el niño, con aquella timidez con que se dirige la palabra á un extranjero en país extraño, cuando el silbido de la locomotora anunció que habíamos llegado á Bricherasio...

Es un bello modelito de alegre ciudad campes-  
tre, que saca la cuenta de sus rentas, tranquila-  
mente recostada al pié de una colinita de jardín, coro-  
nada por blanca y diminuta iglesia, en medio de una  
bendición de frutales y viñedos, blanqueados por  
las umbrelleras que dán hambre y sed de con-  
templarlo.

—¡Qué bella cosa es la propiedad agrícola!—  
hubiera exclamado Proudhon, asomándose á la  
ventanilla.—¡Mejor, sin duda, que la propiedad  
literaria!

Todo, en aquellos alrededores, respira aire de  
abundancia y de vida holgada y contenta; el aire  
de un país en que no solamente ahora, sino desde  
tiempo inmemorial reina una paz envidiable, jamás  
turbada sino por los tiros de los cazadores de co-  
dornices...

Pero todo ello no es más que puro engaño de  
aquel hermoso verde impostor que dá aspecto tan

inocente á todos los sitios. Donde ahora se le-  
vanta la blanca iglesia, existió siglos atrás un cas-  
tillejo; alrededor de la graciosa ciudad extendíase  
rudo cinturón de torreones; y, desde el tiempo en  
que se abrían la cabeza á golpes de maza las sol-  
dadescas de los feudatarios, hasta el día en que el  
Marqués de Parella, vengóse de la carnicería de  
Cavour, acuchillando á la guarnición francesa ve-  
nida de Pinerolo, ha corrido por aquí sangre so-  
bre sangre y se han amontonado huesos sobre  
huesos.

El camino de hierro pasa á la izquierda de  
la altura donde plantó su cuartel general Carlos  
Manuel I, en 1564, cuando estrechó el asedio de  
Bricherassio, defendido por franceses con aquel su  
poderoso y extraño ejército compuesto de pía-  
monteses y suizos, borgoñones, españoles, milaneses  
y milicias de Pinerolo y de Barge acampados  
en los alrededores á lo largo del Chiamona y  
del Pellice.

El campamento del Duque ocupaba el espacio,  
cubierto ahora de espléndido viñedo: formaba como  
un pequeño castillo de tela y madera compuesto de  
altos pabellones cónicos unidos, con una plazuela  
en medio, y á su lado se alzaban, de una parte  
las tiendas del Conde de Marino y de Don Ama-



deo de Saboya, y de otras innumerables tiendas y pabellones blancos, amarillos ó encarnados, baracas coronadas por banderas, una guerrera ciudad improvisada, donde estaban la corte, la nobleza, multitud de altos oficiales del Piamonte y España y al extremo opuesto Pedro de Padilla, general del ejército de Felipe II.

El espectáculo debía ser animado y espléndido, si se piensa en quien era el Director de escena.

Ahora, en el sitio en que se levantaban los pabellones ducales, sobre aquel mismo espacio de terreno donde paseaba á pasos precipitados en las noches de insomnio aquel gran capitán afortunado, extendiendo con el pensamiento los tentáculos desmesurados de su ambición desde Macedonia á la Provenza, desde el trono del Papa al trono de Bohemia, desde la corona de España á la corona de Francia, meditando las vastas cábalas, las intrigas astutas y los golpes de audacia que maravillaban á Europa, en aquel breve espacio cuadrado donde entretenía con su conversacion rápida y chispeante á los generales de los dos ejércitos, y hablaba de adquisiciones de cuadros de Vosari y del Veronés, y hacía poesías y soñaba en la gloria inmortal, impotente casi para contener en su pequeño cuerpo defectuoso la lucha tumultuosa de

las pasiones; en aquel mismo punto el vendimiador, ávido y astuto, tanto como el Príncipe saboyano, pero algo más cáuto, discurre ahora la manera de hacer á su amo lo que el Príncipe hubiera querido hacer á Europa, y cuenta con los dedos los miriágramos de uva y los azumbres de vino que podrá sustraer honestamente, completamente ignorante de las glorias históricas de su viña y hasta del nombre de Carlos Manuel. De esta manera, con la ignorancia, el campesino se venga de los gloriosos devastadores de la campaña.

Porque la hicieron buena, entre asediados y asediados, á juzgar por un dibujo de aquel tiempo, hecho en el lugar de Baracca y grabado por Fornasero, en *Turin*. Es un cuadro curioso que representa admirablemente el castillo, los torreones de Bricherasio y la campaña vecina, en el trigésimo sétimo día del asedio y en el momento del último asalto. Los asediados están sobre las murallas; grandes masas de caballería española y piamontesa ondean alrededor, á lo largo de los campamentos y trincheras; todas las baterías, de largos cañones, hacen fuego; las barracas de los cantineros, una pequeña ciudad colocada sobre la rivera del Chiamona, humean aprestando el festín de la victoria;



por todas partes del campo caracolean y galopan oficiales y guardias civiles; todo se agita, tiembla se anima, avanza; ya dos columnas de españoles y una de piemonteses y borgoñones, han pasado el circuito por tres lados, salvado el foso é invadido las brechas; una de aquellas está ya dentro de los muros; los defensores resisten todavía, pero vacilan; los gritos de *Viva el Rey* y *Viva el Duque*, llegan al oído de los trémulos ciudadanos en sus casas; unos pocos instantes y los tres torrentes humanos, destruida la última resistencia, invadirán las calles gritando:—*¡La ciudad es nuestra! ¡Isouma sil! ¡Abajo las armas! ¡Viva Bricheras! ¡Doerve le portel* y acudirán tumultuosamente hácia la plaza.

...En la cual encontrarán la estatua del general Brignone, el bravo soldado de Palestro, de pié, allí, en medio de su querido país natal, en aquella actitud austera y casi dolorosa, en que lo vieron en el camino de Villafranca, el día de la batalla de Custoza, durante la retirada muda y lenta de sus granaderos.

\*  
\*  
\*

Pasado Bricherario, se abre con graciosa magestad el hermoso valle del Pellice, á cuyos estremos se levanta el Vandalino, triste y magnífico, la Gran Aguja, los montes de Angrogná y el Frioland, una maravillosa variedad de cimas cenicientas que se levantan junto á las verdes alturas, otras cimas azules que se levantan sobre estas, é infinidad de puntos blancos que se destacan sobre lo azul, hasta el confin de Francia.

Y alrededor, desde la rivera del torrente bordada de álamos, hasta la falda cubierta de moras y árboles frutales, viñedos sobre viñedos, campos rubios sobre otros, divididos por manchas de castaños y bosques de pinos y de altísimas hayas, quintas, vaquerías, hermitas, cabañas en todas las eminencias como en las cercanías de una ciudad grande. Y como dominando toda aquella belleza, una tranquilidad profunda.

Sobre la cima de hermosa colina, á un lado

del camino de hierro, se levanta en medio de los castaños, el severo castillo de Bibiana; al otro brillan á los rayos del sol los techos de San Juan; en frente, sobresale de los bosquecillos del Pelice el blanco campanario de Lucerna.

En tanto corre el tren en medio de pequeños y elegantes palacios, jardines floridos, grandes montones y anchísimas filas de sillares arrancadas de los montes vecinos, entre el martilleo sonoro de los picapedreros que se estiende por el campo, como coro de voces argentinas. Los valles se estrechan, los montes se levantan, la campiña.... Un momento.

No se pasa por aquí como se pasa por cualquier otra garganta de los montes.

Conviene detener por un instante el pensamiento en este paso.

Vamos á entrar, hemos entrado ya en una región famosa y llena de gloria, en una pequeña Suiza italiana que tiene allí cerca, en Torre-Pellice, su Ginebra, en medio de un pueblo extraño, que forma como una nación aparte en el seno de nuestra nación, recogido casi todo y acampado en vasta fortaleza cuadrilátera de montañas cubiertas de despeñaderos y de bosques, comprendida entre el alto valle dal Pó, el de Sussa y la frontera del Delfinado.

Este pueblo tiene una historia propia cuyo origen se pierde en la oscuridad de la Edad Media, una fé, una literatura, un dialecto, una particular organización religioso-democrática que pertenece á él solo, una asamblea libre que trata y decide sus más delicados intereses, é instituciones especiales fundadas en parte y sostenidas por la liberalidad de gentes de todas naciones.

No ocupa, y aun escasamente, sino tres valles, de los cuales uno es pequeñísimo, y ocho vallecillos; y tiene correspondencia y estaciones en todas partes de Italia, colonias en Alemania y América y obtiene amistades de pueblos y príncipes, hospeda visitantes reverentes y cariñosos de todos países y envía soldados y misioneros de su fé á todos los continentes.

Entre habitantes del llano y montañeses, no fueron nunca más, ó muchos más, de veinte mil, divididos en quince parroquias; sin embargo, adquirieron la importancia y la fuerza de un gran pueblo; tuvieron sus ejércitos, sus generales, sus héroes y sus mártires; trataron muchas veces de igual á igual con el Estado casi siempre mayor á que pertenecían; sostuvieron treinta guerras, bien con el Piamonte, bien con Francia, más de una vez con los dos Estados reunidos y man-



tuviéronse firmes casi un año contra la pujanza de Luis XIV.

Como el pueblo musulmán, sostuvieron choques de cruzadas fanáticas, fueron arrancados todos de sus tierras como el pueblo hebreo y reconquistaron la patria como el pueblo ibérico.

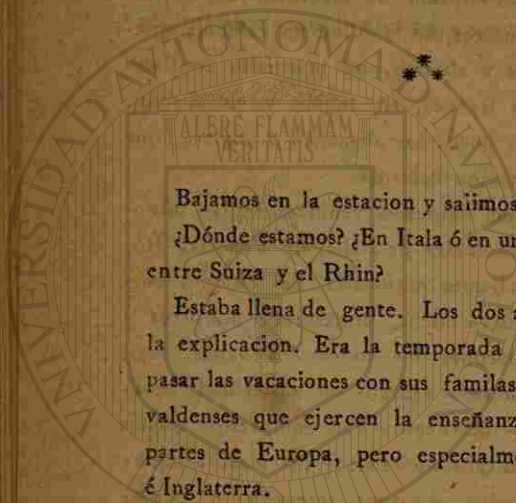
Dispersados, muertos, destruidos casi todos como raza infestada de la que se quisiera librar á la tierra, volvieron á reproducirse más numerosos y más obstinados. Por fin detuvieron con invicta constancia á los opresores, se hicieron invocar por ellos en el peligro, combatieron valerosamente por la causa común, arrancaron á los enemigos seculares la admiración y la gratitud y les obligaron á darles libertad, por la que luchaban hacía siglos, á avergonzarse del pasado y á celebrar aquella concesión como un bien y una gloria de todos.

Y, no obstante las mil persecuciones, guerras despiadadas y largos destierros, que hubieran debido romper á su alrededor todos los lazos y sofocar en su alma todo afecto que no fuera el amor á sus montañas y el orgullo de su historia propia, mantuviéronse siempre italianos de corazón, y como pertenecieron al viejo Piemonte, forman todavía una de las provincias más noblemente patrióticas de la nueva Italia.

¡Honor, pues, á los valdenses!

Hé allí Ginebra... Quiero decir, Torre-Pellice.

Fijémonos un poco en este ilustre pedacito de capital.



Bajamos en la estacion y salimos á la plaza...

¿Dónde estamos? ¿En Italia ó en una ciudad de paso entre Suiza y el Rin?

Estaba llena de gente. Los dos amigos me dieron la explicacion. Era la temporada en que vienen á pasar las vacaciones con sus familias, la infinidad de valdenses que ejercen la enseñanza en casi todas partes de Europa, pero especialmente en Holanda é Inglaterra.

Eran tambien los días en que se reúne en Torre-Pellice el Sínodo anual en que intervienen—en señal de simpatía por el *pueblo de los mártires*—representantes de todas las iglesias evangélicas del mundo: especie de reducido concilio ecuménico, parlamento eclesiástico, compuesto, sin embargo, de eclesiásticos y seglares, en partes casi iguales, que trata todas las cuestiones relativas á leyes y reglamentos que rigen la iglesia valdense y sus instituciones de beneficencia y de instruccion.

Llegaba mucha gente y aguardaba tambien mucha. Era una confusion de maestros, de institutrices, de institutores, de familias; un cambiar apretones de manos y abrazos, un murmullo continuo de saludos, en francés, en inglés y en alemán. Porque no son pocos los alemanes é ingleses que pasan allí la estacion calurosa.

Había tambien valdenses venidos de las misionese de varias provincias de Italia, de Venecia, Roma, Nápoles; algunos personajes del Sínodo, pastores, evangelistas laicos, profesores, ministros y ancianos y diáconos de todos los valles, casi todos con el mismo aspecto de austeridad benévola, vestidos de negro, con sombreros anchos y derechos, con caras afeitadas y plácidas, arreglados sin afectacion y como serenamente pensativos.

Aparecian tambien, aquí y allá eclesiásticos extranjeros, caras rubicundas, rostros ascéticos, de aspecto de otros países; ministros protestantes de los Estados-Unidos, tal vez, ó de Australia; un pastor de Livonia, segun se decía, y miembros de la iglesia reformada del Cabo de Buena Esperanza.

Era un espectáculo curioso ver en aquella ciudad oculta entre montes, toda aquella gente tan diferen-



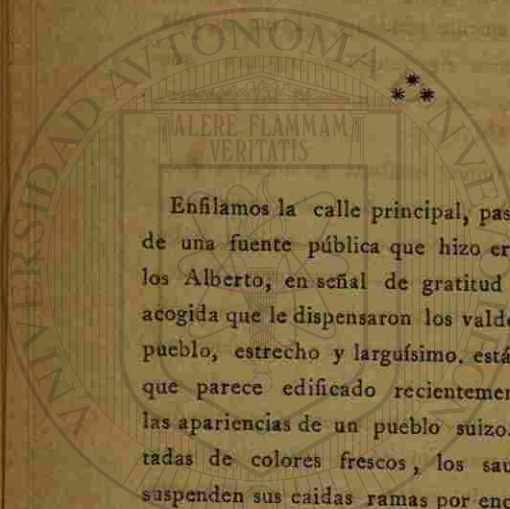
te de aspecto, maneras y lenguaje de la que se vé en los países vecinos.

Parecía encontrarse uno en medio de esas grandes caravanas de viajeros recogidas por los empresarios de viajes internacionales, las cuales no hubiera bajado en Torre-Pellice sino para cenar, y debiese volver á tomar el camino despues de pocos minutos, para repasar los Alpes y desparrarse por Europa.

Todos se habian puesto en camino hácia la poblacion, á paso lento, conversando tranquilamente; y entre las tejas lucientes y los grandes sombreros patriarcales de fieltro negro, veíanse despuntar blancas cofias de campesinas valdenses, largas plumas de soldados de la compañía alpina, velos azúles de señoras, y señores armados con altos bastones, reunidos en grupos que se llamaban en piamontés y en italiano. Porque Torre-Pellice es el cuartel general de los alpinistas de aquella seccion de los Alpes y el hermoso cuadro, presentaba á un lado, sobre la márgen de vasto prado, la indispensable mancha de un pareja de guardias civiles, inmóviles, que parecian destacados allí, para detener en sus justos límites la libertad de conciencia.

Pintoresco cuadro, en verdad, mezcla extraña de gravedad y alegría, de académico y campestre, de

indígena y exótico, en medio de aquellas altas montañas, en el confin de Italia, entre la verdura inmensa y tranquila de uno de los más graciosos valles de los Alpes.



Enfilamos la calle principal, pasando por delante de una fuente pública que hizo erigir el Rey Carlos Alberto, en señal de gratitud por la afectuosa acogida que le dispensaron los valdenses en 1844. El pueblo, estrecho y larguísimo, está limpio y aseado, que parece edificado recientemente. Tiene todas las apariencias de un pueblo suizo. Las casitas pintadas de colores frescos, los sauces llorones que suspenden sus caídas ramas por encima de las tapias bajas de los jardines, las blancas torrecillas de las iglesias evangélicas que se destacan de la oscura vegetación de los montes y las frondosas parras que forman verdes tiendas ante las fachadas de las casas azules ó encarnadas, le dan singular gracia, un poco descompuesta por grandes caserones desnudos y amarillos, destinados á distintas manufacturas, fábricas de tejidos la mayor parte, que llenan el valle de sordo y cansado murmullo.

No tiene más que cuatro mil habitantes, mitad de

los cuales aproximadamente, católicos, y casi todos obreros. Pero el carácter general de la pequeña ciudad es marcadamente valdense. Tiene aquella limpieza, aquel aire de sencillez ingénua, que se encuentra en las conversaciones de los pastores en los valles.

Aquellas inscripciones, insólitas en nuestros pueblos, como *Círculo literario*, *Sala de conferencias*, *Escuela normal*, *Colegio-pensión*, que realzan á los habitantes en la estima de los visitantes, parece que ennoblecen, en cierto modo, aun el aspecto material de la población y añaden á su encanto algo de oriñinal.

Los vidrios de las ventanas, tersos; las tiendecillas, aunque míseras, limpias y ordenadas; y no sé qué apariencia de órden en todas cosas, me recordó ciertas aldeas de Frisia y de Groninga.

Las estrechas calles estaban animadas; veíanse muchas toquillas blancas; pasaban señores con balandranes oscuros, rostros de profesores que leían sus periodiquillos locales *Le Femoin* ó *El Avisador Alpino*, según creo; grupos de niños con el libro bajo el brazo, salían de las escuelas, vestidos como gente pobre, pero sin andrajos.

No observé nada diferente en el aspecto de la gente del pueblo y de los campesinos, del tipo



comun piamontés; pero sé que los naturalistas están estudiando si existen realmente en la familia valdense ciertos particulares caracteres físicos por efecto del número grandísimo de matrimonios entre consanguíneos que desde hace siglos se celebran: ellos nos darán alguna luz.

Nosotros, en una breve vuelta, encontramos algunos muchachos bellísimos, semejantes á los que creía encontrar entre los herejes el Duque Carlos II, con un ojo en medio de la frente y seis filas de dientes velludos.

Encontramos tambien una señorita valdense, alta y elegante, una mujercita de Michetti, agigantada, que hubiera hecho caer la bula de la excomunion de la mano de Torquemada. Y esta fué la única vista que turbó por un momento, para nosotros, la serena quietud de Torre-Pellice.

Había por todas partes actividad tranquila y como buen olor de vida ordenada y recogida; la apariencia de un pueblo en que jamás se hubiese cometido un delito ni ocurrido un tumulto ó una desventura pública y donde la Guardia civil estuviese descansando....

A propósito: el paseo por los alrededores lo reservamos para más tarde; nuestra primer visita fué para el sargento Gamalero.

\*  
\*  
\*

Preguntamos por él en la posada: ¡nos dijeron que hacía de mozo de una botillería!

Fuimos á la botillería: había tres hombres sentados ante una mesa, en una reducida habitacion, en medio de un grupo de niños.

Dije de pronto:

—Debe ser aquel de allá.—No podía equivocarme. El mismo nos trajo el Vermut.

Era verdaderamente una figura de guardia civil piamontés de la antigua estampa: alto, fornido, de aspecto grave, casi taciturno, con ojos escrutadores y bigote gris. Estaba cerca de los 70; pero demostraba diez ménos; á primer golpe de vista se comprendía que debía haber tenido fuerza hercúlea y que, á la vejez, la conservaba casi toda.

Le preguntamos si quería venir á la Posada del Oro, á beber un vaso con nosotros y á contarnos la famosa prision. Contestó que sí, sin más ni ménos como si fuese cosa ya convenida, y tuvo de

pronto una salida como de viejo guardia civil, habituado á las formalidades del servicio.

—Me fastidia, sin embargo—dijo,—no acordarme del nombre de pila de Delpero.

Yo lo sabía, Francisco; y aún el apodo, *Neron*. lo había visto en sueños más de una vez escritos sobre la pared en caracteres encarnados.

Quedamos maravillados de su voz: voz profunda, poderosa, un poco trémula, la cual, en sus buenos tiempos debía gritar el *¡Alto allá!* de modo que haría erizar la piel de los caballos.

Dos horas después, estaba sentado á la mesa con nosotros y nos contaba modestamente su vida; hijo de un sombrerero de Alejandría, soldado en la brigada de Aosta desde 1835 á 1841, después guardia-civil, promovido á sargento segundo, no sé qué año, después de una peligrosa captura hecha en Torre-Pellice y los servicios prestados durante el cólera en Villafranca. En tiempo de Delpero, estaba de punto en Vigone.

El bandido era buscado furiosamente por todas partes hacía alguno meses. Ultimamente había todavía matado á traición á dos guardias civiles, de noche, en el camino de Pollenzo, y pretendía asesinar al delegado de seguridad pública de Pinerolo, cierto Francia, al cual había ya dado, años atrás una puñía-

lada mortal, por la que le mandaron á presidio, del que se había escapado matando á un centinela.

Gamalero hacía continuas pesquisas, fatigosas é inútiles en los bosques de Vigone, en dónde se creía que Delpero se guarecía con su cuadrilla. Una noche que volvía medio muerto de una de sus correrías, le dijeron que el sargento primero, salido poco antes del cuartel, le buscaba. Corrió á la posada del *Oso marino*, donde le parecía probable encontrarlo. Allí estaba, en efecto con otro guardia civil; le había mandado llamar la posadera, porque habían llegado á su establecimiento dos *malas-caras*.

Gamalero entró en la sala grande. A izquierda de la puerta de entrada y al extremo de una larga mesa, había dos huéspedes sospechosos, sentados uno frente á otro, que habían suspendido la cena. El sargento, de pié delante de ellos, con un guardia-civil raquítico y algo tonto al lado les interrogaba. Un poco separado, en otra mesa, estaba cenando otro huésped corpulento, negociante en bueyes, que observaba con curiosidad aquella escena.

—Así que entré,—nos dijo Gamalero— apenas ví la cara del que estaba sentado frente á la puerta, dije de pronto para mí:— Aquél es Delpero.— Era un jóven de unos veintiseis años, de alta estatura, con el cabello y la barba negros y pálido como unmuerto.



Gamalero fué á colocarse á su espalda, muy junto á él, sin respirar; el sargento le hizo una seña que quería decir:—Ojo á las manos del amigo.

Prosegua en tanto el interrogatorio. Obligados á exhibir las cédulas, les habían presentado un pasaporte y un certificado, patentemente falsos: las señas no correspondían y las firmas eran todas de la misma mano. Uno de ellos se hacía pasar por mercader de legumbres, el otro por comerciante en vinos.

El sargento les cercaba con preguntas, observando mientras tanto que un bolsillo del chaqueton del más alto presentaba singular relieve.

—Dadme de nuevo el pasaporte — le dijo, — y levantaos para que reconozca otra vez la estatura.

—¡Tomal — gritó entonces Delpero, sacando con rapidez fulmínea la pistola y dirigiéndola al pecho del sargento.

Pero en aquel mismo instante Gamalero le descargaba un formidable puñetazo en la cara, que lo arrojó al suelo. El sargento y el guardia-civil se arrojaron sobre el caído; Gamalero saltó sobre el otro, lo cogió por el cuello y lo llevó arrastrando á través de la habitacion...

Aquí fué preciso reír por fuerza, viendo á Gamalero, que interrumpiéndose, remedó sin reírse, la prodigiosa rapidez, la velocidad sobrehumana con

que el grueso negociante de bueyes, no cayó, sino más bien voló, desapareciendo por la ventana al ver mal parada la partida...

La lucha fué terrible. Delpero, armado de otras dos pistolas y un cuchillo, luchaba por salvarse de la horca, la desesperacion le daba formidable fuerza, la rabia le había convertido en fiera; se retorcia, rugía, golpeaba, rodaba por el pavimento, abrazado á los dos guardias civiles, entre los bancos derribados y los manteles despedazados, pisando y mordiendo, haciendo esfuerzos de condenado por apoderarse de las otras armas.

Gamalero quería correr en ayuda de sus dos compañeros, pero no atreviéndose á abandonar á su prisionero le iba oprimiendo la corbata, ó aflojándosela un poco cuando le veía ahogarse; dábale un poco de aliento de vez en cuando, por decirlo con sus mismas palabras, lo estrictamente necesario para vivir, como se hace con la llave de un mechero de gas que no se quiere apagar ni dejar encendido.

El momento era terrible. Era de temer que el resto de la cuadrilla estuviera apostada por allí cerca: si acudían, todo estaba perdido. Una persona apareció en la puerta; creyósele un bandido desapareció en seguida: era un hermano medio tonto del posadero.

Era preciso terminar. Gamalero, con una mano sola, apretando el lazo más fuerte, arrastró á su preso hácia los otros tres, cogió de un brazo al asesino, le hizo soltar de la mano la pistola, lo sujetó al suelo por la garganta, y entonces, por fin, pudo ser maniatado.

Pronto llegaron guardias municipales y nacionales. Delpero se retorció por mucho tiempo. Sus primeras palabras fueron de queja por haberle faltado el golpe á la pistola.

—Si no me hubiera faltado,—decía con mirada torva al sargento—á esta hora hubieras ya ido á compañía á los otros dos.

Después cayó en la monomanía de los foragidos, se retorció, gritó que quería morir, intentó romperse la cabeza contra el muro. Al fin se apaciguó y fué llevado al cuartel de los guardias civiles, entre cer horribles imprecaciones de la muchedumbre.

Pero yo he reproducido pobremente el relato de Gamalero. Es difícil formarse idea de la elocuencia desordenada, pero ardiente, gallarda, esculpida con la que nos hizo asistir á aquella escena; y escuchar casi los suspiros, los golpes, el rechinar de dientes, los gritos sofocados de los luchadores. A él mismo le parecía encontrarse de nuevo en la escena y gesticulaba recogidamente, pero con tal vigor, que cuan-

do torcía el huesudo puño para manifestar la acción con que había apretado la garganta á su muñeco, me parecía sentir estrechez en la laringe y me hubiera desabrochado de buena gana.

Nos contó todos los demás sucesos de su vida militar, de los cuales no era por cierto el más notable la prision de Delpero: sangrientos combates con desertores, cuerpo á cuerpo, en las tinieblas, dentro de los hoyos del campo: persecuciones desesperadas de asesinos por senderos solitarios, á la luz de la luna; luchas contra muchedumbres amotinadas, dos contra ciento, con la seguridad de la muerte; el rescate hecho por él en una ciudad de la Emilia, de un cuadro de Guercino, sorprendiendo de noche, con astuta estratagema, á los ladrones que lo arrebataban; tantas aventuras y tan estrañas y dramáticas que hacían pensar, por qué ciertos locos, ansiosos de emociones, que encuentran monótona la vida, no van á sentar plaza en el benemérito cuerpo.

Durante la primera media hora habló piamontés; después, poco á poco se puso á hablar italiano, no obstante nuestras súplicas, casi forzado por no sé qué capricho patriótico é involuntario de la memoria. Era un italiano estrañísimo, salpicado de frases de *relacion* y de palabras de su país italia-



nizadas con terminaciones en *i*; pero que no hacían reír, ni sonreír siquiera, porque eran la expresión ingenua y ruda de lo que tenía de italiano en el alma, un eco de la gran voz de la patria unida, que había llegado á tiempo de oír en los últimos años de su vida de soldado.

Acalorábase hablando, pero sin perder nunca, por otra parte, cierta reserva severa en el aspecto y en las maneras. Nos explicaba ciertos secretos de su oficio, ciertas prescripciones que hacía á los guardias novicios para llegar cerca de los malhechores de noche por los caminos del campo: ir un rato á grandes zancadas, entre el paso acelerado y la carrera con la punta de los pies, por medio del camino, donde más polvo había; despues, á breves distancias, emprender precipitada carrera que obtiene casi siempre el efecto de hacer *perder la cabeza* á los malhechores, que permanecen en el mismo sitio atontados é inmóviles, sin que les ocurra siquiera la idea de la resistencia. Y decía esto en voz baja y precipitada, fijando en la pared sus asesinos imaginarios, con los ojos encendidos, como si en realidad los viera.

Despues refería los interrogatorios imperiosos que dirigía á los detenidos para confundirlos; y con tal eficacia de expresión los repetía, que á

cierto punto del relato, sintiendo su mano sobre mi rodilla, y viendo sus grandes ojos fijos en los míos, mientras me preguntaba, cara á cara, con aquel vozarrón:—¿Y medios de subsistencia?—quedé un momento embarazado, y casi estuve por responderle tímidamente:

—Pues... no sé... Me ingenio....

Hablaba con el corazón abierto, haciendo comprender, sin expresarlos, todos sus sentimientos más íntimos, dejando ver el fondo de su sencilla naturaleza; y puede decirse la rectitud de alma, el ódio profundo del delito, el supremo desden de la vida, el noble concepto del propio oficio, el fuerte y limpio sentimiento del deber y del honor se revelaba en sus palabras, en su acento, en su cara.

No parecía en ciertos momentos que era un simple guardia civil el que hablaba, sino un juez, ¿qué sé yo? uno de aquellos austeros monjes antiguos, á quienes la fé iluminaba la inteligencia; tan grave era en su manera de hablar, no obstante la natural incorrección, y sensato, firme, dotado de una conciencia honrada y de un corazón fuerte, sano y generoso.

Y ni una sombra de baladronada en su conversación; se podría jurar sobre la verdad absoluta.—OB. DE AMICIS.

ta de cada palabra: ni un relámpago de vanidosa complacencia en su cara, aunque me veía tomar notas mientras hablaba.

—Señores, ¿mandan otra cosa?—preguntó cuando hubimos acabado, como habría dicho á sus superiores despues de una relacion de servicio.

Dímosle un fuerte apretón de manos y se marchó sin ceremonia, sério como siempre, casi triste, hácia su tiendecilla.



Cuando salimos, el valle estaba inundado de sol; el pueblo pasaba la siesta medio adormecido, dentro de su gran lecho verde, bajo la guerrera vigilancia del Vandalino, gigantesco centinela de los valles, que, en cualquier parte que nos encontráramos parecía levantarse sobre nuestras cabezas.

Este, como todos los otros montes circunvecinos, tan risueños en la falda, se hacen terribles de formas y de recuerdos á medida que se remontan. En sus flancos se abren espantosas cavernas, cuevas antiguas de ladrones sarracenos, y despues escondrijos de valdenses perseguidos de muerte, convertidos en estancia de tortura y sepulcros.

Pero la vegetacion es tan exuberante, florida, y alegre, que los recuerdos siniestros del sitio quedan sofocados. Caminando por largo trecho no vimos más que verde y azul. El terreno subía dulcemente. Casi sin sentirlo, nos encontramos so-



bre una bella colina, en la confluencia del Pellice y del Angrogna, donde se levantaba la torre famosa, que dió nombre al pueblo, y un castillo disputado por largo tiempo entre Francia y Saboya, y arruinado y reconstruido muchas veces; con la historia del cual está íntimamente ligada en gran parte la historia del pueblo valdense.

No quedan ahora más que algunos restos, casi ocultos por las plantas. Desde allí se ve, abajo, todo Torre-Pellice y los dos torrentes; más lejos, Lucerna, y á derecha é izquierda, montes tras montes y despues la llanura infinita: todo bello y feliz cuando resplandece un sol de oro en medio del cielo de záfiro y sopla una buena brisa de Setiembre.

Sin embargo, aquel es uno de los más malos y peligrosos lugares del mundo; el lugar donde acamparon y atrincheraron sus regimientos, ordenaron sus tramas y dieron sus terribles órdenes, aquellos gobernadores de nefanda memoria, el Conde de la Trinidad, Castro Caro, el marqués de Pianezza, el Conde de Bagnolo, al sonido de cuyos nombres parece sentirse eco confuso y lejano de gritos de espanto y angustia.

La enorme máquina de tortura que por centenares de años exprimió sangre, oro y desespera-

ción al pueblo valdense, estaba plantada allí, sobre aquella graciosa colina. De allí partían, en compactas columnas, aquellos ejércitos feroces, compuestos, en parte de tropas regulares, en parte de voluntarios, campesinos fanáticos, irlandeses desterrados de Cromwell, saqueadores y bribones que los gobernadores soltaban por los valles como trahilla de perros, á cumplir la venganza del Dios de la Inquisición.

Y allí reaparecían, volviendo de las expediciones contra Villar, Bobbio, Comba, Taillaret, Rorá-Prá del Torno, llevando por delante su botín vi, veinte, familias cargadas de trastos, seguidas de las bestias de su casa, pastores encadenados como ladrones, jóvenes con las orejas arrancadas á fuerza de mordiscos, viejos cubiertos de cardenales, mujeres ensangrentadas, locas de terror, que veían ya con la imaginación las tenazas y la rueda del Santo Oficio y estrechaban contra el seno las cabezas de los niños, rendidos de fatiga y sofocados por los sollozos.

Alrededor, por las laderas de tan hermosa montaña, ocurrieron aquellas trágicas fugas de habitantes de pueblos enteros, avisados á tiempo de la inminencia del asalto, errantes por la nieve, á la luz de las estrellas, los hombres con los mu-

chachos sentados al hombro, las mujeres con los niños moribundos en las cunas, arrastrándose, protegidos por la sombra de las rocas, entre el continuo silbido de las balas de los persecutores, mientras abajo, en el valle, se elevaban las llamas de sus casas y los desgarradores gritos de sus hermanos degollados.

Allí, por aquellos senderos, á lo largo de los dos torrentes, pasaron—en los días memorables de la gran expulsion, en direccion á la llanura, para ser dispersados por conventos y presidios, para ir á morir en montones apilados como bestias en el matadero, devorados por el hambre y los piojos, en los fosos de la ciudadela y en las prisiones inmundas—pasaron en interminables filas, á centenares, á millares, los maridos separados de sus mujeres, los padres de sus hijos, pobres, señores, viejos, mujeres, enfermos, heridos, atados dos á dos con larguísima cuerda, rodeados por miembros de la *propaganda fide* que intentaba arrancar los niños á las madres, empujados á fuerza de pedradas y garrotazos, cubiertos de burlas, de maldiciones y de salivazos, como turba de infames esclavos destinados á las fieras de un circo.

Y de allí, finalmente, desde la misma cumbre de aquella colina, fué dada la señal de aquel estrago de

Pascua, de aquella Saint-Barthelemy de los valdenses que arrancó al mundo un grito de horror y aquellos versos terribles de Milton, y despues de la cual, los oficiales pundonorosos arrojaron con desprecio la espada á los piés de sus generales.

Allí, en aquel trozo del valle, y por todo el espacio que desde arriba se abarca con la vista, familias enteras, arrojadas de sus escondrijos, reunidas y cercadas por caminos y campos, fueron peloteados con las puntas de las espadas y alabardas. Centenares de desventurados perecieron en medio de aquel suplicio inaudito, inventado por la imaginacion extraviada de verdugos locos y borrachos, con aquella eterna agonía, cuya sola idea oscurece la razon. Hombres y mujeres de todas edades, bajo la mirada de sus seres más queridos, arrojados por los precipicios, degollados, desollados, rajados, reducidos lentamente á masa informe de sangre que ahullaba todavía y niños estrellados contra las rocas enfrente de las madres mutiladas, á las que arrancaban el cerebro con sus ojos....

¡Oh! ¡Maldicion! ¡Horror! ¡Vergüenza eterna! ¡Excrables recuerdos que endurecen el corazon, que despiertan, con el desco de venganza, aun en las almas honradas, la sed de sangre que había en el alma de los verdugos!



Pero un sentimiento distinto viene á sobreponerse en seguida á la indignacion; un abatimiento triste, un desprecio infinito de la bestia humana, que fué capaz entonces de cometer aquellos horrores, que los cometi6 más tarde en nombre de la libertad, y los cometerá tal vez mañana en nombre de la igualdad; que es capaz todavía despues de los siglos trascurridos de recordarlos sin espanto y sin rubor, de excusarlos, de justificarlos y aun de vanagloriarse por ellos.

No tenemos más que un consuelo y es la consideracion de que aquellas oprobiosas atrocidades, fueron inútiles para quien las cometi6 y duplicaron las fuerzas de los que las sufrieron. Si no hubiera bastado el sentimiento profundo de la propia fé, el horror, el odio que debian sentir por sus verdugos, habría mantenido á los valdenses, heroicamente inm6viles en su obstinacion. Su carne, sus propias entrañas, además de su conciencia, debían detestar tambien la sola idea de una conversion simulada. Debían nacer con el instinto de la resistencia desesperada en la sangre, los hijos de aquellos mártires. ¡Qué gigantesco orgullo sentirían en el alma frente á sus enemigos! ¡Y cómo se comprende que debían amar desesperadamente á su país, y amarse unos á otros, atados como

estaban por aquellos tremendos recuerdos, por el odio monstruoso que les rodeaba y por la inmensa piedad de la comun desventural

Desde allí arriba, mirando al pueblo con el antejo, ví en una esquina un cartel de teatro que anunciaba la representacion del *Ventaglio* de Goldoni. No podía encontrar mejor pretexto para romper el hilo de las reflexiones tristes.

Pero la primera vez que se está entre valdenses, es difícil librar al pensamiento de su maravilloso pasado.

Aquellas tres fechas terribles de 1561, 1655, 1686 que son como las tres páginas sangrientas de su historia, me parecía verlas escritas en los muros, grabadas en los árboles, trazadas sobre el camino, señaladas en el aire, y tenían casi el sentido de reproche y de advertencia:

—¡Recógete, recuerda, medita! No es éste el lugar donde debes hacer cara alegre, hijo de los persegutores!

¿Qué queréis? Algo se siente sobre la conciencia, un remordimiento que aunque ligerísimo lo notaba tambien yo; tanto que los saludos y miradas benévolas que nos devolvían los campesinos, al encontrarnos, mientras bajábamos, me parecían casi inmerecida política.

En suma, toda aquella gente hubiera tenido un poco de derecho para darnos cuatro pellizcos delicadísimos, entre hombro y codo, se entiende, por pura formalidad de contracambio.

Todos los muchachos que veía sentados delante de las puertas me recordaban aquellos cincuenta pobres niños de los valdenses huidos de Pragelato, encontrados muertos de frío en la nieve, unos en sus cunas, otros en brazos de sus madres yertas, allá arriba, en el monte San Martín, en la cuaresma de 1440.

Una muchacha, rubia y graciosa, de unos catorce años, que entraba en casa con un enorme pan bajo el brazo, me hizo pensar en aquella pequeña heroína, que sorprendida por los soldados del Conde de la Trinidad, en una caverna donde se había refugiado con su abuelo centenario, y visto matar al viejo, dió un salto para escapar de brazos de sus verdugos y rodó muerta y deformada al fondo de un barranco.

Un matrimonio, algo más léjos: un hombrecillo como de cincuenta años, algo encorvado, que daba el brazo á una señora enferma, de aspecto resuelto y amoroso, á un tiempo, trajo á mi mente el recuerdo de aquel Mathurin y aquella su valiente y buena Juana, que quiso morir con él en 1560,

colgada á la misma viga, en la misma hoguera, frente al Inquisidor general y al Preboste general de Justicia, en medio de la plaza Mayor de Carignano.

Aquella misma campiña tan florida, la veía desnuda en aquel momento, devastada, cubierta de humeantes ruinas y vestigios de campamento, como debía ofrecerse á la vista, cuando ocurrieron los maravillosos sucesos que la hicieron célebre.

Sucesos maravillosos, con efecto, por la mezcla increíble que presentaban de solemne, raro, trágico, y á veces de ridículo, de una y de otra parte.

¡Qué cosa más extraña, aquellos brillantes ayudantes de campo que entraban á la carrera en los pueblos, intimando:—*O á la misa dentro de veinte y cuatro horas, ó la muerte!*—y que llevaban al general como respuesta:

—*¡Mejor mil veces la muerte que la misa!*

¡Y aquellos enviados de las dos partes, que en las interrupciones del combate, se reunían, todavía negros de pólvora y en desórden sus trajes, para disputar sobre el sacramento del bautismo, sobre la supremacía del Papa, ó sobre la transustanciación!

Extraños, dignos del pincel de un grande hu-



morista, aquellos expulsados por fuerza de los conventos, aquellos frailes llevados en hombros de las mujeres; en medio de los festivos gritos del pueblo! Yo les veía por aquellas calles sobresalir de las cabezas de la muchedumbre, como barcos en agua agitada, y me parecía que no irían nada asustados aquellos hermanos, por sentirse sobre los redondos hombros de dos robustas heréticas de veinticinco años, y que, al apoyar la mano sobre las cabezas para no caerse, irían palpando las gruesas trenzas con aire de sorna, sonriendo entre los párpados medio cerrados.

¿Y aquellos desafíos clamorosos para disputar sobre el culto de las imágenes y sobre la presencia de Jesucristo en la hostia, que se dirigían de un pueblo á otro, por medio de cartas, monjes, jesuitas y pastores, llamándose recíprocamente ignorantes, blasfemos, mujeriegos y condenados; aquellas tumultuosas escenas, cuando los dos adversarios acudían á la iglesia, uno seguido de sus valdenses, otro de un grupo de caballeros, de hermanos, de sacristanes y de mayordomos, en presencia de un gobernador militar católico, que de buena gana hubiera pegado fuego á los dos bandos? Y allí torrentes de palabras, gritos, gesticulaciones de energúmenos? y sabe Dios que tunanterías de curas, que cánticos de re-

criminationes ¡Y cuántas veces los buenos palos, tuvieron que acudir en ayuda de las malas razones!

Pero la imagen que seme presentó más viva durante aquel día, que pesaba sobre mi alma, como el recuerdo de un sueño espantoso, como la expresion de todos los terrores y errores de la historia valdense, son los convoyes que pasaron muchas veces por aquellos caminos en los siglos trascurridos, aquellas comisiones que venían de Turin, para estirpar la herejía, de cualquier manera, con la persuacion, con la amenaza ó con la muerte.

¡Ah, no! Esforzaos cuanto queráis: no conseguireis representaros en la mente un cuadro más lúgubre y tremendo..... El Presidente del Parlamento de Turin, Consejeros, miembros del Tribunal de la Inquisicion, un tropel de dominicos, jesuitas, arqueros de la justicia, y un séquito de campesinos fanáticos, armados de cuchillos, ladrones vagabundos reclutados en el viaje, hermanos capuchinos, esbirros, el verdugo.....

Representaoslos por una calle del pueblo, de noche, pasando lentamente entre las mudas casas, á la luz de resinosas antorchas que arrojan por las ventanas, en las habitaciones, reflejos de llama de hoguera. Imaginad aquella confusion de capuchas, de cascotes, de puñales, de crucifijos, de cuerdas; aquel

rumor de cadenas, aquellas barbudas caras, aquellos brazos cruzados, aquel murmullo de plegarias, aquellas llamas humeantes y aquellas sombras sobre las paredes.... ¡Ah, qué cosa más horrible! En pleno día, en medio de aquella hermosa verdura, y bajo aquel cielo despejado, la maldita vision arrancaba un mudo grito á mi alma:

—¡Pasa fantasma nefando, espantajo abominable del pasado....!

Y desaparecía; pero parecía volverme á salir al encuentro á otra revuelta de calle, como tropel de pajarracos que salieran repentinamente de un cementerio.

\*  
\*  
\*

Mis dos compañeros me condujeron á hacer una visita á un amigo suyo, valdense, un señor como de sesenta años, instruido y amable, padre de una familia vasta y estudiosa, desparramada por Europa. Por aquellos días había en casa una buena parte; señoritas y jovencillos de aspecto sério y simpático.

La casa me pareció recordar algo del carácter religioso del dueño: una gran sencillez, las paredes blancas, curiosidad holandesa, orden riguroso: la apariencia de una casa en que todos debían levantarse pronto, estudiar, orar, recrearse á horas dadas, á golpe de reloj como en los colegios. Todos hablaban francés. Los valdenses instruidos hablan casi siempre aquella lengua entre ellos. La introdujeron en el país, según dicen, los pastores que vinieron llamados de Francia y de Ginebra, después que la peste de 1630 se hubo llevado á casi todos los pastores naturales del valle.



Ayudaron, no poco, á sostenerla, los jóvenes enviados á estudiar á la otra parte de los Alpes y los libros religiosos escritos en francés. Entra ahora por mucho en aquella predileccion del francés un poco de complacencia, la idea de hablar una lengua que los demas italianos vecinos se precian de conocer y que ellos conocen mejor que todos, y es, por tanto, para ellos, como señal y argumento de mayor cultura.

Pero se van italianizando lentamente, de algunos años á esta parte. Y me refiero á la lengua, porque de corazón son italianísimos y no tienen ninguna simpatía histórica—si así puede decirse—por Francia, á la cual dan la mayor parte de la culpa en las persecuciones que hubieron de padecer, no obstante que los escritores ultra-alpinos se ingenian para persuadirles de que sus más fanestos persecutores fueron en todo tiempo los italianos.

Ciertamente que la cuestion no es fácil de resolver; pero al ménos es incontestable que la más terrible de las persecuciones, aquella por la que todo el pueblo valdense fué arrancado de sus valles y dispersado por el mundo, debióse á Luis XIV, y que los horrores cometidos en aquel año por el ejército del gran Rey, en el valle de San Martin, están muy por debajo del famoso estrago de Pascua.

Pero ellos hablan de todos estos sucesos sin ira y

casi sin rencor como vencedores que han perdonado: en sus escritos históricos si alguna vez dejan escapar una palabra violenta, no es casi nunca más que una palabra, á la que sigue muy pronto la expresion de un sentimiento de piedad y de benevolencia.

Procede tambien esta moderacion de la cultura, del conocimiento de la historia en particular que tan difundida está entre ellos, y por la cual no caen en el error de escederse en las justas recriminaciones, juzgando el pasado con las ideas del presente.

No hay entre ellos ninguno que al juzgar las guerras atroces de que fueron víctimas sus padres en el siglo décimo sexto, no demuestre tener claro en su inteligencia el concepto del estado de aquella Europa, dividida en dos campos religiosos, furiosamente agitada por el Pontificado que iba reconquistando la antigua fuerza, ensangrentanda con igual furor por protestantes y católicos; el concepto, digo, de la confusion de errores y pasiones de aquel periodo de tiempo, en que todas las guerras tenían color religioso, la teología sojuzgaba la política, y eran máximas inconcusas en todo Estado la necesidad de la unidad religiosa, que vivía fuera de las leyes el que estaba fuera de la Iglesia y que en materia de religion no debía usarse ni piedad ni misericordia.

Por esto no dejan de reconocer, aun en los más implacables enemigos de aquellos años, ciertas razones que venían á atenuar un tanto la odiosidad de las persecuciones, ó á explicar al ménos, como habían podido llevarlas á cabo, no siendo monstruos de ferocidad.

Respecto á la casa de Saboya, en particular, muestran gran benevolencia, que, por ser justa, no por ello deja de ser ménos generosa: parece como que no recuerden más que los beneficios.

En cuanto á los primeros Duques, lamentan la ignorancia en que vivían, las fábulas calumniosas con las que habían sido escitados contra los valdenses, pintándoles como gente depravada, salvaje, imposible de legislar. Por lo que hace á los demás, saben que fueron instigados, forzados á la violencia por Francia, España y Roma; que los más severos de entre ellos, fueron reprendidos, acusados de debilidad culpable, especialmente por parte del Papa; que el mismo Manuel Filiberto, bajo el cual desató su furia aquel famoso Conde de la Trinidad, repugnase la guerra que el legado pontificio le predicaba como necesaria con amenazas y reproches amargos y como manifestó despues, con altivas palabras á la corte de Roma su desaprobacion por el modo de proceder del Santo Oficio "que

en vez de castigar exasperaba" y que era más á propósito "para destruir que para edificar."

Recuerdan con gratitud la admiracion y la piedad delicada de Felipe de Saboya. No ignoran, en fin que Victor Amadeo II resistió cuanto pudo á las instigaciones de Luis XIV antes de romper aquella deplorabe guerra de 1686, que lo irritó con cien negativas y con toda suerte de subterfugios, que no cedió, sino en virtud de amenazas, que se vió obligado á ceder porque el Rey le tenía bajo sus piés por medio de Pinerolo y de Casale, y con un ejército acampado en el valle del Chisone.

Cierto que con todo esto no se justifican plenamente, ni los últimos, ni los primeros Duques, porque, cuando no otra cosa, hubieran podido esforzarse algo más, para hacer ménos horrible las persecuciones á que se vieron obligados en parte. Pero es raro que un valdense exprese resentido este pensamiento. — No estaba en su índole, dicen, no estaba en la índole de los Duques aquel espíritu de persecucion implacable. La fuerza que imprimían á la cruzada los grandes estados católicos, les trastornaba. La sociedad omnipotente de *propaganda fide*, les rodeaba, les empujaba, les animaba, les ponía la venda en los ojos y las armas en la mano, les impelía á la sangre por deses-



peracion. Despues de cada persecucion, efectivamente, se muestran como vencidos por la piedad, la generosidad natural de su corazon se sobrepone, inclínanse al perdon, acuerdan pactos aceptables.... ¿Pero de qué sirve? Su genio malo, el enemigo de los valdenses y suyo, que domina á la nobleza, la córté y la plebe, se entromete, restringe el alcance de los pactos, los niega, los viola, sopla en los restos del incendio y hace brotar de nuevo la llama.

Sin duda alguna, tambien de parte de los valdenses surgieron algunas veces obstáculos á la paz é incentivos para la guerra. Sus predicadores no se eñen constantemente á defender la causa propia, los ministros hugonotes que vinieron á sus valles fomentaron á menudo la rebelion, predicando la constitucion de una República independiente; y tanto unos como otros, en la propaganda de las doctrinas de Valdo, sembraron la discordia religiosa en las tierras vecinas, y no respetaron siempre en los católicos, la libertad de culto que querian ver respetada en ellos mismos.

Pero sería absurdo fundarse en tales argumentos para decir que la culpa de las crueles barbaries cometidas no debe caer entera sobre aquella inexorable faccion papista, que nunca quiso salir del dilema de la conversion ó del exterminio, y sobre

aquellos generales, sin dignidad y sin corazon que buscaron la gloria en las matanzas, por rabia de no poderla conseguir en la victoria. A estos, cubiertos de infamia, recuerdan con horror los valdenses.... Pero tampoco contra ellos, se expresin con aquella elocuencia de indignacion que parece que debía ser irresistible en ellos: les juzgan por el contrario y les condensan con lenguaje severo y tranquilo de magistrados, con una especie de modestia, que deriva en gran parte de su índole fuerte pero fria, que se revela por modo extremo en falta de ímpetu y de color en sus escritos.

Es, sin embargo, fácil reconocer, aún bajo aquella digna reserva, un sentimiento profundo y vivo de altivez, ó como ahora se dice de orgullo nacional; porque nacion se pueden llamar verdaderamente bajo ciertos aspectos.

Considéranse á sí mismos como cristianos primitivos sobrevivientes en nuevo mundo, y á su religion como la esencia misma del cristianismo; manifiestanse orgullosos de representar el solo principio de protesta que atravesó victoriosamente los terrores de la Edad Media, de haber sido casi los padres espirituales de la reforma, objeto, por siglos enteros de admiracion y afecto en todos los ángulos de la tierra donde palpitase un corazon protestante, orgullosos

de sus desventuras y de sus heroicas batallas, de aquella "gloriosa retirada" en especial, y de aquella milagrosa defensa de la Bastilla, comparables en verdad, una y otra á los más grandes sucesos de los tiempos antiguos; orgullosos tambien del presente, de su floreciente estado, de la instrucción, de la laboriosidad, de la virtud de su pueblo, al que el mando protestante ha decretado el glorioso título de "Israel de los Alpes." De la virtud, de la honradez sobre todo, porque si bien reconocen ellos mismos, no ser los valdenses de tiempos antiguos, y admiten que tambien en sus valles, como dice uno de sus actuales escritores, "han entrado el lujo, el libertinaje, la calumnia, las discordias, el juego, la crápula" tienen al menos por firme, y no lo callan, que "su grado de moralidad es superior al de las demás poblaciones italianas." Y ciertamente, el juicio de la mayor parte de los que les conocen, no discrepa del suyo.

Hace pocos dias, hé interrogado tambien á un doctorcillo veneciano, un jovencito alegre que vive hace mucho tiempo en el valle.

—¿Qué le parece? ¿Es positivamente un pueblo más moral que los otros, el pueblo valdense?

Con grande estrañeza mia, el doctor se turbó.

—¡Ah!—exclamó despues con tristeza—¡Demasiado!

Y preguntándole la razon de aquel *demasiado*, me refirió una conmovedora historia. Estaba enamorado de una valdense, casada, de humilde condicion; pero hermosa! Una de las más bellas bocas que hayan jamás mascado un fruto prohibido. Un día, encontrándose solo con ella, de manera embozada, el suplicaba, le hacia protestas... y ella, que tenía simpatías por él, resistía volviendo la cara, pero sin violencia, casi con llanto, buscando medio de apaciguarle con buenas palabras, y parecía que no debía ya resistir mucho; cuando de repente se levantó, corrió á un rincon, volvió con una Biblia abierta y le dijo.

—Lea aquí... y despues aquí,—con acento conmovedor de plegaria, como si hubiera querido decir:—Me remito á su conciencia, querido Señor, ¡tenga piedad de mi alma!

Y el jóven leyó:

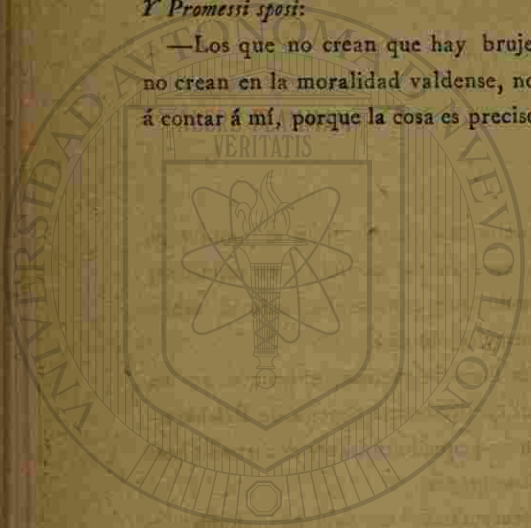
*"Si un homme dort avec la femme d'un autre, l'un et l'autre mourra, l'homme adúltere et la femme adúltere... Les enfants des adúlteres n'auront point une vie heureuse et la race de la tueur criminelle sera exterminée."*

Despues de leído lo cual, permaneció, para servirme de su palabra, como un asno.



Desde entonces suele decir como aquel milanés de  
*Y Promessi sposi*:

—Los que no crean que hay brujerías... los que no crean en la moralidad valdense, no me lo vengán á contar á mí, porque la cosa es preciso haberla visto.



Salimos de aquella casa cuando el sol se ponía y los valles y montes estaban ya envueltos en sombras, escepto el Vandalino que conservaba todavía sobre la cabeza un cucurucho de oro.

Para esperar la hora de partida, entramos en un café á acariciar el cuello de una negrita de Bricherasio, adornada con un pequeño turbante encarnado que le daba maravillosa gracia.

Allí me fué presentando un valdense, como de unos cuarenta años, alto y poderoso como un dragon y de aspecto pobre, pero de humor excesivamente alegre: uno de esos hombres con los que se toma familiaridad desde las primeras palabras.

—Cuidado—me dijeron, al oído, bromeando, los dos amigos—este es un valdense *chavvin*.

Y en efecto, entre sorbo y sorbo habiendo recaído la conversacion sobre la historia Valdense, quedé maravillado de los conocimientos que tenía, no profundos pero minuciosos y precisos sobre toda ponderacion.

Verdad es, que para los valdenses no es difícil conocer su historia á causa de su estrecha unidad, y del breve espacio que abraza. Pero aquel se sabía por la punta de los dedos, los pastores mártires, sínodos, combates, las fechas sobre todo, como un cronologista de profesion.

Por qué era un *chauvin*, intenté picarle un poco y él se acaloró, pero sin dejar de gastar bromas y sin reirse jamás, dando á la discusion una forma curiosísima, como si hablase de hechos de la víspera y yo fuese á sus ojos la encarnacion del papismo. Yo fingía atacar la parte de culpa que habían tenido los valdenses, sirviéndome de su misma manera de hablar.

—Perdóneme—le decía yo,—V. me saquea los pueblos de la llanura, V. me incendia los conventos, V. asesina las patrullas piamonteses, pilladas de sorpresa, V. me pasa á degüello á ochocientos irlandeses en San Segundo...

—Está bien;—me respondía él,—pero cuando no habia hecho yo todavía nada de eso, V. me desbali-ja la casa, amenaza mis hijos, hace asar á mi mujer, abre las tripas de mis hermanos para echarles dentro gatos vivos..

Un guardia civil de buena fé, nos hubiera echado mano á ambos.

Yo, en el fondo, estaba de acuerdo con él. Y mientras iba adelante con sus razonamientos, creyéndome poco persuadido, yo no le atendía y estaba pensando que podía ser sobrino de una de aquellas santas desventuradas que murieron de pena entre las nieves del Moncenicio en aquel tremendo invierno de la expulsion, ó descendiente de uno de aquellos heróicos vencedores de Salaberrán que, extenuados de fatiga, cayeron prisioneros en las vertientes del Scí, en el momento de entrar en la patria, reconquistada al precio de tantos dolores y tantos peligros... ¡Pobres y grandes valdenses!

Y él continuaba discutiendo, y no sabía que le hubiera concedido diez conventos y ochocientos irlandeses más, tan simpático me lo hacía el pensamiento de aquella su posible genealogía y tanto me movía á asistirle en todo.

¡Pero cómo bebía! Y era de las laderas de Campiglione, Dios las conserve, del que si hubieran trasegado la mitad los ateridos campeones del bravo Arnaud, allá sobre los montes blancos del valle de San Martin, los franceses hubieran dejado trescientos muertos más entre las rocas,

—¡Bah!—concluyó mirándome, despues de haber bebido y hecho sonar la lengua como buen bebedor



satisfecho.—Todo son cosas pasadas que no volverán otra vez, ¿no es verdad?

—Por mi parte—repuse—se lo doy por seguro: nunca he sido dado á las crueldades; pido solamente informes.

—Pero...—añadió el más jóven de mis compañeros,—si volviendo aquí á violar la libertad de conciencia, se pudiera esperar ser conducido, como aquel fraile de Villar, sobre hombros... ¡á elegir!

Entonces finalmente el valdense se rió. *Y sur cela*, sobre aquellos hombros nos separamos amistosamente: nosotros para volver á Pinerolo, él para ir á beber á otro lado.

\*  
\*  
\*

Era de noche. Todos aquellos edificios con largas filas de ventanas iluminadas, parecía estar ardiendo, como esas casitas de carton, dentro de las cuales colocan los niños una luz,

En el pueblo había ese zumbido de niños que anuncia la hora de acostarse.

Pasando por delante de la botillería volvimos á ver, á través de los vidrios de la ventana, el amenazador perfil de Gamalero.

En la plaza había algunas personas de paseo. Me extrañó al primer aspecto, despues de toda aquella fantasmagoría de guerras feroces de valdenses y papistas, ver pasear por allí un cura jóven y elegante que se contoncaba con cierto aire de pisaverde, mirando á las señoras. Parecióme que tenía una desenvoltura algo estudiada, como oficial parlamentario en campamento enemigo.

En la estacion había tres ó cuatro familias valdenses; alguna hermosa casita, dos ó tres señoritas que

hubieran hecho bien llevando siempre la Biblia en el bolsillo como instrumento de defensa.

Creíamos hacer el viaje solos, cuando en el momento de marchar subieron en nuestro vagón un caballero y una señora que desde luego atraieron nuestras atenciones. El hombre era una figura extraordinaria: podía tener de treinta y cinco á cuarenta años; alto, robusto, una gran barba negra, ancha frente, ojos negros dulcísimos, piel sonrosada, una expresión de gran bondad, una cabeza de Cristo, no sé qué cosa en la cara, ó mejor, en el aire de la cara, que dejaba adivinar una vida sóbria y serena, toda pensamientos y propósitos benévolos y un alma sencilla pero llena de entereza y valor.

La señora representaba poco más de treinta años, pequeñita, oscura de cabellos y cara, con hermosos ojos de niña, viva y alegre, como si marchase á una gira campestre.

Iban vestidos de oscuro los dos; el marido llevaba corbata blanca. Se miraban sonriendo de vez en cuando y después nos miraban con esa expresión particular de la gente buena, que recibe siempre una impresión favorable de las personas desconocidas.

No tardamos en trabar conversacion. Preguntamos dónde iban. Su contestacion nos maravilló en extremo. ¡Iban al Cabo de Buena Esperanza! A In-

laterra primero, donde debían embarcarse para el Cabo de Buena Esperanza, y del Cabo al país de los Bassutos, de la estirpe de los cafres.

El era misionero ó hijo del valle; su señora, hija de un pastor de Torre-Pellice. Su nombre era Weitzeker. Iba á predicar el Evangelio en la parte de la Bassutolandia todavía no convertida al cristianismo, y habia ya aprendido algo de la lengua poética y musical de aquel pueblo.

Una casita solitaria, abandonada por otro misionero que se había internado en el país, les esperaba allá abajo, en los confines de la barbárie. Partía con un pequeño equipaje, la Biblia y otros pocos libros; y su mujer le acompañaba para permanecer allá con él. Iban á buscar una vida de privaciones, llena de dificultades, de fatigas ingratas, de peligros, en tierra casi salvaje á interminable distancia del país donde habian nacido y crecido; y estaban tan tranquilos, contentos casi, como dos recién casados que hicieran un viaje de placer.

—¿Y van de buena gana?—pregunté al marido.

—Sí,—me contestó—pensando en el objeto que me lleva.

—¿No teme los peligros de todo género á que se expone con su esposa?

—El Señor nos ayudará.



—¿Y volverán más tarde á su país?

—Antes de morir; así lo esperamos.

Me decía esto con una naturalidad, con una dulzura que no pueden explicarse. Lcábase en sus ojos, que llegada la ocasión sabría morir por su fé con la plácida intrepidez de Luis Paschal ó de Giafredo Varaglia, y se miraban en tanto él y su mujer, sonriendo de nuestra admiración con la mismísima expresión benévola, como si tuviesen un alma sola.

Durante un momento no encontramos palabras: no podía acabar de pensar, con sentimiento de estupor, en la inmensa distancia que separa el mundo moral en que yo vivo del en que vivía aquel hombre. Al mismo tiempo que admiración, experimentaba casi un sentimiento de piedad por él y por su porvenir; y él, necesariamente, experimentaba igual sentimiento por mí y por mi vida.

Y no tenía, no podía tener ningún segundo fin aquel hombre, ni de gloria, ni de lucro, ni de fortuna. Abandonaba la pátria, los parientes, daba el adiós á mil cosas queridas, renunciaba á la vida civil, se expatriaba del mundo, tal vez para siempre, espontáneamente, con el corazón alegre, no por otra cosa, sino por ir á decir á gente desconocida al extremo de otro continente:

—¡Sed honrados, amaos; perdonad, orad, esperad!

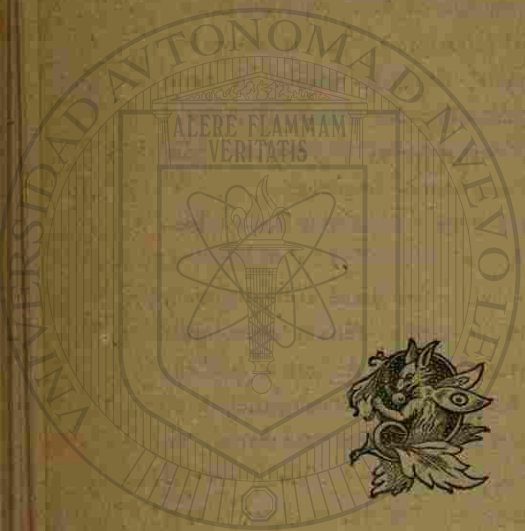
Y poco ántes, recordando el estrago de Pascua, había yo hablado de desprecio por la naturaleza humana. ¡Oh, grande, inmensa, maravillosa naturaleza humana! Aquellas dos almas delicadas é intrépidas valían, por sí solas, lo suficiente para purgarla de cien sangrientas vergüenzas.

Yo hubiera dado gracias á los dos por el bien que su vista me hacía.

Pero no osando hablar les deseé ardientemente, en mi interior, que un tiempo feliz y bonancible les acompañase sobre el gran Atlántico, que encontrasen buena acogida en aquellos países lejanos, que fuesen amados, viviesen contentos, no perdiesen hijos, pudieran volver un día á sus valles y fuesen agasajados por todos, y terminasen su noble vida sin dolores, amándose siempre y bendiciendo el pasado.

Y mientras esto pensaba y callábamos todos, ellos miraban los Alpes, dibujados en negro sobre el cielo, viendo quizás con el pensamiento otro horizonte: una interminable llanura africana, con la casita solitaria que les esperaba.





## ÍNDICE

	Page.
Pinerolo bajo Luis XIV.....	3
Los príncipes de Acaia.....	33
El fuerte de Santa Brígida.....	83
El fuerte de Fenestrelle.....	123
Manuel Filiberto en Pinerolo.....	175
La Ginebra Italiana.....	255

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





THE  
LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF MODERN ART  
1000 MUSEUM AVENUE  
NEW YORK, N. Y. 10028

CE